



Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Filosofía y Letras

Maquiavelo. Un guerrero moralista

T E S I S

Que para obtener el título de:
Licenciado en Filosofía

P R E S E N T A :

Saúl Loera Vázquez

Asesora: Dra. Mónica Gómez Salazar



Ciudad de México

2018



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Índice.

Introducción	3
I. Capítulo I. Contexto histórico	
I.1. Nuevos horizontes para Maquiavelo y su <i>Príncipe</i>	7
I.2. Los tiempos de Maquiavelo	12
I.3. Formación y orígenes teóricos	23
II. Capítulo II. Obra política	
II.1 Exposición y análisis de <i>El príncipe</i>	31
II.2. Exposición y análisis de los <i>Discursos</i>	54
II.3. Conceptos maquiavelianos	73
III. Capítulo III. Una moral distinta	
III.1. Maquiavelo y la tradición Humanista.	89
III.2. Maquiavelo y su moral clásica	94
Conclusiones	104
Fuentes consultadas	110
Índice analítico	112

Introducción:

En la filosofía política un clásico polémico es Nicolás Maquiavelo, particularmente en su libro *El Príncipe*. Es una pequeña obra que estudia los diversos tipos de principados de su tiempo y un manual de cómo conseguirlos y conservarlos. En el desarrollo de la misma Maquiavelo no duda en aconsejar el disimulo, el engaño, la crueldad y hasta el asesinato político en pos de la consecución del objetivo del príncipe, sea éste adquirir un principado o conservarlo.

Para cualquiera que haya observado el mundo no puede causar sorpresa que el tema del 'Estado' se vea envuelto en dichas conductas. Pero lo que no deja de sorprender, en mi caso particular y en el de muchos otros si nos guiamos por la gran ámpula que ha levantado el texto en el curso de la historia, es la manera tan fría, directa, técnica e inteligente con que Maquiavelo recomienda estas conductas. ¿Cómo es que este hombre justifica tales consejos? ¿Cuál es, si lo hay, el marco teórico en el cual se enmarcan dichas recomendaciones? ¿Qué tipo de moral profesa este pensador que a renglón seguido no duda en recomendar el bien para, inmediatamente después, recomendar el mal?

Muchos investigadores han estudiado este libro, gracias a ellos ahora podemos comprender y conocer mejor la obra y su autor. En la época en que Maquiavelo vivió en Europa se había vuelto común la recuperación de autores de la llamada antigüedad clásica; el periodo de esplendor de la civilización griega y romana. Este volver sobre los textos clásicos tuvo como consecuencia la vuelta de sus preceptos morales. Así, algunos hombres del siglo XIV y XV tornaron a un tipo de moral 'clásica', pre cristiana. Una moral que se había gestado en las ciudades de la antigua Grecia y Roma.

Naturalmente esta moral distinta no coincidía con los valores cristianos así como con sus normas de conducta. A diferencia de aquella, esta moral clásica ponía mayor énfasis en la vida pública de los hombres, en la participación colectiva, en el necesario bienestar de la sociedad como condición del bienestar de los integrantes de la misma, en la importancia y obligatoriedad de que tomaran parte en la vida política de su ciudad. Esta moral privilegiaba la vida pública sobre la de cada individuo.

Bajo este horizonte moral es que Nicolás Maquiavelo escribe *El Príncipe*, bajo él es que hay que leerlo, comprenderlo y analizarlo. Aunque desde luego, ello no limita la enorme complejidad ética que encarna esta pequeña obra. Las recomendaciones que ofrece al príncipe para poder conservar su principado a los ciudadanos de hoy tan acostumbrados a lo 'políticamente correcto', no puede menos que estremecernos.

Muchos de los consejos que ofrece contravienen la forma en que creemos debe conducirse la política: el que un príncipe tenga como precepto dar una apariencia falsa de sí, que utilice la religión para mantener la unidad del pueblo, aún a costa de falsearla un

poco o el hecho de no guardar la palabra empeñada, son todos ejemplos de un actuar político que cualquier ciudadano de nuestras actuales democracias reprobaría.

Pero de entre todos los consejos que el florentino da, sin duda el más difícil de aceptar es el del asesinato político. ¿En realidad es necesario asesinar a los enemigos de un nuevo régimen que se levanta para poder 'asegurarse'? Y justo en este trabajo nos proponemos abordar la cuestión de si este tipo de acciones son éticamente justificables.

¿Se pueden justificar éticamente acciones como quebrantar la palabra dada, hacer un buen uso de la crueldad o el asesinato político? ¿Es verdad que Maquiavelo sale del ámbito de la moral al ofrecer este tipo de consejos? ¿Se trata, como rezan algunas de sus interpretaciones, de que el florentino habla desde la denominada 'razón de Estado', o es acaso verdad que separó la ética de la política?

Muchas han sido las interpretaciones con que se ha tratado de entender, o condenar, los consejos que han dado fama de inmoral a Maquiavelo. Nosotros no intentaremos una nueva, sólo deseamos saber si es verdad que el florentino no tenía otra razón para ofrecerlas que el deseo de conseguir un empleo, si es verdad que este tipo de consejas están fuera del ámbito de la moral.

En el desarrollo de esta pequeña obra Maquiavelo ofrece consejos que contravienen los valores morales de la época en que vivió. De hecho, el objetivo de este manual es ofrecer un recetario de conductas apropiadas a un príncipe. Sin embargo, para nuestro trabajo sólo abordaremos diez de estas consejas, las que consideramos más famosas y que retan más incisivamente la moral convencional de nuestra actual cultura política.

Consideramos que el tema de la subsistencia del Estado, lo que está permitido y lo que se puede recomendar para su conservación es tan vigente como el Estado mismo. La importancia de este tema deriva de que, ayer como hoy, a nombre de la salvación del Estado, se siguen cometiendo las más atroces acciones. Por ello, nos parece conveniente conocer lo que opina uno de los más importantes personajes que han bordado sobre el tema.

Es claro, sin embargo, que en la época en que Maquiavelo escribe, principios del siglo XVI, el Estado-Nacional propiamente dicho aún no se conforma, lo mismo sucede con las convenciones sociales, éticas y culturales que en siglos posteriores se impondrán de manera universal, tales como la Democracia y los Derechos humanos. Es precisamente para entender este tipo de matices y diferencias históricas que para la discusión del tema consideramos necesario ofrecer el contexto histórico en el cual vive el autor y escribe su obra.

Para ello escribimos un primer capítulo, subdividido en tres apartados, en el cual se expone el contexto histórico en el cual vivió Nicolás Maquiavelo, no obstante, antes de entrar a la parte histórica se ofrece un breve panorama en el cual se muestra cuál es el

nuevo enfoque con que en la actualidad se aborda *El Príncipe* y a su autor. (Apartado I.1) Se trata de mostrar el contexto en el que se les estudia actualmente. Noticia importante para desmitificar la fama que los precede pues ésta aún resulta abrumadora en su condena y visión maniquea.

En un segundo apartado damos paso al aspecto histórico, reseñamos no sólo el ambiente económico, político y cultural que prevalecía en Florencia e Italia sino también en el que se subsumía toda Europa: el Renacimiento. (Apartado I.2) Así mismo, al final del capítulo nos ocupamos de la formación que el florentino recibió y los orígenes de donde emerge su pensamiento. Conoceremos su paso por la cancillería florentina y la influencia que sus distintas misiones diplomáticas tendrán en su obra, así como su experiencia en el levantamiento de una milicia ciudadana, el final de su carrera diplomática y la situación personal en que se gesta este singular opúsculo. (Apartado I.3)

Una vez que conocemos las circunstancias que envolvían al autor, en un segundo capítulo abordaremos su obra. Realizamos un análisis detallado de *El Príncipe*, aspecto necesario para conocer la obra en su totalidad y partiendo de esta visión general, bajar a la particularidad de los consejos que motivan este trabajo. (Apartado II.1) Posteriormente, en un segundo apartado expondremos de manera sumaria su otra obra política, los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, ya que es en la comparación y contraposición con ésta que *El Príncipe* adquiere su real singularidad y significancia. Señalando las coincidencias temáticas entre ellas y entrando a la polémica acerca de la complementariedad o divergencia entre ambas obras. (Apartado II.2)

Al final de este segundo capítulo expondremos algunos conceptos teóricos importantes para completar el pensamiento de Maquiavelo sobre aspectos fundamentales y que sin embargo, no pueden ser vistos en primera instancia con la simple exposición de su obra. Una vez que conocemos el pensamiento del florentino nos damos a la tarea de contextualizar los consejos motivo de polémica. En su adecuada contextualización podremos ver claramente qué es lo que Nicolás Maquiavelo deseaba decir así como la importancia y necesidad que le otorgaba a cada uno de ellos. (Apartado II.3)

Expuesto y comprendido el pensamiento que el florentino mantenía detrás de cada uno de estos consejos, aún queda por definir cómo entiende la virtud y desde qué tipo de moral habla, lo que resulta imprescindible para poder reflexionar acerca de si son éticamente justificables los consejos que ofrece a los príncipes de su tiempo.

De este modo, en un tercer capítulo exponemos la herencia humanista de Maquiavelo respecto su forma de entender el concepto central de virtud, lo que lo anuda con la tradición cultural pero también lo que lo singulariza. Al explicitar la manera en que entiende la virtud, contaremos con una mejor perspectiva para entender la causa y el origen del grande y dilatado sobresalto que ha provocado su obra. (Apartado III.1)

Así mismo se mostrará el horizonte moral desde el cual escribe el florentino, lo que Isaiah Berlin ha denominado moral clásica o pagana. Con la finalidad de delimitar y configurar esta moral pre cristiana, se explica por qué no son correctas las interpretaciones que opinan que es impulsor de la razón de Estado, que sus polémicos consejos se justifiquen porque Maquiavelo hable desde esa posición así como tampoco es correcta aquella que afirma que el florentino realiza una escisión entre moral y política. En el contraste y contraposición del pensamiento de Berlin con estas interpretaciones se muestra de manera diáfana cuál es la isla moral que Nicolás Maquiavelo pisaba al escribir sus famosas consejas. (Apartado III.2)

De esta manera llegamos a las conclusiones. En ellas respondemos breve y directamente la cuestión que motiva esta investigación: ¿son éticamente justificables los consejos que Maquiavelo ofrece al príncipe para que pueda obtener o mantener su Estado? Comentaremos cómo una vez que se desveló el sentido real de las recomendaciones y consejos motivo de escándalo, se puede apreciar con claridad el horizonte moral que pisa el florentino. Cómo, a pesar de su crueldad, los consejos van en dirección de alcanzar un objetivo moral: el desarrollo de un tipo de sociedad que a él le parecía el más adecuado y el mejor que el 'hombre' podía alcanzar. Así, para nuestra sorpresa y gusto, podremos ver con meridiana claridad, qué tipo de moralista fue Nicolás Maquiavelo.

I. Capítulo I. Contexto histórico

Resumen de Apartado I.1.

Abordaremos el tema de cómo hoy la visión sobre Maquiavelo y su obra ha cambiado. Cada vez más los estudios han superado la vieja condena moral para centrar su atención en su obra (1), ahora se sabe que *El príncipe* pertenecía a un género muy difundido en su tiempo denominado Espejos de Príncipes (2), han caído viejas interpretaciones canónicas (3), se ha estudiado a la luz de su otra obra política (*Discursos sobre la primera década de Tito Livio*) (4) y también se ha revalorado su obra de literato. (5) Así, bajo esta nueva perspectiva es que podemos abordar esta obra con nuevos lentes dejando de lado la intención de condenarlo o exonerarlo para tratar de entender las razones que lo llevaron a escribir sus famosas consejas.

I.1. Nuevos horizontes para Maquiavelo y su *Príncipe*

Durante los cinco siglos de vida de esta obra las interpretaciones sobre ella se han multiplicado y aún hoy día continúan multiplicándose notablemente, las hay desde aquellas que la ven como una sátira que realmente no intentó decir lo que en realidad sí dijo, hasta aquellas que la ven como el escrito de un patriota apasionado. Las interpretaciones se interpolan y superponen, van desde las que la toman como un escrito de un buen cristiano como las que la toman como un libelo anticristiano, o más grave aún, un diabólico manual para tiranos.¹

Sin embargo, de entre todas ellas la más persistente en el transcurso de todo este tiempo es la que la considera como un detestable manual de inmoralidades, digno de un ambicioso funcionario menor que con la intención de congraciarse con los nuevos gobernantes no dudó en recomendarles las peores canalladas. Aún durante gran parte del siglo pasado esta fue la línea argumentativa más difundida, el tufo que aún envuelve a esta obra se debe a esta interpretación tan persistente.

No obstante lo anterior y a pesar de lo ancho de esta lápida, la idea que se tiene sobre la obra y su autor ha ido cambiando en las últimas décadas. Ya no más se puede hablar de *El Príncipe* o su autor como de un inmoral, amoral o cínico. Todos los estudios recientes, serios e informados, ya no tratan al autor con el prejuicio que durante siglos se tuvo de él. Desde luego, este cambio de percepción va de los centros de estudio al común de la gente con una lentitud pasmosa; todavía cotidianamente se sigue usando el término 'maquiavélico' como calificativo negativo del peor tipo de conducta en la política.

Varios han sido los motivos que han detonado este cambio:

I.1.1. Ya no hay una condena moral preconcebida

La actitud de los estudiosos logró superar el viejo debate que sostuvieron para condenarlo o defenderlo ardorosamente. Los estudios que abordan *El príncipe* sin una condena moral preconcebida datan ya de hace algunas décadas, tal es el caso de los estudios de Hans Baron, Isaiah Berlin o Quentin Skinner en las décadas de los 60, 70 y 80 del siglo pasado. Progresivamente, en el devenir de las siguientes décadas cada vez más fue cambiando la percepción que se tenía sobre Nicolás Maquiavelo.

I.1.2. Conocimiento de su pertenencia al género denominado Espejos de Príncipes

Gracias a estudios como el de A. H. Gilbert,² se conoció cómo este pequeño trabajo pertenecía a un género muy difundido en la época que Maquiavelo vivió denominado 'Espejos de príncipes', esto es, manuales en los cuales se les ofrecía a los príncipes un recetario de conducta personal y de acciones pertinentes a su cargo. Género usado por el florentino para redactar los consejos que, desde su punto de vista, necesitaban los Médici en el momento que volvían a detentar el poder en Florencia y con el cual, es cierto, buscaba mostrarse útil al nuevo gobierno.

Apoyándose en esta nueva beta es que otros especialistas dieron en comparar cuál era la deuda maquiaveliana con su tradición cultural y cuáles eran sus diferencias. Qué aspectos había cambiado dando como resultado que él, a diferencia de los demás escritores de estos manuales, haya levantado tanta polémica. Ciertamente, este manual comportaba diferencias considerables respecto sus pares. (RI: II.1.2. p. 47) ³

I.1.3. Interpretaciones canónicas fueron puestas en duda

La tentación de realizar la interpretación canónica, definitiva sobre el autor, cedió ante el deseo de saber más de él, de su tiempo y biografía, de conocer mejor el total de su obra, su carácter de escritor. Durante la segunda mitad del siglo, aconteció que famosas y aparentemente definitivas interpretaciones que se hicieron respecto la importancia de Maquiavelo en la teoría política fueron puestas en duda, gracias al estudio metódico, detallado y desapasionado de su obra.⁴ Tal fue el caso de la opinión del escritor italiano Benedetto Croce, el cual postuló con dilatado éxito que Maquiavelo había separado la ética de la política, dando a cada disciplina una esfera distinta.⁵

Interpretación seguida por varios estudiosos y tan aplaudida que se llegó a tomar como definitiva. Con ella se creía zanjar las extraordinarias dificultades éticas que presenta la obra. El inglés Isaiah Berlin mostró en su artículo "La originalidad de Maquiavelo",⁶ consideramos que definitivamente, cómo esta interpretación no podía sostenerse. Que se trataba más bien de una visión parcial y errónea, pues lo que Maquiavelo hacía en *El Príncipe* era anteponer una moral 'clásica' a la cristiana y, en su

caso, preferir la primera, pero sin que ello significase salirse del ámbito de la moral y menos aún escindir ésta de la esfera de la política. (RI: III.2.5. pp. 99-100) Desafortunadamente lo que sí pudo sostenerse fue la fama e influencia de la interpretación de Croce.

I.1.4. Se relacionó *El Príncipe* con los *Discursos*

Debido a lo anterior, los investigadores pudieron alzar la mirada hacia sus demás obras políticas. Gracias al estudio de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* se ha podido ver con mejor perspectiva y mayor claridad algunos de los polémicos pasajes de *El príncipe*. Los *Discursos*, como nos referiremos a esta obra para abreviar la repetición de su largo título, resulta ser un escrito opuesto a *El príncipe* en cuanto a su forma. Empezando por ser de largo aliento, cientos de páginas de un tratado más sereno y abundante, frente a un opúsculo breve, conciso y encendido.

En los *Discursos* se aborda en mayor proporción el estudio de las repúblicas en tanto que *El príncipe*, en exclusiva los principados. En éste último Maquiavelo prácticamente no da argumentos a favor de una teoría política como sí lo hace en los *Discursos*. Además, como muestran las detalladas investigaciones de varios de sus biógrafos, los *Discursos* son una obra con un periodo de creación mucho más largo, muy diferente al caso de *El príncipe*, el cual fue escrito en tres meses del verano de 1513 y concluido en diciembre del mismo.⁷

Debido a que se empezó a estudiar estas dos obras en conjunto es que se generó una polémica respecto la complementación o divergencia entre ellas. Autores como Hans Baron negaron que se tratara de obras complementarias, opinando que las dos respondían a intereses y opiniones divergentes, incluso contradictorias, que si bien coinciden en los temas que abordan, ambas responden a una circunstancia personal particular así como a momentos distintos en el desarrollo de su pensamiento.⁸

Otros opinaron que por el contrario, los *Discursos* y *El príncipe* son partes complementarias de la visión general del autor pero dirigida a dos tipos de gobierno distinto.⁹ Así, no consideran que sean obras contradictorias sino que *El príncipe* se inscribe dentro del marco teórico que Maquiavelo expone en sus *Discursos*. Dicha polémica la abordaremos en la parte final del Apartado II.2 (RI: II.2.3. pp. 68-70), por ahora basta decir que este tipo de discusiones más teóricas que morales muestran el nuevo enfoque con que se fue abordando al autor.

I.1.5. La perspectiva de hombre de letras

Finalmente otra perspectiva dentro del actual horizonte con que se estudia a Maquiavelo es la tendencia surgida a partir de la década de los 70 de verlo como un hombre de letras, un literato. Partiendo de la obra literaria del autor y reconociendo que se movió con

soltura en varios géneros, sus investigadores han puesto el acento en este aspecto.¹⁰ La explotación de esta nueva beta ha permitido derribar los prejuicios que veían en él a sólo un funcionario menor, un hombre práctico metido a escritor de manuales de política. El que su *Historia de Florencia* en apariencia careciera de rigor, que su poesía fuera más bien menor, permitía ningunear al florentino y tildarlo de autor de escasas luces. Sin embargo, estos nuevos estudios han mostrado cómo su *Historia de Florencia* no es tan carente como en un principio parecía, pues algunas pretendidas carencias responden a los usos de la época.¹¹

En el caso de su *Arte de la guerra*, ésta también ha sido revalorada. Estudios recientes muestran lo avanzado de algunas de sus propuestas, medidas y observaciones. A pesar de que por mucho tiempo se consideró un tratado muy menor, entre otras cosas, debido a que Maquiavelo no le dio importancia al incipiente uso de las armas de pólvora; ahora se reconoce por gente especialista en el tema cómo también en este ámbito fue un hombre muy destacado.¹²

En fin, que yendo más allá de la valoración de la calidad de la totalidad de su obra, se ha impuesto la necesidad de reconocer a Nicolás Maquiavelo como lo que fue, un hombre que se desarrolló con soltura en varios géneros literarios,¹³ con una agudeza destacada para el estudio y observación de la realidad, la cual está plasmada en su amplia y variada obra. Si bien, como dice el español José Manuel Bermudo, no podemos hablar de un filósofo, de un unívoco hombre de ideas, tampoco se le puede ver como un hombre falto de ellas.¹⁴

Dentro de estas nuevas perspectivas con que se ha estudiado la obra y su autor, consideramos que el cambio más trascendente es la de que por fin se le ha podido estudiar desapasionadamente. El hecho de no descalificar de antemano al florentino como un inmoral, como alguien a quien hay que condenar en lugar de estudiar, permite que vayamos a su obra con ánimo sereno y disposición para observar y apreciar las importantes enseñanzas que Maquiavelo nos puede aportar. En esta nueva perspectiva es que se puede vislumbrar la obra *El príncipe* con una nueva lente, ya no sólo debatiéndonos en la difícil tarea de condenarlo o justificarlo sino tratando de comprender qué era lo que estaba detrás de sus tan famosas consejas.

Notas:

1. Isaiah Berlin, "La originalidad de Maquiavelo", en *El estudio adecuado de la humanidad*. México. F.C.E., Turner, 2009. Págs. 171-179. Enlista las más importantes y variadas interpretaciones que se han hecho sobre la obra. Por otra parte, un ejemplo de nuevas interpretaciones es la del español José Manuel Bermudo que sostiene que "la aportación maquiaveliana a la filosofía política es una teoría, en sentido fuerte, de estado

de excepción”. José Manuel Bermudo, *Maquiavelo, consejero de príncipes*. Barcelona. Universitat de Barcelona. 1994. Pág. 18.

Por nuestra parte, decidimos basar nuestra investigación en los estudios de Isaiah Berlin, Quentin Skinner y José Manuel Bermudo por varios motivos, en primer lugar, porque tanto Berlin como Bermudo ofrecen un catálogo de las interpretaciones históricas que se han dado sobre Nicolás Maquiavelo, lo que sirve de guía a cualquiera que desee adentrarse en la enorme y abigarrada bibliografía que existe sobre el autor. Otro motivo es el hecho de que los tres representan, a su manera, una mirada ‘nueva’ sobre Maquiavelo, es decir, son análisis serenos, alejado de la condena moral, ‘integrales’, estudian *El Príncipe* en conjunto con los *Discursos*, y no olvidan al Maquiavelo escritor y pensador. Finalmente, el tercer motivo que nos llevó a preferir a estos autores es el hecho de que los tres abordan la parte del conflicto ético que provocó Maquiavelo. Lo que nos era de utilidad dada la finalidad de nuestra investigación.

2. Allan H. Gilbert, *Machiavelli's Prince and its Forerunners*. Durham, Carolina del Norte. 1938. Citado en Isaiah Berlin, *Op. Cit.* Pág. 171.

3. Durante el desarrollo de esta investigación cada que hagamos una Referencia Interna, para facilidad del lector que desee consultar o corroborar dicha referencia, anotaremos entre paréntesis el lugar del texto en donde puede encontrar el dato que referimos. Lo hacemos de la siguiente manera: (RI: II.1.2. p. 47), en la cual "RI" significa Referencia Interna, y los siguientes números indican capítulo, apartado, subparágrafo y página.

4. Ejemplo de lo anterior fue el cuestionamiento a la supuesta incompatibilidad entre *El Príncipe* y los *Discursos*, interpretación sostenida por Hans Baron. También es el caso con la interpretación comúnmente aceptada durante la primera mitad del siglo XX respecto que Nicolás Maquiavelo en el verano de 1513 había interrumpido los *Discursos* para escribir de golpe *El Príncipe*.

5. Benedetto Croce, *Elementos de política*. México. F.C.E. Págs. 217-221.

6. Isaiah Berlin, *Op. Cit.*, Págs. 188-201, 204 y 218.

7. Quentin Skinner, *Maquiavelo*. Madrid. Alianza Editorial. 2008. Pág. 35.

8. Hans Baron, *En busca del humanismo cívico florentino*. México. F.C.E. 1993. Págs. 339-367.

9. Tal es el caso de Isaiah Berlin, *Op. Cit.*, Págs. 170, 201 y 206, el cual a pesar de reconocer ciertas diferencias “de tono” así como algunos “enigmas cronológicos” (p. 170) opina que “cualesquiera que fueran las disparidades, la corriente central que corre a través de ambos es una y la misma” (p. 201). Aunque Skinner no borda mucho respecto esta polémica y, al igual que Berlin, reconoce algunas diferencias entre estas obras (p. 88), me parece claro que sus comentarios abonan más a la coincidencia entre ambas. *Op. Cit.*, Págs. 75, 78, 79, 81, 82, 85 y 86. Más decididamente el español Bermudo opina y fundamenta la coincidencia y complementariedad de estas obras. José Manuel Bermudo, *Maquiavelo, consejero de príncipes*. Barcelona. Universitat de Barcelona. 1994. Págs. 139-150.

10. Ya desde su artículo, Isaiah Berlin apunta claramente, si bien ‘sólo de pasada’, que Maquiavelo es “un hombre de letras bien leído”. *Op. Cit.*, Pág. 179. Más entusiasta resulta la argumentación de Bermudo, quien apoyándose en una vasta bibliografía nos presenta un Maquiavelo escritor y no un simple funcionario, “un pensador y no un simple relator, [...] un intelectual, y no un mero pragmático” (p. 44). *Op. Cit.*, Págs. 41-44.

11. Quentin Skinner explica puntualmente cómo la historia que Maquiavelo escribió respondía a las normas humanistas de la época. *Op. Cit.*, Págs. 113-117.

12. Bermudo. *Op. Cit.*, Pág. 41 y Pasquale Villari, *Maquiavelo. Su vida y su tiempo*. México, D.F.-Barcelona Biografías Gadesa. 1965. 6ª edición. Págs. 299, 301 y 307.

13. Filosofía política: *El Príncipe* y los *Discursos*, historia: *Historia de Florencia*, poesía: *El asno de oro* y *Cantos carnavalescos*, novela: *El archidiablo Belgafor*, dramaturgia: *La Mandrágora*, su ensayo sobre asuntos militares: *El arte de la Guerra*. Bermudo. *Ibidem*.

14. Bermudo. *Op. Cit.*, Págs. 41-44.

I. Capítulo I. Contexto histórico

Resumen de Apartado I.2.

Una vez que introducimos al autor y su obra en el contexto actual, en este segundo apartado nos vamos a dirigir al contexto histórico. Empezando por un esbozo biográfico mínimo del autor, algunos trazos indispensables para conocer su origen. (1) Y siguiendo por el mismo camino expondremos de manera breve la situación política, económica y cultural de Florencia, su ciudad natal. (3) Por supuesto, sin obviar las circunstancias que envolvían a Italia durante la época del Renacimiento. (2)

I.2. Los tiempos de Maquiavelo

I.2.1. Esbozo biográfico

Nace en la ciudad de Florencia el 3 de mayo de 1469. Es el segundo de cuatro hermanos: Totto, Niccolò, Primerana y Ginevra. Su madre, Bartolommea, proviene de una antigua familia florentina, Pasquale Villari nos informa que era una mujer piadosa y de alguna cultura pues llegó a componer versos e himnos religiosos a la Virgen María y a su hijo Nicolás (Niccolò). Su padre fue Bernardo Machiavelli, abogado de profesión y estudioso de vocación.¹

La familia Machiavelli es muy antigua, hay registro de ella desde el año de 1120 y aunque no era acaudalada conservó algunos patronatos de iglesias o propiedades, de los cuales al padre de Maquiavelo muy poco le pudo llegar. A pesar de ello, según el mismo Villari comenta, en el Cattasto de 1498 Bernardo Machiavelli cuenta con 110 florines de oro y 14 denarios “de suerte que, si no era hombre rico, tampoco era pobre.”²

Aunque muy poco se sabe de la infancia, adolescencia y juventud del florentino, y se ha polemizado bastante sobre su educación, Quentin Skinner ha podido documentar que su padre se esforzó porque recibiera una excelente preparación, así, en su Diario detalla cómo apenas posterior a los siete años lo envía al aprendizaje del latín, la lengua culta de la época. Posteriormente, a los doce años lo coloca bajo la tutela de Paolo de Ronciglione, famoso maestro de escuela y formador de destacados humanistas de la misma generación que Maquiavelo.³

I.2.2. Contexto histórico

I.2.2.1. Europa y el Renacimiento

En el siglo XV Europa vive un momento álgido de la etapa llamada Renacimiento, época de grandes cambios, los cuales la llevaron a transitar de la Edad Media a la Modernidad.⁴ Un

proceso de siglos durante el cual se transforman los ámbitos político, económico y cultural de Europa:

En este largo ciclo de transición del feudalismo al capitalismo surgen nuevas realidades técnicas, un fuerte desarrollo económico y un gran desarrollo de las ciudades, el comercio y la manufactura; se elabora la moderna imagen del mundo gracias al descubrimiento de América, la revolución astronómica de Copérnico y Kepler y el desarrollo de las ciencias inductivas y experimentales como la física de Galileo, existe una nueva representación y exaltación de la naturaleza en donde la visión del mundo medieval que mira hacia un más allá es sustituida por una realidad que hay que explorar y dominar, un redescubrimiento cultural de la antigüedad pagana y una revalorización del hombre con el surgimiento del individualismo.⁵

Evidentemente en todo este proceso juega un papel determinante el descubrimiento de la antigüedad griega y romana. El conocimiento de los grandes autores antiguos provocó su admiración, imitación y adaptación a las necesidades de la época. Este germen sirve de catalizador al nuevo re-surgimiento que intentará el europeo de estos siglos.

Asimismo, en un largo y complejo proceso, la fragmentación política de Europa en pequeños señoríos va cediendo terreno e inicia la aparición y consolidación de las monarquías absolutas, mismas que someten a los señores y asambleas feudales a la vez que amplían su dominio en territorios cada vez más extensos, tal es el caso de España, Francia e Inglaterra; las máximas potencias europeas del periodo. Sin embargo en Italia no sucede lo mismo, para el siglo XV la península continúa fragmentada en ducados, repúblicas, principados feudales, ciudades-estado libres, mismas que constituyen un torbellino de conspiraciones, revueltas y declaraciones de guerra.

I.2.2.2. Italia: situación política

Al llegar a Italia la influencia política y militar de estas monarquías absolutas se pierde el de por sí frágil equilibrio que en ella subsistía, agravando el clima de confrontación interna. En suelo Itálico cinco eran las grandes potencias: el reino de Nápoles, los territorios de la iglesia de Roma, la república de Florencia, el ducado de Milán y la república de Venecia, sin embargo, había muchas otras unidades políticas de menor importancia, algunas de las cuales a pesar de ser conquistadas por alguna de las mayores se rebelaban en cuanto tenían ocasión.

El reino de Nápoles, al sur de Italia, fue disputado largo tiempo por los españoles y los franceses, aunque son los primeros los que en gran parte de este siglo XV logran imponer su fuerza consiguiendo que el Papa Eugenio IV corone a Alfonso de Aragón como Rey de Nápoles. Por otra parte, los Estados Papales ubicados al centro del territorio

italiano, tenían una importancia que rebasaba el límite del suelo itálico pues eran un factor de poder en toda la Europa católica. Al interior de la península continuamente entraban en conflicto con el ducado de Milán o la república de Venecia al tiempo que mantenían fricciones en la frontera con Florencia, sin embargo, en este siglo, la alianza con Nápoles les había fortalecido.

Al noroeste de Roma se encontraba el ducado y la ciudad de Milán, gobernada por la familia Sforza, que al igual que los Médici en Florencia eran una acaudalada familia perteneciente al patriciado urbano, es decir, los grandes comerciantes, banqueros y los maestros de los gremios más grandes que en su cada vez mayor adquisición de poder, se iban adueñando de los gobiernos de las comunas más importantes.⁶ Gobernada primero por Francisco desde 1450 y después por su hijo Galeazzo Sforza desde 1466 a 1476, mantuvo una estrecha relación con la monarquía francesa y ambos, una larga amistad con la familia Médici.

A pesar de que formalmente Venecia era una república en realidad su gobierno era una oligarquía. Como nos comenta Várnagy, Venecia “debía su riqueza principalmente al comercio marítimo [era] uno de los gobiernos más celebrados y administrativamente eficientes del mundo renacentista. Sus territorios eran el resultado de conquistas por parte de tropas mercenarias de quienes dependía su defensa, por lo cual no hubo [para su Estado] una consolidación efectiva”.⁷

I.2.2.3. Florencia

Al norte de Roma y al sur de Milán se encuentra la región de Toscana, habitada por las ciudades de Pisa, Luca, Siena, Forlì, Arezzo, entre otras, y al centro de la cual se asienta Florencia, la ciudad más grande e importante. Se trata de una antigua comuna romana fundada en el siglo I antes de nuestra era (año 59) por órdenes del Emperador Romano César.⁸ Durante mucho tiempo vivió marginada y a la sombra de otras ciudades y aunque gradualmente su importancia fue en aumento durante la Edad Media, todavía a principios del siglo XII era una ciudad menos desarrollada que su vecina Luca, capital administrativa de Toscana, así como de Pisa, “el mayor puerto y sin duda la ciudad más rica del Mediterráneo occidental.”⁹

No obstante, esta ciudad-estado para fines del siglo XV había llegado a dominar toda la región, su expansión había sido a través de la conquista militar y económica, aunque “no era fácil mantener el fuerte espíritu de independencia de muchos pueblos y aldeas toscanas [...] Pisa, por ejemplo, se liberó de Florencia con la asistencia de Carlos VIII en 1494 y mantuvo su libertad [...] hasta 1509. La ciudad de Siena, por otro lado, era independiente”.¹⁰

I.2.2.3.1. Aspecto económico

En el aspecto económico hacía tres siglos aproximadamente que el desarrollo de la economía de Florencia había iniciado su gran expansión con el comercio exterior de los mercaderes florentinos, el cual consistió en un inicio en la compra de paños de Flandes y Francia, que entonces eran de la mejor calidad del orbe, así como de excelentes productos tintóreos de Oriente, mismos que en talleres “se extienden, se recortan y se adornan [...] y se hacen las telas más suntuosas de Occidente. En seguida los mercaderes las revenden a los consumidores ricos del mundo entero.”¹¹

Rápidamente este ‘Arte de mercaderes’, llamado ‘Arte de Calimala’ por el nombre de la parte de la calle donde se encontraban ubicados los negocios, da paso a otras artes especializadas: Arte del Cambio (1206), Arte de la Lana (1212), de la Seda (1218), el Arte de los Merceros, Médicos y Almaceneros así como el de los Peleteros. Este auge comercial así como el desarrollo de la banca florentina, es decir, de los grandes bancos florentinos, fue posible ya que con las ganancias que obtenían los mercaderes hacían préstamos a comunas, príncipes, particulares o a la iglesia misma, de esta manera la banca, el comercio y la industria se relacionan estrechamente en beneficio de ellos mismos.¹²

En los dos siglos venideros este potente desarrollo económico no dejará de florecer, lo que hace de Florencia una ciudad cada vez más bella e importante. Para 1250 los mercaderes y banqueros florentinos habían pasado las fronteras itálicas y llegaban hasta el Oriente, lo mismo que a Provenza, Escocia e Irlanda. Así mismo, la comuna pasó del florín de plata a la acuñación del florín de oro, el cual se volvió la referencia monetaria de Occidente. Como lo señala Renouard: “Al ser la primera en acuñar, de manera permanente, una moneda de oro excelente y abundante, Florencia se afirmaba como potencia soberana y como la capital financiera de la Cristiandad”.¹³

En la centuria siguiente, pese a las turbulencias sociales, políticas y económicas de mediados del siglo XIV y décadas posteriores (Peste Negra 1347-48, crisis económica, revuelta de los *Ciompi* 1378), Florencia continúa su apogeo político y económico al cerrar el siglo. No por casualidad los burgueses retoman el poder político bajo el mandato de una pequeña oligarquía encabezada en el gobierno, primero por Maso degli Albizzi y, posteriormente, por su hijo Rinaldo.¹⁴

Sin embargo, ya para el siglo XV la ciudad irá perdiendo cada vez más su importancia política y económica, lo que erosiona su preponderancia internacional. Vemos como de 273 talleres de artículos de lujo existentes en 1460 para 1474 sólo quedaban 83, de igual manera, “el número de bancos florentinos se redujo de 36 a media docena”¹⁵ en el periodo comprendido entre 1470 a 1494, precisamente cuando termina el ‘reinado’ Médici de esta centuria.

Esta hecatombe económica se enmarca dentro de una crisis más general de Europa, sin embargo, cuando a mediados de siglo ésta empieza a menguar,¹⁶ Florencia continúa su declive. Un elemento que empeora la situación es el desaseado manejo de la

economía por parte de la familia gobernante. Los intereses de la República son eclipsados por los de la familia Médici. Si bien Cosme *El viejo* fue un gran hombre de Estado, no dudó en utilizar los impuestos para beneficiar aliados y castigar opositores, situación que se agrava con Lorenzo *El magnífico* dado su franco desinterés hacia la decadencia económica de la ciudad.¹⁷

I.2.2.3.2. Aspecto político

En el aspecto político Florencia se distinguió por un celo mayúsculo hacia su independencia. La defensa de su libertad es un rasgo que la distingue durante todo este periodo de crecimiento económico. A pesar de considerables cambios en su régimen interno de gobierno, una constante de éstos fue su adhesión irrestricta a la autonomía de su ciudad respecto a los emperadores en turno, a los cuales casi sin excepción se negó durante más de dos siglos a prestarles juramento.¹⁸ El auge económico propiciado por la multiplicación y crecimiento de los gremios dotó de una gran vitalidad cívica a la república, sin embargo, como consecuencia de ello, el crecimiento de esta nueva clase social burguesa y su cada vez mayor participación en los cargos de gobierno, terminaron por imponerla como clase gobernante desde mediados del siglo XIII.¹⁹

Así, para el siglo que le toca en suerte nacer a Maquiavelo la ciudad es gobernada por la familia Médici, miembros del grupo burgués que emergió durante este enorme auge económico. Después de la caída de Rinaldo degli Albizzi en una abierta confrontación con Cosme *El viejo*, enmarcada en el dilatado conflicto entre aristócratas contra burgueses, Cosme regirá la ciudad desde 1434 hasta 1464, le continuará su primogénito Piero *El gotoso* de 1464 a 1469, posteriormente el hijo de éste, Lorenzo *El magnífico*, gobernará desde 1469 hasta 1492 y, finalmente, el hijo mayor de este último, Piero *di Lorenzo*, se hará cargo de la comuna durante solo dos años, de 1492 a 1494.²⁰

El historiador Pierre Antonetti nos informa cómo Cosme *El viejo* conduce a la ciudad de Florencia, que se regía políticamente bajo un modelo de república, a un principado de hecho.²¹ Aunque pocas veces ocupó los cargos más altos del gobierno, se hace del control político colocando a fieles en puestos clave lo que le permite disminuir a sus opositores. Ya sea que los reduzca a la quiebra mediante nuevos impuestos, que el gobierno emita *balias* para exiliarlos o que vaya tejiendo finos lazos matrimoniales con antiguas familias aristócratas; poco a poco pero inexorablemente Cosme logra anular de facto los órganos políticos institucionales de la república florentina.²² Si a esto se le añade la buena estima que le tenía la ciudad a la familia, debido entre otras cosas a que por su origen humilde y a la participación de un Médici en la revuelta de los *Ciompi* de 1378, el pueblo llegaba a considerarlos como de los suyos; vemos cómo el poder político pudo pasar de un Médici a otro durante seis décadas consecutivas.²³

Empero, a pesar de su conducta política, Cosme fue un buen gobernante que supo mantener a Florencia en paz y boyante. Gran parte de la ciudad le respetaba, como se puede observar en lo enormemente concurrido que fue su fastuoso funeral. La tragedia para la ciudad vino debido a que en las décadas posteriores ningún descendiente de él heredó su buen arte para gobernar, además de que después de tan largas décadas de un gobierno cuasi monárquico, el espíritu republicano florentino terminó adormecido.

Posterior a la muerte de Cosme asume su primogénito Piero *El gotoso* en 1464. Si bien como nos informa Antonetti, "no poseía las cualidades de su padre [y aunque] culto, piadoso, moderado, padre y esposo amoroso, [...] Piero fue torpe en política.",²⁴ también es cierto que logró mantener el poder de la familia en Florencia a pesar de encontrar resistencia interna tan fuerte que tuvo que llegar a las armas. Incluso más tarde logró ampliar el territorio florentino comprando Sarzana y Castelnovo di Lunigiana. De modo que al final no sólo logró consolidar su poder sino agrandar su Estado.

Y a pesar de no poder contener el declive de la banca Médici, logró obtener la anuencia del papa Paulo II para ser socio en la explotación y venta del alumbre descubierto en los Estados de la Iglesia. Piero, al igual que su padre, continúa con el mecenazgo a los artistas de la época, aunque con una generosidad menos abundante.²⁵

Pero una vez llegado al poder el hijo de Piero, Lorenzo Médici, llamado *El magnífico*, la situación de Florencia entra en un franco declive político y económico. *El magnífico* pasa demasiado tiempo dedicado a sus placeres. Es verdad que alienta enormemente el vuelo cultural de la ciudad, empero, descuida la administración de la comuna, lo que da como resultado que Florencia pierda su preponderancia internacional.²⁶ Finalmente, el último Médici que gobernará Florencia este siglo, Piero *di Lorenzo*, hijo de *El magnífico*, ya poco pudo hacer. Con apenas dos años en el poder, éste no logra mantener el largo dominio de su linaje ante el embate de un agente externo que trastocará el orden político en Florencia.²⁷

Sucedió que en 1494 Carlos VIII, rey de Francia, decide conquistar Nápoles y avanza sobre Italia, Piero *di Lorenzo* duda, aunque en un principio se opone a que pise territorio florentino termina cediendo y no sólo le permite el paso sino aún más, sale a su encuentro y le entrega las llaves de las ciudades de Sarzana, Sarzanello, Pietrasanta, Ripafratta, Liorna y del importante puerto de Pisa. Esto provocó tal irritación que sus enemigos, donde se incluían sus primos Lorenzo y Giovanni, solicitan al rey de Francia que libere a Florencia de Piero *di Lorenzo*. Abandonado por todos, las tropas francesas saquean y ocupan su palacio entre el 18 y el 28 de noviembre de ese año. Paradójicamente, la invasión de Carlos VIII sacude a la ciudad haciendo resurgir el dormido sentimiento republicano florentino. Según el historiador Pierre Antonetti, después de este evento "Florencia volvió a ser una República".²⁸

Un personaje importante en esta coyuntura es el fraile dominico Savonarola, quien también había realizado una misión diplomática para solicitar apoyo a Carlos VIII. Al caer Piero, el dominico entra a la disputa del poder obstaculizando los planes del grupo de oligarcas que deseaban alzarse con el gobierno; por el contrario, el fraile es partidario de un gobierno incluyente de la mediana y pequeña burguesía.

Savonarola es un antiguo habitante de Florencia, que de a poco había ido encendiendo tanto su discurso como su ideología, pregonaba que la Iglesia debía ser castigada por todos sus pecados y renovada desde sus fundamentos, anticipaba que el castigo y la renovación de la sociedad eran inminentes; discurso que en Florencia tenía hondas raíces en gran parte de los intelectuales. De tal suerte que al abogar por un gobierno abierto a las mayorías, la ciudad entera se volcaría hacia la prédica del fraile.²⁹ Posterior a la caída de Piero *di Lorenzo* el nuevo gobierno se reestructura ese mismo año, en diciembre de 1494, sin embargo, el fraile Savonarola será una figura central durante los siguientes cuatro años.

Se tratará de un breve periodo que no enraizará en la ciudad, entre otros motivos por el creciente activismo del dominico, quien insiste en predicar la exclusión de los ricos y tiranos del nuevo orden 'divino' que 'está por instaurarse',³⁰ organiza grandes quemados de libros, pinturas y artículos 'licenciosos', llega incluso a crear brigadas de niños que se dedican a cazar sodomitas, jugadores y corruptos. Pero pasado un tiempo de frenética catarsis colectiva, el fracaso de Carlos VIII y su consecuente regreso a Francia le sustrae un apoyo político insustituible. De igual manera, la excomunión de que es objeto en 1497, el cada vez menor apoyo popular y finalmente, el decreto de la Señoría que lo condena al destierro el 8 de abril de 1498, logran que el dominico sea sentenciado a muerte por la Señoría y ejecutado el 23 de abril.³¹ Lo que da paso a la instauración de un nuevo gobierno en verdad republicano y en el cual encontrará lugar Nicolás Maquiavelo.

I.2.2.3.3. Aspecto cultural (Humanismo)

Pero si política y económicamente al cerrar el siglo XV a la comuna no le iba muy bien, en el aspecto cultural ésta alcanzaba su punto culminante. Como señalamos (RI: I.2.2.1. p. 12), el Renacimiento es un dilatado proceso en que gradualmente se va subsumiendo toda Europa pero durante este siglo el centro gravitatorio de este proceso era Italia y dentro de ésta, la bella ciudad de Florencia.

El inicio de la trascendencia cultural de la comuna también se remonta al menos hacia dos siglos atrás cuando su fortaleza económica empieza a transformarla en una verdadera metrópoli. Desde la segunda mitad del s. XIII una fiebre constructiva se apodera de ella, en 1250 la Comuna decide construir su cuarto puente sobre el río Arno, en tanto "el París de San Luis no tenía todavía más que uno sobre cada brazo del Sena."³² Asimismo, se levantan edificios públicos como el Palacio del Podestá en 1255, el Palacio

de los Priors en 1299, el hospital de Santa María Nuova en 1287, edificios religiosos como Santa María Novella en 1246, Santa Croce en 1294, además de palacios privados; lo que a decir del historiador Pierre Antonetti hace de la comuna “una auténtica capital regional, segura de su fuerza y orgullosa de su belleza.”³³

Por la misma época Florencia inicia su ‘patriarcado’³⁴ en las letras italianas: a finales del siglo XIII y principios del XIV con el famoso poeta Dante Alighieri y su Divina Comedia, durante gran parte del XIV con Petrarca y Boccaccio, quienes dominan la poesía y la prosa respectivamente. Paralelo a este auge arquitectónico y literario se va gestando el movimiento cultural llamado Humanismo, el cual en sus orígenes se trata de una reacción a la línea académica de las grandes universidades de Inglaterra y Francia, quienes postulan el abandono de los autores clásicos y de la poesía en favor de los lógicos de Oxford y los físicos de París, se trataba de una visión del mundo en la cual la física tenía supremacía sobre las disciplinas morales.³⁵

Dado que los impulsores de este movimiento, entre ellos el mencionado Petrarca, además de Coluccio Salutati y Lorenzo Valla entre otros, no aceptan que la lengua se use cada vez más olvidando la pureza y elegancia de los autores clásicos, durante mucho tiempo se dijo que este movimiento sólo se limitaba al ámbito de la literatura, la lingüística y las bellas artes, que la reforma humanista se ceñía al ámbito retórico literario, empero, el cambio cultural que este movimiento terminó por detonar trascendió a las esferas teórica y filosófica, pues como lo señala el italiano Eugenio Garin, su polémica iba encaminada:

Contra una visión <<filosófica>> de la función de la lógica, contra un determinado modo de plantear los problemas del hombre y la sociedad [...] Sea cual fuere el origen de los fermentos de los primeros humanistas, [...] su crítica está contra una concepción del mundo elaborada a través de la <<lógica>> y su lenguaje. [...] En resumen, no se trata de introducir una corrección <<gramatical>> o adornar con ribetes retóricos una teoría válida de por sí; [...] se trata de refutar el reduccionismo de todas las artes y ciencias, y de toda la filosofía a dialéctica.³⁶

Si bien este movimiento no estuvo ausente en los ámbitos académicos y culturales, su desarrollo e influencia emergió tanto de la clase política como de la clase burguesa dominante. No por casualidad uno de los máximos exponentes de este movimiento fue el Canciller florentino Coluccio Salutati, quien ejerció el cargo durante más de 30 años, de 1375 a 1406.

Hombre cercano a Petrarca, gran admirador suyo y quien además de ejercer una centralidad política en la vida pública de la comuna, fue gran impulsor del humanismo. Así lo demuestra su epistolario personal y oficial, su gusto por el hallazgo y traducción de textos griegos antiguos y, en general, la gran promoción que hacía de los valores

humanistas desde la cancillería florentina, cuando aún la ciudad de Florencia era escuchada por las potencias Europeas.³⁷

De igual manera, en la clase burguesa florentina se dieron las condiciones para que el humanismo floreciera, como lo señala Renouard:

Muchos hijos de hombres de negocios se encontraron entre los innovadores a quienes jamás faltó el apoyo del grupo social. En aquella burguesía de negocios y en su medio ambiente germinó y fue apoyado el humanismo durante el siglo XIV, antes de que se desarrollara y fuera doctrina entre 1380 y 1420. [...] Esa gran élite, en aumento continuo, no solamente gobierna la ciudad en relación a sus negocios que aseguran la subsistencia de toda la colectividad, sino que también apoya a los representantes de las formas del pensamiento retomadas de los antiguos y que tan perfectamente coinciden con su género de vida y sus aspiraciones: por eso mismo aseguró el desarrollo y después el triunfo del humanismo, y parte de sus heraldos más notables salieron precisamente de sus filas.³⁸

Dicha situación fue posible gracias al cambio en la mentalidad que se gestaba en la clase dominante en particular y en la sociedad florentina en general. Como lo señala Diana Pipkin, uno de los aspectos ampliamente relacionados con el surgir del Renacimiento es justo el cambio en la mentalidad de la sociedad, y en este caso, de la sociedad italiana y en particular la florentina, pues era ella la que irradiaba con más fuerza esta nueva incandescencia cultural.³⁹

De manera tal que estos cambios de mentalidad, imbricados estrechamente con una cultura por una parte empresarial y por otra humanista, iban gestando nuevas formas de concebir al hombre y a la naturaleza, cambios que se iban afianzando en la sociedad florentina del siglo XV. Los cuales pueden verse expresados tanto en nuevos valores sociales como el orgullo y el deseo de poder, como en nuevas costumbres como lo fue el desarrollo del arte culinario y, desde luego, en las distintas expresiones artísticas del momento.⁴⁰

Así, vemos que este largo proceso de transformación cultural se va a coronar durante el siglo XV con una explosión artística e intelectual sin parangón en toda Europa. Y aunque no todos los grandes artistas de la época son originarios de Florencia, es ahí donde se dan cita. Dieron brillo a esta ciudad lo mismo escultores y pintores como Donatello y Botticelli, que arquitectos como Brunelleschi. Agitaron su pensamiento Marsilio Ficino y Pico de la Mirándola. La habitaron genios que se movían con soltura en varias disciplinas, imposibles de catalogar, que otearon y predicaron sin fatiga nuevos conocimientos; Leon Battista Alberti, Leonardo Da Vinci y Miguel Ángel, son tan solo los más conocidos representantes de esta época.

De tal suerte que nacer en Florencia en el siglo XV, como le sucedió a Nicolás Maquiavelo, significaba vivir en una ciudad cuyo esplendor le había dado fama universal, llena de grandes artistas pero también atestada de hombres con un insaciable deseo de poder. Ser gobernado por grandes mecenas y promotores de la cultura pero que simultáneamente desfondaban la antigua estructura republicana de la ciudad. Significaba convivir con grandes hombres renacentistas ávidos de conocimiento, compartir ciudad lo mismo con genios eruditos que con jerarcas eclesiásticos que no dudaban en montar a caballo para pasar de las intrigas a la guerra. Era, en fin, vivir en una ciudad que luchaba para mantener su gloria política y económica, la cual parecía perderse para siempre.

Es en este farragoso y embravecido escenario que aparecerá en la escena pública Nicolás Maquiavelo como parte del nuevo gobierno republicano. Se tratará de una nueva camada de humanistas que se instalarán con la apremiante necesidad de hacer frente a la cada vez más acusada fragilidad política de la otrora poderosa Florencia.

Y es también en este contexto histórico que empiezan a cobrar familiaridad los ácidos consejos que el florentino ofrecerá como solución a los príncipes para poder hacerse del gobierno de una ciudad o mantenerse en ella. Como intenta mostrar este apartado, la situación política de su ciudad, el ánimo de los hombres en su época, las vicisitudes que agobiaban a los gobernantes y el esquema de valores que regía a la sociedad en que vivió, nos deja en claro que un observador serio de la realidad y con la intención de influir en ella, como lo fue Maquiavelo, no podía escribir un recetario de consejas igual a los que eran corrientes en la época.

De ninguna manera tratamos de ampararnos en el desgastado discurso de que los conflictivos consejos del florentino se entienden porque fue un 'hombre de su tiempo', sin embargo, si además de conocer cómo eran 'los tiempos de Maquiavelo', analizamos cuál fue su formación y orígenes teóricos, las famosas y controvertidas máximas del florentino, irán cobrando un nuevo sentido.

Notas:

1. Pasquale Villari, *Maquiavelo. Su vida y su tiempo*. México, D.F.-Barcelona Biografías Ganesa. 1965. 6ª edición. Pág. 11.
2. Pasquale Villari, *Ibidem*.
3. Quentin Skinner, *Maquiavelo*, Madrid. Alianza Editorial. 1998. Págs. 13-14.
4. La datación de este periodo ha cambiado con el tiempo y según cada autor, el periodo que ha comprendido ha variado entre el siglo XIV al XVI o del XI al XVIII, aún hoy se siguen realizando estudios para lograr una datación más precisa. Tal es el caso de Diana Pipkin que basándose en Johan Huizinga y Emile Gebhart propone un periodo de transformaciones que inicia en el siglo XI y termina en el XVIII. Ver Diana Pipkin, "Claves históricas para leer a Maquiavelo", en *Fortuna y virtud en la república democrática. Ensayos*

sobre *Maquiavelo*. Introducción. Buenos Aires. CLACSO. 2003. Y para entender el problema del 'renacimiento': Eugenio Garin, "Edades oscuras y renacimiento: un problema de límites", en *La revolución cultural del Renacimiento*. 2a ed. Trad. Doménec Bergadá. Barcelona. Editorial Crítica. 1984.

5. Tomás Várnagy, (Compilador). *Fortuna y virtud en la república democrática. Ensayos sobre Maquiavelo*. Introducción. Buenos Aires. CLACSO. 2003. Pág. 10. Para la parte del contexto histórico europeo y la situación política de Italia siglo de cerca su exposición.

6. Diana Pipkin, "Claves históricas para leer a Maquiavelo", en *Fortuna y virtud en la república democrática. Ensayos sobre Maquiavelo*. Introducción. Buenos Aires. CLACSO. 2003. Pág. 58.

7. Tomás Várnagy, *Óp. Cit.* Pág. 12.

8. Yves Renouard, *Historia de Florencia*. Argentina. EUDEBA. 1968. Trad. Ana María Torres de González. Pág. 15. Aunque Antonetti da un dato un tanto distinto. Pierre Antonetti, *Historia de Florencia*. México. F.C.E. 1985. Trad. Esther Herrera. Pág. 11.

9. Yves Renouard, *Óp. Cit.* Págs. 27 y anteriores.

10. Tomás Várnagy, *Ibidem*.

11. Yves Renouard, *Óp. Cit.* Págs. 25-26.

12. *Ibid.* Págs. 24-33.

13. *Ibid.* Págs. 40-42.

14. Yves Renouard, *Óp. Cit.* Págs. 76-86. Pipkin, Diana. *Óp. Cit.* Págs. 53-57.

15. Pierre Antonetti, *Óp. Cit.* Pág. 102.

16. Diana Pipkin, *Óp. Cit.* Págs. 57-59.

17. Pierre Antonetti, *Óp. Cit.* Pág. 81 y 103.

18. Yves Renouard, *Ibidem*.

19. Pierre Antonetti, *Óp. Cit.* Pág. 23. Renouard, Yves. *Óp. Cit.* Pág. 57.

20. *Ibid.* Págs. 71-107.

21. *Ibid.* Pág. 77.

22. *Ibid.* Págs. 78-80.

23. *Ibid.* 80 y 94-95.

24. *Ibid.* Pág. 88.

25. *Ibid.* Pág. 89-90.

26. *Ibid.* 103-105.

27. *Ibid.* Pág. 106.

28. *Id.*

29. *Ibid.* Pág. 108.

30. Por supuesto, esta prédica reposa en la densa capa de visiones milenaristas y renovadoras de signo religioso y profético que bulle en esta época. Tal como lo han señalado entre otros: Eugenio Garin, *Óp. Cit.* Págs. 61-67.

31. Pierre Antonetti, *Óp. Cit.* Págs. 112.

32. Yves Renouard, *Óp. Cit.* Pág. 42.

33. Pierre Antonetti, *Óp. Cit.* Pág. 41.

34. *Ibid.* Pág. 42.

35. Eugenio Garin, *Óp. Cit.* Pág. 54.

36. *Ibid.* Pág. 59.

37. *Ibid.* Págs. 76-83.

38. Yves Renouard, *Óp. Cit.* Pág. 70-71.

39. Diana Pipkin, *Óp. Cit.* Págs. 53-55.

40. *Ibid.* Págs. 61-65.

I. Capítulo I. Contexto histórico

Resumen de Apartado I.3.

Una vez expuesto el contexto histórico de Maquiavelo nos concentramos en su formación académica y orígenes teóricos. (1) Rastreamos las raíces humanistas de la cancillería florentina en la cual éste ocupa un asiento y de las cuales a querer o no, el florentino abreva culturalmente. (2) Así mismo, haremos un breve recorrido por las misiones diplomáticas del florentino, ya que como lo han demostrado algunos estudios, con ellas nuestro autor robustece su formación y nutre su obra. (3). También hablaremos de su experiencia al levantar una Milicia ciudadana (4), la manera como termina su periodo de funcionario y la gestación de *El Príncipe* (5). Al final del apartado reseñamos el final de su vida (6), con lo que se cierra este 1er capítulo de contexto para dar paso al segundo, en el cual abordaremos su obra.

I.3. Formación y orígenes teóricos

I.3.1. Formación académica y círculo de relaciones humanistas

Como se señaló (RI: I.2.1. p. 12), el padre del niño Nicolás se preocupó de que éste iniciara el aprendizaje del latín a los siete años. Así mismo, a los 12 lo acerca al maestro Paolo de Ronciglione para que se forme bajo el modelo educativo en boga. Aunado a lo anterior, se tiene noticia de que Maquiavelo prosiguió su formación en la universidad de Florencia en donde tuvo por maestro a Marcello Adriani,¹ lo cual le brindó una sólida formación humanista, totalmente acorde al movimiento cultural de la época.

Señalado está también que casi nada más se sabe del joven Nicolás hasta que su nombre aparece en las listas de los nuevos funcionarios que irán ocupando diferentes posiciones en el gobierno que se conformaba posterior a la caída de Savonarola y en el cual Maquiavelo desempeñará el cargo de Secretario de la Segunda Cancillería. Cargo que si bien no era un puesto de primera línea, estaba lejos de ser menor y en el que fue confirmado el 19 de junio de 1498, cuando apenas contaba 29 años y al parecer carecía de experiencia administrativa.²

Su padre, entusiasta de los *studia humanitatis*, mantuvo estrecha relación con distinguidos humanistas, entre ellos Bartolomeo Scala, quien además de ser un erudito y escribir varios tratados, había ocupado la Cancillería en el periodo durante el cual gobernó Lorenzo de Médici, *El magnífico*.³ De modo que su padre le procuraba un círculo de relaciones en la esfera pública. No obstante, el mismo Maquiavelo en la universidad tuvo oportunidad de entrar en contacto con humanistas que más adelante formarían parte activa en la vida de la nueva república. Tal es el caso del citado profesor Marcello Adriani,

quien a principios de 1498 es nombrado primer Canciller. Así que como lo señala el inglés Quentin Skinner: "Este trasfondo humanístico parece contener la clave para explicar por qué Maquiavelo recibió tan rápidamente su puesto en el gobierno".⁴

I.3.2. La Cancillería florentina: raíces humanistas, estructura, cargo y responsabilidades

La Cancillería florentina aunque tradicionalmente se ocupaba de las relaciones de política exterior, según "la personalidad y prestigio del canciller, se convertía en una muy delicada función de secretario de estado permanente para asuntos exteriores."⁵ Además, y derivado de los "constantemente cambios que se producían en las supremas magistraturas de la república, [los cancilleres] representaban un elemento de continuidad política."⁶

En Florencia se había vuelto una tradición que la Cancillería fuera ocupada por destacados humanistas, de hecho, en opinión del italiano Eugenio Garin esta costumbre alcanza su más alta cima cuando Coluccio Salutati la ocupa en 1374 durante más de 30 años y desde la cual no solo la eleva a un alto rango de importancia política sino que la convierte en la mayor 'cátedra' del humanismo.⁷ Sin embargo, con la llegada de nuevos cancilleres y el cambio de la situación política en la ciudad, la cancillería fue perdiendo su poder político. Ya con el arribo de los Médici al gobierno en el siglo XV, "ahora sí, [el canciller] perderá toda influencia política para convertirse en solemne figura ornamental".⁸

Esta institución fue modificada en 1437 adicionándosele una Segunda Cancillería, empero, este crecimiento en personal y trabajo respondía más "a una tecnificación burocrática que a una auténtica expansión política".⁹ De modo que para cuando Nicolás Maquiavelo llega a la Cancillería si bien ésta aún era un reservorio de la tradición humanista, su trascendencia estaba acotada a una labor más operativa que de toma de decisiones.

La Segunda Cancillería tenía a su cargo primordialmente la correspondencia con respecto a la administración de los territorios florentinos.¹⁰ Además, al encabezar esta sección, el florentino formaba parte también de los seis secretarios "afectos al primer canciller y en calidad de tal se le asignó la tarea adicional de servir a los Diez de la Guerra, el comité responsable de las relaciones extranjeras y diplomáticas de la República."¹¹ Debido a lo anterior, Maquiavelo pronto se vería envuelto en misiones diplomáticas en otros lares allende su ciudad natal así como en asuntos militares.

I.3.3. Misiones diplomáticas.

Cuando se habla de la formación de Nicolás Maquiavelo se debe entender que ésta respondió no solo a su educación humanista formal sino también, y en muy alto grado, a su experiencia política vivida durante el tiempo que prestó sus servicios al gobierno encabezado por Piero Soderini. Como ha sido documentado por parte de sus estudiosos,

el pensamiento expresado en sus obras posteriores, pero particularmente en *El Príncipe*, será resultado directo del gran aprendizaje realizado durante esta época de su vida. De tal suerte que fragmentos e ideas fundamentales de este libro son poco más que transcripciones o reelaboraciones de lo observado en sus distintas misiones diplomáticas y registrado en sus Legaciones.¹²

Su primera misión diplomática tuvo ocasión en julio de 1500, cuando junto con Francesco della Casa son comisionados para ir a la corte de Luis XII de Francia a pedir ayuda para recuperar el puerto de Pisa que se había rebelado en 1496, después de que el sitio con que Florencia trató de recuperarla había terminado en desastre: los tropas mercenarias contratadas desertaron y las fuerzas auxiliares suizas se amotinaron por falta de paga; ante lo cual se tuvo que levantar el sitio.¹³

Seis meses estuvo Maquiavelo en la corte de Francia, tiempo en el que no solo se enfrentó a la dura realidad sobre la verdadera trascendencia política de su ciudad, cada vez más nimia (RI: I.2.2.3.2. p. 17), sino que fue tratado con desdén por el rey Luis XII ante la endeble y titubeante posición de Florencia. De aquí su primer gran lección, apunta Skinner: “Sus escritos políticos de madurez están llenos de advertencias sobre la necesidad de las dilaciones, el peligro de aparecer como irresoluto, la necesidad de una acción decidida y rápida tanto en la guerra como en la política.”¹⁴

Segunda misión diplomática: En octubre de 1502 fue enviado a Imola a entrevistarse con César Borgia. El llamado Duque Valentino era hijo natural del papa en funciones, Alejandro VI, y una vez nombrado Duque de la Romagna por su padre en abril de 1501, pone en jaque a Florencia conquistando velozmente Faenza, Piombino, Val di Chiana y Urbino, después de lo cual pide a ésta envíe un mensajero para hacerle saber sus condiciones para una alianza. Al cabo de casi cuatro meses y varias entrevistas personales, Maquiavelo queda impresionado con el actuar de Borgia, por la decidida resolución con que llevaba a cabo sus planes y por hacer todo lo que estaba a su alcance para cimentar su poder, levantando y apoyándose en un ejército propio. Pese a ello, tampoco le pasó desapercibido que el Duque confiaba demasiado en su buena fortuna.¹⁵

No tardará mucho en tener ocasión de entrar en contacto con él otra vez. (Tercera misión diplomática) En octubre de 1503 es enviado a Roma para informar de la crisis surgida en la corte papal derivada de la muerte de Alejandro VI en agosto de ese año y de la de su sucesor, Pío III, al mes siguiente. Ahora se buscaba elegir un nuevo papa y el apoyo que César Borgia le brindaba a Giuliano della Rovere, futuro Julio II, era a cambio de que éste le nombrara capitán general de los ejércitos papales. Situación de suma gravedad para Florencia ya que si Borgia conseguía dicho nombramiento era muy probable que acometiera de nueva cuenta una campaña en sus fronteras.¹⁶

Una vez ungido Della Rovere, inicia una feroz lucha contra el Duque Valentino, pues resulta que el nuevo papa le había engañado y no estaba dispuesto a entregarle el control de los ejércitos pontificios; al parecer no podía olvidar que por culpa de su padre tuvo que vivir exiliado durante diez años. A este revés se le suma el que sus posesiones de la Romagna se levantaban en una revuelta, lo que deja estupefacto a Borgia sin saber qué hacer y comenzando a ser errático en sus decisiones.

Este episodio, en el que Maquiavelo podrá ver el ocaso de El Valentino, reafirma su juicio respecto a que un príncipe no debe confiar mucho en su buena suerte, así como también debe tomar previsiones para poder sortear un giro de la Fortuna. Igualmente instructivo le fue poder ver de cerca este duelo de titanes de la simulación y el engaño.¹⁷

Aunque en esta misión diplomática tuvo ocasión de entrar en contacto con Julio II, será en dos misiones posteriores cuando Maquiavelo pueda observarlo de cerca y aprender algunas lecciones de este papa guerrero. En la primera de ellas, (Cuarta misión diplomática) es enviado a la corte papal en agosto de 1506 para informar del plan de Julio II de recuperar Perugia, Bolonia y otros territorios antes de la iglesia. Y a pesar de su escepticismo inicial, al cabo de menos de tres meses, ve con asombro cómo el papa, con arrojo inusual, logra doblegar a estas dos ciudades.¹⁸

Cuatro años después (Quinta misión diplomática), va como embajador a la corte de Francia en 1510 pues Julio II no cesa sus empresas guerreras. El papa inicia una cruzada para expulsar a los 'bárbaros' de Italia, es decir, a los franceses. Esta situación ponía en una difícil encrucijada a los florentinos pues eran aliados tradicionales de éstos y, a su vez, no deseaban disgustar al papa. La resolución del gobierno de Soderini fue mantener la neutralidad, decisión a todas luces imposible de mantener y que exasperaba sobremanera al florentino.

En estas misiones no solo reafirmó su opinión sobre lo desastroso que resultaba que el gobierno al que servía se mostrase irresoluto, sino también pudo observar cómo un ímpetu tan osado como el del papa, si bien podía conseguir sus objetivos, era gracias a que las circunstancias eran propicias para ese tipo de proceder. Sin embargo, de haberse presentado un cambio en ellas y requerir una forma de actuar distinta de parte del pontífice, al no poder domeñar su inclinación de carácter, éstas hubieran provocado su perdición.¹⁹

Una misión diplomática más, (Sexta misión diplomática) de la cual Maquiavelo puede abreviar es su encuentro con Maximiliano, el sacro romano emperador. Debido a que el emperador deseaba marchar sobre Italia y coronarse en Roma, en junio de 1507 Florencia envía a Francesco Vettori para informar al respecto, pues de ser cierta su intención el gobierno florentino deseaba complacerle, sin embargo necesitaba saber con certeza si los

planes se llevarían a cabo. Al parecer los informes de Vettori eran tan confusos que en diciembre del mismo año Maquiavelo es enviado para que mande reportes sobre los verdaderos planes de Maximiliano.²⁰

Pasados seis meses la empresa se suspende de manera definitiva, empero, Maquiavelo tuvo oportunidad de hacerse una idea clara del emperador, el cual desde un inicio le produce una opinión muy desfavorable, misma que no cambiará en el transcurso de los meses. Su debilidad para dejarse influenciar por sus consejeros, su imposibilidad de sostener una decisión tomada y, en suma, lo endeble e inconstante de su carácter, hace imposible realizar negociaciones serias con él. Parece que de este personaje Maquiavelo solo obtiene lecciones por la vía negativa, es decir, sobre cómo no se debe proceder en los asuntos de la política. Sus juicios sobre este personaje los expondrá pocos años después en el capítulo XXIII de su pequeña obra *El príncipe*.

I.3.4. Milicia ciudadana

Una de las experiencias que más hondo marcaron a Nicolás Maquiavelo en su época de funcionario fue la humillante derrota de Florencia ante Pisa. El recuerdo de la suspensión del sitio como consecuencia de que las fuerzas mercenarias contratadas habían desertado y el amotinamiento de las fuerzas auxiliares suizas por falta de paga, hicieron germinar en él, el convencimiento de la necesidad de contar con una milicia ciudadana. Por ello, en 1505 diseñó un plan que presentó al Gran Consejo de la ciudad para remplazar las tropas a sueldo. Con su venia para reclutar en la Romagna Toscana, puso manos a la obra.²¹

Para febrero de 1506 realizó una primera parada militar en Florencia, lo que admiró a la ciudad entera, y no podía ser de otra manera pues como señala Skinner, con esta milicia propia “uno de los ideales más acariciados por el humanismo florentino se hizo realidad.”²² Convencido, al final del año el Gran Consejo crea un nuevo comité, los Nueve de la Milicia, eligiendo como secretario a Maquiavelo.

En realidad aquella milicia fue motivo de orgullo más como resultado de la ideología reinante que a una verdadera trascendencia de ésta, pues desde su primera encomienda militar en la vecina Prato el año de 1512, “fueron barridas sin esfuerzo por la infantería española.”²³ No obstante, esto no desanimó en absoluto la fe del florentino en los ejércitos ciudadanos, ya que como lo veremos en el siguiente apartado (RI: II.1.1.2. p. 37), en *El Príncipe* insiste en que una de las tareas fundamentales del gobernante, es levantar un ejército propio.

Aunque esto lo escribiría al año siguiente y una vez que está fuera del gobierno, pues resultó que la tempestuosa animosidad guerrera de Julio II fue determinante para la caída del régimen republicano al que Maquiavelo servía. Sucedió que el papa, al darse cuenta que corría riesgo su campaña contra los franceses, busca una alianza con el Rey de

España, Fernando el Católico. En octubre de 1511 la denominada Santa Alianza es formalizada y para el año siguiente los españoles avanzan sobre Italia logrando vencer a los franceses. Al nunca haber manifestado su apoyo al papa en su lucha contra éstos, Florencia es castigada por la alianza. A inicios de noviembre de 1512, después de que los españoles saquean la vecina ciudad de Prato, los florentinos, viendo desechar su milicia ciudadana, capitulan, Soderini es desterrado, con el apoyo español los Médici retoman el poder en Florencia y poco después la república es disuelta.²⁴

I.3.5. Fin de su carrera, circunstancias de gestación de *El Príncipe*

Es lugar común en los estudios sobre el florentino que en esta parte se diga que ahora será él quien experimente en carne propia un revés de la Fortuna, sin embargo, es verdad y Skinner lo resume de manera insuperable:

La suerte de Maquiavelo se vino abajo junto a la del régimen republicano. El 7 de noviembre fue formalmente relevado de su puesto en la cancillería. Tres días más tarde se le sentenció al confinamiento dentro del territorio florentino, previa la fianza de la enorme suma de mil florines. En febrero de 1513 llegó el peor de los golpes. Cayó, por error, en sospecha de haber tomado parte en una abortada conspiración contra el nuevo gobierno de los Médici, y después de haber sido sometido a tortura se le condenó a la cárcel y a la paga de una fuerte suma.²⁵

Así, caído en desgracia, da por terminada su etapa como funcionario público. Pasado este duro trance y recuperada su libertad gracias a una amnistía general decretada por los festejos con motivo del nombramiento de Giovanni de Médici como el nuevo papa León X,²⁶ Maquiavelo se refugia en su villa de Sant' Andrea para adentrarse en una nueva etapa de su vida. Se tratará de un ostracismo creador, en el que poco a poco aprende a mirarse cada vez más como un hombre de letras.²⁷

Ese mismo año de 1513 y como un intento por mostrarse útil al nuevo gobierno de los Médici ²⁸ redacta su pequeña obra *El Príncipe*, misma que busca hacerles llegar mediante su amigo Francesco Vettori sin éxito alguno. Una vez que pierde toda esperanza respecto de conseguir algún cargo y después de entregarse durante un año a la inactividad, se integra al grupo de humanistas y literatos que se reunían en los jardines de Cosimo Rucellai,²⁹ escribe teatro, poesía y, animado e influido por ellos, en 1515 inicia la escritura de sus *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*.³⁰

Desde luego, las obras que escribirá en estos años deben mucho a su formación no solo teórica sino práctica, a lo aprendido en la vida pública de su ciudad natal, y su formación y aprendizaje son deudoras directas de lo vivido en carne propia de la realidad política de su tiempo, incluyendo su etapa a cargo del levantamiento de un ejército, aspecto que debe ser resaltado si tomamos en cuenta que quien escribirá *El Príncipe*, es

un hombre que no sólo fue gran lector de los antiguos romanos, sino que intentó llevar a la práctica el modo de proceder de ellos, al menos en lo que respecta a este importante y difícil asunto de la vida pública de una ciudad.

I.3.6. Final de la vida de Maquiavelo

Al poco tiempo de terminar de escribir su larga obra *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, por fin logra obtener el deseado reconocimiento por parte de los Médici. Sucedió que Giulio de Médici, ungido y nombrado papa Clemente VII en 1519, estaba relacionado con Lorenzo Strozzi, un amigo íntimo de Maquiavelo y por medio del cual buscó colarse en la corte, obteniendo en noviembre de 1520 el encargo de escribir la historia de Florencia con su consecuente retribución económica.³¹

No obstante, esta oportunidad tan largamente anhelada al final se trocará en una pesada lápida de la que no podrá escaparse. Resultó que poco después de terminada la obra, Carlos V acomete el famoso 'saco de Roma' en la primavera de 1527, ante lo cual el papa Clemente VII huye dejando en la orfandad al gobierno Médici de Florencia. Ya sin el apoyo papal el gobierno se desploma y el 16 de mayo del mismo año es restaurada la república.

Por supuesto, a pesar de ser un espíritu republicano, Maquiavelo no tiene cabida en el nuevo régimen anti Médici, por el contrario, su relación con la tiranía lo condena. Parece que aún albergó alguna esperanza de regresar como secretario de los Diez de Guerra, comité reinstaurado por el nuevo gobierno y cargo que en el pasado había desempeñado,³² sin embargo este deseo no tenía ningún sostén en la realidad. De nueva cuenta un inesperado giro de la Fortuna lo sacudía brutalmente. De este golpe ya no se repone. Con el ánimo desvencijado muere el 21 de junio de 1527.³³

Notas:

1. Quentin Skinner, *Maquiavelo*, Madrid. Alianza Editorial. 1998. Pp. 13-14.

2. Id.

3. Eugenio Garin, *Óp. Cit.* Pág. 103.

4. Quentin Skinner, *Ibidem.*

5. Eugenio Garin, *Óp. Cit.* Pág. 77.

6. *Ibid.* Pág. 78.

7. *Ibid.* Pág. 80.

8. *Ibid.* Pág. 100.

9. *Ibid.* Pág. 93.

10. Quentin Skinner, *Óp. Cit.* Pág. 15.

11. Id.

12. *Ibíd.* Pág. 19. Ejemplo: Skinner 20, 23, 25, 27, 28, y ss. Para exponer las distintas misiones diplomáticas de Maquiavelo así como su aprendizaje en cada una de ellas, sigo de cerca la exposición de este autor.
13. *Ibíd.* Págs. 15-16.
14. *Ibíd.* 17.
15. *Ibíd.* Págs. 19-21.
16. *Ibíd.* 21-23.
17. *Id.*
18. *Ibíd.* Págs. 23-26.
19. *Ibíd.* Págs. 25-26.
20. *Ibíd.* Págs. 26-27.
21. *Ibíd.* Págs. 49-50.
22. *Ibíd.* Pág. 50.
23. *Id.*
24. *Ibíd.* Pág. 33.
25. *Id.*
26. *Ibíd.* 34.
27. *Ibíd.* Pág. 72.
28. *Ibíd.* Págs. 36-37, 71.
29. *Ibíd.* Págs. 72-73.
30. José Manuel Bermudo, *Maquiavelo, consejero de príncipes*. Barcelona. Universitat de Barcelona. 1994. Págs. 149.
31. Quentin Skinner, *Óp. Cit.* Pág. 112.
32. Pasquale Villari, *Maquiavelo. Su vida y su tiempo*. México, D.F.-Barcelona Biografías Gadesa. 1965. 6ª edición. Pág. 466.
33. Quentin Skinner, *Óp. Cit.* Pág. 124.

II. Capítulo II. Obra política

Resumen de Apartado II.1.

En este apartado diseccionaremos *El Príncipe* en partes, por capítulos y subrayaremos los pasajes de clara controversia ética. Se presentará un brevísimo resumen de cada uno de los capítulos de la obra, lo que nos parece necesario para tener claro la materia sobre la que hablamos. (1) Posterior a ello se señalarán tanto las características que lo hacen parte del género al que pertenece (Espejos de príncipes) como lo que lo singulariza. (2) Finalmente, partiendo de esta visión panorámica de la obra realizaremos un listado de los concejos motivo de polémica y de los cuales nos interesa saber si pueden justificarse éticamente o no. (3)

II.1. Exposición y análisis de *El príncipe*

II.1.1. Presentación y segmentación de la obra

A pesar de que *El príncipe* nunca fue publicado en vida de Nicolás Maquiavelo, es esta obra la que le dio fama universal pues la ámpula que levanta este pequeño manual, este peculiar Espejo de príncipes, durará centurias. En él recoge de modo sucinto y demoledor la gran tradición humanista en la que se formó (RI: III.1.1. pp. 89-92) y, como vimos (RI: I.3.3. pp. 24-27), mucho de lo aprendido durante su época de funcionario público. El tono gélido con el cual no solo desgrana los tipos de principados sino también recomienda las más feroces acciones para conservarlos, serán materia de escándalo hasta volver su propio apellido un adjetivo calificativo con el cual se pretende caracterizar el tipo de conducta más inmoral en la vida pública.

Esta diminuta obra consta de 26 capítulos y versa sobre las formas de adquirir y conservar los principados. Siguiendo al español Miguel Ángel Granada ¹ se pueden distinguir cuatro partes en la obra. La primera va de los capítulos I al XI, ahí Maquiavelo estudia las diferentes clases de principados, cómo se adquieren y cómo se conservan. La segunda parte abarca de los capítulos XII al XIV y trata sobre la seguridad y las armas. Para el florentino un Estado sólo es libre y seguro si dispone de un ejército propio.

Según esta segmentación, la segunda parte se enfoca a la autonomía en la política externa en tanto que la tercera, capítulos XV al XXIII, se aboca a la autonomía en la política interna, esto es, trata sobre cuál debe ser el gobierno y comportamiento del príncipe con respecto a sus amigos y súbditos. Finalmente en la cuarta parte, que comprende sólo los tres últimos capítulos de la obra, del XXIV al XXVI, Maquiavelo a manera de conclusión asume la situación contemporánea italiana, analizando las causas de su ruina y la

posibilidad de su regeneración, que le permita recuperar la libertad al tiempo de <<ordenar>> un Estado moderno y eficaz.

II.1.1.1. Primera parte

Inicia la **primera parte** estableciendo en el **capítulo I** (*Cuántos son los géneros de principados y por qué modos se adquieren*) que todos los Estados han sido repúblicas o principados. Los principados son hereditarios o nuevos, éstos últimos son del todo nuevos o miembros añadidos; los añadidos están acostumbrados a un príncipe o son libres, y se adquieren con las armas de otro o con las propias, por fortuna o por virtud.

En el **capítulo II** (*De los principados hereditarios*) explica que dejará de lado las repúblicas "por haber razonado extensamente sobre ellas en otro lugar."² Aquí habla de los principados hereditarios, señala que estos son fáciles de conservar, pues basta con respetar el orden de sus antepasados. Incluso si el príncipe es privado de él, lo recuperará con facilidad. Para Maquiavelo, "El príncipe natural tiene motivos y menos necesidad de causar agravios, de donde resulta que es más amado por sus súbditos".³

Los principados mixtos los aborda en el **capítulo III** (*De los principados mixtos*), son los que se adhieren a un Estado anterior, ya constituido. Las dificultades que presentan son que los hombres cambian de buen grado de señor con la esperanza de mejorar pero la "necesidad, natural y ordinaria"⁴ del nuevo príncipe de agraviar a los nuevos súbditos los hace arrepentirse pronto. Estos Estados son del mismo país y de la misma lengua o no. En el primer caso es muy fácil conservarlos, sobre todo si no estaban acostumbrados a ser libres, es decir, si no eran repúblicas. Para conservarlos basta con respetar dos principios: Uno, extinguir el linaje del príncipe anterior y, dos, no alterar sus leyes ni tributos.

En el segundo caso, esto es, cuando tiene lengua, costumbres e instituciones diferentes, hay dos grandes remedios: Uno, ir a residir ahí, porque así el príncipe ve nacer los problemas y los puede solucionar antes de que crezcan demasiado, evita que sus encargados los expolien y los extranjeros tendrán más miramientos para atacarlo, y, Dos, establecer colonias o mantenerlo ocupado militarmente. Aunque es mejor enviar una colonia ya que evitas molestias a tus súbditos y ahorras gastos. Además de lo anterior, Maquiavelo aconseja convertirse en jefe y defensor de los vecinos desaventajados, debilitar a los fuertes y evitar que entre algún extranjero poderoso.

En el **Capítulo IV**, (*Por qué razón el reino de Darío, que había sido ocupado por Alejandro, no se rebeló tras la muerte de éste contra sus sucesores*) aclara la aparente paradoja del título explicando que los principados son gobernados de dos maneras: Uno, por un príncipe y sus siervos. Dos, por un príncipe y por nobles. En el primer caso su conquista es difícil en extremo pues no puede ser auxiliado por señores de dicho reino que deseen apoyar tu empresa, sin embargo, cuando se logra su conquista es muy fácil su

conservación, solo basta con extinguir la familia del príncipe, éste fue el caso del reino de Darío. En el segundo caso sucede lo contrario, fácilmente puedes entrar con la ayuda de algún noble pero una vez que estés en el poder, éstos no estarán satisfechos con los favores que les otorgues y como no puedes "ni contentarlos ni destruirlos, perderás aquel Estado a la mínima oportunidad que se les presente."⁵

En el **Capítulo V**, (*De qué modo se han de gobernar las ciudades o principados que antes de su adquisición se regían con sus propias leyes*) plantea el caso de cuando se adquiere un Estado que está acostumbrado a vivir en libertad y con sus propias leyes (república). Maquiavelo opina que para conservarlo hay tres opciones. Primera, destruir la ciudad, dos, vivir en ella y, tres, dejarla vivir con sus leyes imponiéndole tributo e implantando un gobierno minoritario propio que la conserve fiel. Aunque finalmente considera que como "en las repúblicas hay mayor vida, mayor odio, más deseo de venganza; no les abandona ni muere jamás la memoria de la antigua libertad", ⁶ lo más seguro es destruirlas o vivir en ellas.

En este **Capítulo VI**, (*De los principados nuevos adquiridos con las armas propias y con virtud*), explica que son aquellos en donde no solo el principado es nuevo por haberse adquirido recientemente sino que el príncipe también es nuevo pues pasa de particular a príncipe. Y aunque casos así pueden ser fruto de su virtud o de la fortuna, Maquiavelo habla de los que llegaron a tal por virtud propia y pone de ejemplo a Moisés, Ciro, Rómulo, Teseo. Explica que "considerando sus acciones y su vida, se ve que no eran deudores de la fortuna, sino de la oportunidad, la cual les proporcionó la materia en la que poder introducir la forma que les pareció más conveniente. Sin esa oportunidad la virtud de su ánimo se habría perdido, y sin dicha virtud la oportunidad habría venido en vano."⁷

Los que adquieren su principado por virtud lo alcanzan con gran dificultad pero lo conservan fácilmente. Las dificultades que encuentran son sobre todo por la introducción de nuevas instituciones. Sentencia que no hay cosa más difícil, más dudosa ni más peligrosa que ello, por eso es necesario valerse por sí mismo y no de otros, esto es, que puedan recurrir a la fuerza. Sin embargo, una vez superadas las dificultades y destruido a quienes tenían envidia de su situación, permanecen poderosos, seguros, honrados y dichosos.

De este escenario pasa a aquel donde se adquiere un principado pero con armas ajenas y por fortuna, **Capítulo VII** (*De los principados nuevos adquiridos con armas ajenas y por la fortuna*), apunta que quienes llegan a príncipes desde particulares solo por la fortuna, se encuentran con grandes dificultades y dependen de quien les otorgó el Estado. Además, no saben ni pueden conservar su puesto, pues antes eran simples particulares que no

sabían mandar ni tenían fuerzas amigas y fieles. Solo a través de una gran virtud podrán conservar sus Estados y fijar cimientos firmes.

Como ejemplos de la llegada al principado por virtud y por fortuna cita a Francesco Sforza y César Borgia, este último hijo ilegítimo del papa Alejandro VI. Explica que Sforza llegó con dificultades pero pudo gobernar tranquilamente porque dependió de su propia virtud, en cambio Borgia llegó por la fortuna de su padre y a pesar de haberse procurado fundamentos sólidos para su futuro poder, cuando ésta lo abandonó, lo perdió todo. Maquiavelo examina sus acciones pues “no sabría dar a un príncipe nuevo otros preceptos mejores que el ejemplo de su conducta.”,⁸ ya que si perdió su Estado “no fue por culpa suya, sino de una extraordinaria y extrema malignidad de la fortuna”⁹

En este amplio pasaje aparecen las acciones de César Borgia, el llamado Duque Valentino, quien en tanto levantaba fuerzas propias para no depender de las de su padre, se sirvió de las tropas de los Orsini para adueñarse de La Romaña, destruyendo a su vez a los Colonna, pero viendo que esas tropas no eran seguras, esperó la oportunidad de destruir también a los Orsini. Relata Maquiavelo cómo ante la inminente muerte de su padre, el papa Alejandro VI, el Duque hizo todo lo que pudo para prever que el nuevo papa no le fuera contrario, para lo cual exterminó a los nobles que antes había despojado. Así mismo aparece el sórdido pasaje de la acción que tomó el Valentino respecto a su lugarteniente encargado de gobernar Urbino y La Romaña: Ramiro de Orco.

Resulta que encontrando esta provincia en completo desorden, “gobernada por señores incapaces, más dispuestos a despojar a sus súbditos que llamarlos al orden”,¹⁰ una vez que la sevicia de Ramiro de Orco logró pacificar el territorio y reducirlo a la unidad, “para curar los ánimos [...] decidió mostrar que, si alguna crueldad se había ejercido, no había provenido de él”,¹¹ así que cuando tuvo ocasión, decidió exhibirlo partido en dos en la plaza de Cesena. Dice el florentino que “la ferocidad del espectáculo hizo que aquellos pueblos permanecieran durante un tiempo satisfechos y estupefactos.”¹²

Concluye Maquiavelo el elogio de Borgia diciendo que siempre previó incluso los eventos futuros y que por tanto, no sabría censurarlo y se le ha de poner como modelo a imitar. Sin embargo, a la muerte de su padre él también estaba enfermo y lo único por lo que se le puede censurar es porque no pudiendo imponer al nuevo papa, accedió a que llegara un cardenal al que en el pasado su padre había ofendido. Se equivocó en la elección y esto le causó su ruina.

En el **Capítulo VIII**, (*De los que llegaron al principado por medio de crímenes*) analiza el caso en el que se adquiere un principado por crímenes. Pone como ejemplo a Agatocles y Oliverotto da Fermo, a efectos de síntesis solo referiré el caso del primero pues con éste se agota lo que el autor desea explicar.

Agatocles, siciliano de condición privada, ínfima y despreciable, de militar de bajo rango pudo llegar a pretor de Siracusa pasando por todos los grados necesarios. Una vez consolidado como pretor, una mañana convocó al pueblo y Senado como si se fuera a deliberar, pero ya reunidos hizo matar a todos los senadores y a los más importantes ciudadanos; después de lo cual pudo conservar el principado mucho tiempo sin oposición interna.

Maquiavelo explica que no llegó al poder por la fortuna sino por grados militares, ganados con gran dificultad y se mantuvo a través de decisiones animosas y arriesgadas. "Sin embargo, no es posible llamar virtud a exterminar a sus ciudadanos, traicionar a los amigos, carecer de palabra, de respeto, de religión. Tales medidas pueden hacer conseguir poder, pero no gloria."¹³ Al final del capítulo se pregunta la razón de que a pesar de sus infinitas crueldades estos hombres pudieron vivir seguros en su principado. A lo que responde que "esto es debido al mal uso o buen uso de la crueldad. Bien usadas se pueden llamar aquellas crueldades (si del mal es lícito decir bien) que se hacen de una sola vez y de golpe, por la necesidad de asegurarse, y luego ya no se insiste más en ellas, sino que se convierten en lo más útiles posibles para los súbditos".¹⁴ Mal usadas son las que aunque pocas en principio van aumentando con el curso del tiempo. Quien actúa de esta segunda manera, "ya sea por debilidad o por perversidad de ánimo, se verá siempre obligado a tener el cuchillo en la mano".¹⁵

En el **Capítulo IX**, (*Del principado civil*) estudia el caso en que un ciudadano privado llega a príncipe no por crímenes sino con el favor de los ciudadanos, lo que denomina principado civil. Según Maquiavelo se llega a él no basándose exclusivamente en la virtud o la fortuna sino en una "astucia afortunada"¹⁶

Se asciende o con el favor del pueblo o de los grandes pues son dos los 'humores' que hay en cualquier ciudad: el pueblo y los grandes. El pueblo desea no ser dominado ni oprimido por los grandes, en cambio, los grandes sí desean dominar y oprimir al pueblo. De estos apetitos contrapuestos vienen el principado o la libertad o el libertinaje. Señala que el principado es promovido por los grandes porque al no poder resistir al pueblo, hacen príncipe a uno y así desfogan sus apetitos a su sombra. En cambio, el pueblo viendo que no puede defenderse de los grandes, busca quien lo defienda.

Considera que es más difícil llegar con el apoyo de los grandes pues éstos se creen tus iguales y no los puedes mandar ni manejar a tu manera. Además, no se puede "con honestidad y sin causar injusticias a otros"¹⁷ dar satisfacción a éstos. Aunado a lo anterior, al ser más previsores y astutos, en el momento de peligro no solo te abandonarán sino que se volverán en tu contra. Llegar con el apoyo del pueblo es mejor, porque a tu alrededor hay pocos o ninguno que no esté dispuesto a obedecer. Y a éste se le puede dar gusto más fácilmente ya que "el fin del pueblo es más honesto [...] [solo quiere] no ser oprimido".¹⁸ En un caso extremo el príncipe puede esperar que el pueblo lo abandone

pero no que se vuelva contra él. Concluye diciendo que quien llegue contra la voluntad del pueblo debe ganárselo, cosa fácil si se convierte en su protector. El pueblo le cobrará así mayor afecto que si hubiera llegado con su apoyo.

Para el florentino este tipo de principado solo corre peligro cuando pasa del gobierno fundado en los ciudadanos al gobierno absoluto, porque en el caso de que se gobierne por medio de magistrados el pueblo está acostumbrado a la autoridad de ellos, de tal manera que cuando se pretende eliminarlos, no puedes. Por eso el príncipe debe pensar un procedimiento por el cual los ciudadanos siempre tengan necesidad del Estado y de él, para que siempre le permanezcan fieles.

Respecto la forma de conservar el Estado, Maquiavelo estudia en el **Capítulo X**, (*Cómo se han de medir las fuerzas de todos los principados*) la consideración de si un príncipe 'tiene tanto Estado' para sostenerse por sí mismo o necesita la ayuda de otros. Aquellos que se pueden sostener son quienes pueden organizar un ejército y entablar combate con quien venga a asaltarlos. Por el contrario, necesitan de los demás quienes no pueden hacer esto y se ven obligados a refugiarse dentro de sus murallas.

En este último caso recomienda fortificarse bien y olvidarse del demás territorio pues si el príncipe ha obrado conforme él ha aconsejado y si no se ha hecho odiar, difícilmente será atacado. Y para quien opine lo contrario, explica que un príncipe poderoso y animoso sabrá dar esperanzas o infundir temor frente al enemigo, según sea necesario. Considera que el enemigo al llegar debe quemar todo y ante ello la reacción de los súbditos es de adhesión al príncipe aún más en tanto que estiman que éste ha contraído una obligación hacia ellos. Por lo anterior, "no resultará difícil a un príncipe [mantener un asedio] siempre que no les falten los medios de subsistencia y de defensa."¹⁹

Se cierra esta primera parte con la caracterización de los que denomina principados eclesiásticos, **Capítulo XI**, (*De los principados eclesiásticos*). Afirma que se adquieren por virtud o por fortuna y se conservan sin la una ni la otra, pues se sustentan en las antiguas leyes de la religión y éstas son tan poderosas que mantienen al príncipe "sea cual fuere su forma de actuación y de vida."²⁰ Son los únicos felices pues los príncipes no tienen necesidad ni de defenderlos ni de gobernarlos y aun así no les son arrebatados.

Para explicar el motivo por el cual la Iglesia ha alcanzado tanto poder en lo temporal, abunda en la situación política italiana que expuse en el Apartado I.2. (RI: I.2.2.2. p. 13), se refiere al débil equilibrio entre las cinco potencias itálicas, mismo que fue trastocado por la llegada de los franceses, a los que apoyó Rodrigo Borgia (el papa Alejandro VI) por ambición, ya que deseaba que su hijo César se adueñase de La Romaña. Por eso, explica Maquiavelo, a la llegada de Julio II el papado contaba con un poder considerable y "la puerta abierta a los procedimientos de acumular dinero [...] Julio II no

sólo siguió los pasos de Alejandro VI, sino que fue incluso mucho más allá; pensó ganarse Bolonia, reducir a Venecia a la impotencia y expulsar a los franceses",²¹ lo que consiguió para engrandecimiento de la Iglesia. Así, el papa León X encontró al pontificado elevado a un grandísimo poder y de él se espera que, vía sus atributos, lo haga poderosísimo y respetado.

II.1.1.2. Segunda parte

Siguiendo la distinción de Miguel Ángel Granada, entramos al análisis de la autonomía en la política externa. En esta **segunda parte** (Cap. XII al XIV) Maquiavelo aborda el aspecto de la seguridad y las armas; recordemos que para el florentino un Estado sólo es libre y seguro si dispone de un ejército propio. En el **Capítulo XII**, (*Cuántos son los géneros de tropas y sobre los soldados mercenarios*) establece que los principales cimientos y fundamentos de todos los Estados, nuevos, viejos o mixtos, son las buenas leyes y las buenas armas y "dado que no puede haber buenas leyes donde no hay buenas armas y donde hay buenas armas siempre hay buenas leyes",²² hablará sólo de las armas.

Distingue que las tropas con que un príncipe defiende su Estado le son propias o mercenarias, auxiliares o mixtas. Las mercenarias y auxiliares son inútiles y peligrosas. Las tropas mercenarias carecen de unidad, son ambiciosas, sin disciplina, desleales; y son así porque su único incentivo es un poco de sueldo. Según él, no debería ser difícil aceptar esto ya que ese es el motivo de la ruina de Italia; reconoce que proporcionaron alguna victoria pero en cuanto llegaron los franceses se mostró lo que en realidad eran.

Dice que "Además, es más difícil que caiga bajo el poder de uno de sus ciudadanos una república armada con tropas propias que otra armada con tropas foráneas."²³ Después de abundantes ejemplos de la inutilidad de las fuerzas mercenarias, que no son "ni temerosas de Dios ni leales con los hombres",²⁴ concluye que si un jefe mercenario es eminente aspirará a su propio poder y si no lo es, causará tu ruina. Por todo ello el príncipe debe ir con sus tropas y ser jefe y capitán de las mismas, para evitar el desastre de las tropas mercenarias, pues éstas sólo han reducido a Italia "a la esclavitud y al escarnio."²⁵

Las tropas auxiliares las estudia en el **Capítulo XIII**, (*De los soldados auxiliares, mixtos y propios*), explica que son aquellas de que dispones cuando llamas a un poderoso para defenderte. Son inútiles y perjudiciales porque si pierdes quedas deshecho y si vences eres prisionero suyo, con ellas el desastre está garantizado pues son un solo cuerpo dispuesto en su totalidad a obedecer a otro. Las mercenarias al menos no son así, además de que como tú les pagas necesitan más tiempo para hacerte daño. "En suma, en las mercenarias es más peligrosa la desidia, en las auxiliares, la virtud."²⁶

Ejemplifica nuevamente con César Borgia que entró en La Romaña con tropas auxiliares, pero al ver lo poco confiables que eran contrató tropas mercenarias para finalmente levantar su propio ejército y así no depender de nadie y ser respetado por todos. Aborda el caso francés que empezó apoyándose de los suizos hasta echarse a perder, aunque al combinar tropas propias con ajenas su ejército ha sido mixto.

Después de afirmar que el príncipe que no detecta los males cuando nacen no es prudente, aunque tal cualidad "solamente es concedida a pocos",²⁷ concluye diciendo que sin armas propias, esto es, sin tropas que estén formadas por súbditos, ciudadanos, siervos y clientes tuyos; ningún principado se encuentra seguro, al contrario, se halla a merced de la fortuna, al no tener virtud que lo defienda en la adversidad.

En el **Capítulo XIV**, (*De lo que corresponde al príncipe en lo relativo al arte de la guerra*) anota que un príncipe no debe ocuparse de otra cosa que de la guerra, de su organización y dirección, pues éste arte corresponde en exclusiva a quien manda. Comporta tanta virtud que puede elevar a príncipe a hombres de condición privada. En contra, cuando un príncipe piensa más en exquisiteces, pierde su Estado. Junto a otros males, el estar desarmado te hace digno de desprecio, ya que "no es razonable que quien está armado obedezca de buen grado a quien está desarmado".²⁸

Un príncipe que no se ocupe del arte de la guerra no podrá ser apreciado por sus soldados ni fiarse de ellos. Por tanto, no debe apartar su pensamiento del adiestramiento militar, y en tiempos de paz, aún menos. Debe prepararse yendo a cazar porque con ello aprende a conocer su territorio y a conocer fácilmente otros. Si carece de esto, no cumple con el primer requisito "de un jefe militar, porque esa habilidad enseña a encontrar al enemigo, acampar en los lugares apropiados, conducir el ejército, disponer el orden de batalla y asediar las ciudades con ventaja"²⁹ Así, en tiempos de guerra no habrá situación para la que no tenga remedio.

Por lo que respecta al adiestramiento de la mente, debe leer obras de los historiadores, estudiando las razones de sus victorias y derrotas. Tomando "como modelo a alguien que con anterioridad haya sido alabado y celebrado, conservando siempre ante los ojos sus actitudes y sus acciones".³⁰

II.1.1.3. Tercera parte

En la **tercera parte** observada por Granada (Cap. XV al XXIII), Maquiavelo se concentra en la autonomía en la política interna, esto es, cuál debe ser el comportamiento y el gobierno de un príncipe respecto a sus amigos y súbditos. En el **Capítulo XV**, (*De aquellas cosas por las que los hombres y sobre todo los príncipes son alabados o censurados*) advierte que aún sabiendo que muchos han escrito de esto, se alejará de los métodos seguidos por los demás, pues siendo su propósito escribir algo útil, le ha "parecido más conveniente ir

directamente a la verdad real de la cosa que a la representación imaginaria de la misma."³¹

Afirma que hay tanta distancia entre cómo se vive a cómo se debería vivir que "quien deja a un lado lo que se hace por lo que se debería hacer aprende antes su ruina que su preservación: porque un hombre que quiera hacer en todos los asuntos profesión de bueno labrará necesariamente su ruina entre tantos que no lo son. Por todo ello es necesario a un príncipe, si se quiere mantener, que aprenda a poder ser no bueno y a usar o no usar de esta capacidad en función de la necesidad."³²

Señala que los príncipes son designados con muchos y opuestos rasgos: liberal, tacaño, generoso, rapaz, cruel, clemente, desleal, fiel, afeminado y pusilánime o fiero y valeroso, humano, soberbio, lascivo, casto, etcétera. Y sabe "que sería algo digno de los mayores elogios"³³ el que éste poseyera los tenidos por buenos, pero como las condiciones humanas no permiten que se puedan tener ni observar enteramente, es necesario que sepa evitar ser tachado de los vicios que le arrebatarían el Estado "y mantenerse a salvo de los que no se lo quitarían, si le es posible; pero si no lo es, puede incurrir en ellos con menos miramientos."³⁴

Termina el capítulo de forma tajante diciendo "Y todavía más: que no se preocupe de caer en la fama de aquellos vicios sin los cuales difícilmente podrá salvar su Estado, porque, si se considera todo como es debido, se encontrará alguna cosa que parecerá virtud, pero si se la sigue traería consigo su ruina, y alguna otra que parecerá vicio y si se la sigue garantiza la seguridad y el bienestar suyo."³⁵

Empezando a analizar los rasgos que enumeró, inicia el **Capítulo XVI**, (*De la liberalidad y la parsimonia*) sosteniendo que sería bueno ser considerado liberal, no obstante la liberalidad te perjudica, pues si la usas como es debido, esto es, con moderación; no se deja ver, y si pretendes ser tenido por liberal gastarás toda tu riqueza y te verás obligado a gravar al pueblo haciéndote odioso, terminarás en la pobreza y, habiendo perjudicado a muchos con tu liberalidad y beneficiado a pocos, estarás en riesgo. Y si intentas corregir tu actitud ganarás fama de tacaño. El príncipe no debe preocuparse de ser tachado de tacaño porque al final sus súbditos lo tomarán como liberal al ver que sus rentas le bastan, que puede defenderse y acometer empresas sin gravar al pueblo.

Señala que las grandes cosas han sido hechas por hombres con fama de tacaños. Concede que es cierto que el papa Julio II se sirvió de la fama de liberal para llegar al papado, pero advierte que una vez que llegó se olvidó de ella para estar en condiciones de hacer la guerra. Sentencia que la tacañería "es uno de aquellos vicios que lo hacen reinar"³⁶ Termina el capítulo explicando que "es más sabio ganarse la fama de tacaño, que engendra un reproche sin odio, que por mor de la fama de liberal verse obligado a incurrir en la fama de rapaz, que engendra un reproche al que va unido el odio".³⁷

En el **Capítulo XVII**, (*De la crueldad y de la clemencia, y si es mejor ser amado que temido o viceversa*) aborda la cuestión de si para un príncipe es mejor ser amado que temido. Plantea el problema apuntando que todo príncipe debe desear ser tenido por clemente y no por cruel, pero debe cuidar de hacer mal uso de esta clemencia. Ejemplifica con César Borgia, quien era considerado cruel pero usando correctamente ésta, restableció el orden en La Romaña, restauró la unidad y la redujo a la paz y a la lealtad al soberano. Considera que bien examinado, éste fue más clemente que los florentinos, que por evitar la fama de crueles permitieron la destrucción de Pistoia.

Explica que con poquísimos castigos ejemplares un príncipe será más clemente que aquellos que por excesiva clemencia permiten que los desórdenes continúen; pues estos perjudican a toda la comunidad en tanto las ejecuciones ordenadas por el príncipe; solo a un particular. Y de entre todos, a los príncipes nuevos les es imposible "evitar la fama de cruel por estar los Estados nuevos llenos de peligros. [...] No obstante, debe ser ponderado en sus reflexiones y en sus movimientos, sin crearse temores imaginarios y actuando mesuradamente, con prudencia y humanidad",³⁸ evitando que la desconfianza lo vuelva intolerable.

De aquí nace la cuestión de si es mejor ser amado que temido, a lo que responde: "sería menester ser lo uno y lo otro, pero puesto que resulta difícil combinar ambas cosas, es mucho más seguro ser temido que amado cuando se haya de renunciar a una de las dos."³⁹ Y esto es así debido a la maldad humana, pues los hombres son ingratos, volubles, ávidos de ganancia, etc. Además, dudan menos en hacer daño a quien se hace amar que a quien se hace temer. No obstante, debe hacerse temer evitando el odio. Esto se logra no tocando los bienes y mujeres de sus ciudadanos y súbditos. Y si ha de ejecutar a alguien debe haber "justificación oportuna y causa manifiesta."⁴⁰

Pero cuando el príncipe se encuentre con su ejército, debe despreocuparse de esta fama porque sin ella nunca lo mantendrá unido ni dispuesto. Pone el ejemplo de Escipión al que por su excesiva clemencia se le rebelaron los ejércitos. "Concluyo, por tanto, [dice Maquiavelo] volviendo a lo relativo a ser amado y temido, que –como los hombres aman según su voluntad y temen según la voluntad del príncipe– un príncipe prudente debe apoyarse en aquello que es suyo y no en lo que es de otros. Debe tan sólo ingeniárselas, como hemos dicho, para evitar ser odiado."⁴¹

En el **Capítulo XVIII**, (*De qué modo han de guardar los príncipes la palabra dada*) apunta que mantener la palabra dada y comportarse con integridad es loable para un príncipe, aunque la experiencia muestra que los que han hecho grandes cosas han tenido pocos miramientos hacia sus promesas. "Al final [éstos] han superado a quienes se han fundado en la lealtad."⁴²

Establece que hay dos formas de combatir: con las leyes y con la fuerza. La primera es propia del hombre y la segunda de las bestias, "pero como la primera muchas veces no

basta, conviene recurrir a la segunda."⁴³ Por ello le es necesario saber utilizar ambas y saber que "la una no dura sin la otra."⁴⁴ De entre las bestias debe elegir a la zorra y al león, pues la zorra conoce las trampas y el león puede amedrentar a los lobos. "No puede, por tanto, un señor prudente -ni debe- guardar fidelidad a su palabra cuando tal fidelidad se vuelve en contra suya y han desaparecido los motivos que determinaron su promesa. Si los hombres fueran todos buenos, este precepto no sería correcto, pero -puesto que son malos y no te guardarían a ti su palabra- tú tampoco tienes por qué guardarles la tuya."⁴⁵

Abunda Maquiavelo señalando: "Pero es necesario saber colorear bien esta naturaleza y ser un gran simulador y disimulador."⁴⁶ Opina que no es necesario a un príncipe poseer todas las cualidades antes mencionadas, empero es muy necesario que parezca tenerlas. "E incluso me atreveré a decir que si se las tiene y se las observa, siempre son perjudiciales, pero si aparenta tenerlas, son útiles; por ejemplo, parecer clemente, leal, humano, íntegro, devoto, y serlo, pero tener el ánimo predispuesto de tal manera que, si es necesario no serlo, puedas y sepas adoptar la cualidad contraria."⁴⁷

Un príncipe, especialmente los nuevos, no pueden observar todas las cualidades por las que un hombre es tenido por bueno, "pues a menudo se ve obligado, para conservar su Estado, a actuar contra la fe, contra la caridad, contra la humanidad, contra la religión. Por eso necesita tener un ánimo dispuesto a moverse según le exigen los vientos y las variaciones de la fortuna, y, como ya dije anteriormente, a no alejarse del bien, si puede, pero a saber entrar en el mal si se ve obligado."⁴⁸

Aparentar ser todo clemencia, todo fe, todo integridad, todo religión, es importante porque todos ven lo que pareces pero pocos palpan lo que eres. "Además, en las acciones de todos los hombres, y especialmente de los príncipes, donde no hay tribunal al que recurrir, se atiende al fin. Trate, pues, un príncipe de vencer y conservar su Estado, y los medios siempre serán juzgados honrosos y ensalzados por todos, pues el vulgo se deja seducir por las apariencias y por el resultado final de las cosas, y en el mundo no hay más que vulgo."⁴⁹

En el **Capítulo XIX**, (*De qué modo se ha de evitar ser despreciado y odiado*) examina las cualidades ya mencionadas a partir del 'principio general' de que el príncipe ha de pensar en evitar hacerse odioso o despreciado. Odioso se vuelve al ser rapaz y usurpar los bienes y las mujeres de sus súbditos. "Despreciable lo hace el ser considerado voluble, frívolo, afeminado, pusilánime, irresoluto."⁵⁰

Debe ingeniárselas para que en sus acciones se vea grandeza de ánimo, valor, firmeza y fortaleza, pues si alguien tiene buena reputación difícilmente se conjura en su contra. El príncipe debe tener dos temores: uno hacia adentro, ante sus súbditos; otro hacia afuera, ante los extranjeros poderosos. De éstos últimos se defiende con buenas armas y aliados. De los súbditos puede guardarse no siendo odiado ni despreciado y

conservando al pueblo satisfecho. Así será muy difícil que algún conjurado encuentre apoyo en contra de él.

Después de examinar varios ejemplos de la historia antigua, establece que los Estados bien ordenados y los príncipes sabios han buscado no reducir a la desesperación a los nobles y dar satisfacción al pueblo; “ésta es una de las materias y cuestiones más importantes para un príncipe.”⁵¹ Pone como ejemplo a Francia y elogia sus instituciones. Considera que su ordenación no puede ser mejor, pues el parlamento contiene las enemistades entre los nobles y el pueblo. De lo anterior extrae "otro principio importante: los príncipes deben ejecutar a través de otros las medidas que puedan acarrearle odio y ejecutar por sí mismo aquellas que le reportan el favor de los súbditos. Concluyo, pues, de nuevo que un príncipe debe estimar a los nobles, pero no hacerse odiar del pueblo." ⁵²

Antes de terminar el capítulo hace un extenso y meticuloso análisis del actuar de los emperadores romanos bajo la directriz del principio de no ser odiado o despreciado. En el curso del cual anota de manera enfática que "se debe señalar que el odio se conquista tanto mediante las buenas obras como mediante las malas; por eso, (...) un príncipe que quiera conservar el Estado se ve forzado a menudo a no ser bueno, porque cuando aquella colectividad -sea el pueblo o los soldados, o los grandes- de la que estimas verte necesitado para mantenerte, está corrompida, te conviene seguir su humor para satisfacerla y entonces las buenas obras son enemigas." ⁵³

Capítulo XX, (*Si las fortalezas y otras muchas cosas que los príncipes realizan cada día son útiles o inútiles*) Aunque a este respecto "no sea posible dar una regla fija" ⁵⁴ explica que un príncipe nuevo no debe desarmar a sus súbditos, por el contrario, si los encuentra desarmados debe armarlos porque "aquellas armas se hacen tuyas, los que te son sospechosos se vuelven fieles y los que ya te eran fieles lo siguen siendo." ⁵⁵ Así los súbditos se vuelven partidarios tuyos; contraen una obligación hacia ti. Si los desarmas empiezas a ofenderlos, además, te verías obligado a recurrir a tropas mercenarias.

En cambio, si un príncipe adquiere un Estado que se añade al suyo anterior, sí es necesario desarmarlo, exceptuando a los que en el momento de conquista eran sus partidarios, a los que sin embargo, es necesario que con el tiempo puedas hacerlos "blandos y afeminados" ⁵⁶ para que así todas las armas estén en manos de soldados propiamente tuyos.

Aunque antiguamente era bien visto mantener divisiones en una ciudad, no le parece que ahora aplique esto, ya que "la facción más débil se adherirá siempre a las fuerzas extranjeras". ⁵⁷ Estas divisiones sólo son útiles en tiempos de paz porque te permite manejar a los súbditos, pero no lo son en tiempos de guerra. Comenta que algunos estiman conveniente fomentarse alguna oposición interna para que el príncipe pueda crecerse ante dificultades y obstáculos.

"Los príncipes, y sobre todo los que son nuevos, encuentran más lealtad y mayor utilidad en aquellos hombres que al comienzo de su principado eran considerados sospechosos que en aquellos otros en los que al principio se confiaba."⁵⁸ Señala que esto varía según la ocasión, pero afirma que el príncipe puede ganarse con facilidad a los que al inicio eran sus enemigos pues éstos "necesitan de un apoyo para mantenerse".⁵⁹

Por último, aclara que respecto la conveniencia de contar con fortalezas, éstas te son útiles o no según el momento, aunque se puede examinar así: "el príncipe que tiene más miedo a los ciudadanos que a los extranjeros debe construir fortalezas, pero el que tiene más miedo a los extranjeros que a los ciudadanos debe prescindir de ellas. [...] la mejor fortaleza es no ser odiado por el pueblo".⁶⁰

En el **Capítulo XXI**, (*Qué debe hacer un príncipe para distinguirse*) señala que nada proporciona tanta consideración como las grandes empresas y dar de sí ejemplos fuera de lo común. Pone el ejemplo de Fernando de Aragón, quien asaltó Granada en un momento en que no tenía otras preocupaciones. Obtuvo así la base de su poder; sostuvo su ejército con el dinero de la iglesia y sirviéndose de la religión acometió empresas mayores. Valiéndose de "una santa crueldad"⁶¹ expulsó y vació su reino de 'marranos'.⁶² Después atacó África, Italia y Francia.

Explica que también ayudan ejemplos sorprendentes en los asuntos interiores. El príncipe debe ingeniárselas para que todas sus acciones le hagan fama de hombre grande y de ingenio excelente.

Así mismo, adquieres prestigio cuando eres "un verdadero amigo y un verdadero enemigo".⁶³ Es mejor tomar postura que permanecer neutral cuando dos van a pelear, pues si no haces la guerra, con ambos quedas mal, en tanto que si eres partidario de alguno, éste estará en deuda contigo gane o pierda. Seguir la vía neutral las más de las veces te hunde. Y en el caso cuando nada tienes que temer de dos que se enfrentan "todavía es más inteligente unirse a uno de ellos, pues contribuyes a la ruina de uno con la ayuda de quien lo debería salvar si fuera sabio."⁶⁴

Lo que debe evitarse es entablar una alianza con alguien más poderoso que tú a menos que te veas forzado a ello. Pero advierte que un Estado nunca puede tomar opciones seguras, "la prudencia consiste en saber conocer la naturaleza de los inconvenientes y adoptar el menos malo por bueno."⁶⁵

Finalmente, Maquiavelo recomienda que el príncipe debe honrar a los que sobresalen en una disciplina, procurar que sus ciudadanos ejerzan con tranquilidad sus profesiones sin que nadie les arrebatase sus posesiones, recompensando al que piense engrandecer su ciudad o Estado, y "debe entretener al pueblo en las épocas convenientes del año con fiestas y espectáculos."⁶⁶

En el **Capítulo XXII**, (*De los secretarios de los príncipes*) apunta que éstos son buenos o malos según la prudencia del príncipe; cuando son competentes y fieles se le puede tener por sabio pero cuando son de otra manera "hay siempre motivo para formar un mal juicio de él, puesto que su primer error ha sido precisamente elegirlos."⁶⁷

Establece que hay tres clases de inteligencia: la que comprende las cosas por sí misma, la que es capaz de evaluar lo que otro comprende y la que no comprende ni por sí misma ni por medio de los demás. "La primera es superior, la segunda excelente, la tercera inútil."⁶⁸ Es necesario que un príncipe tenga al menos la segunda ya que así puede identificar las acciones buenas y malas de sus ministros, alabando las primeras y corrigiendo las segundas. "De esta forma el ministro no puede esperar engañarlo y, en consecuencia, se esfuerza por seguir siendo buen servidor."⁶⁹

Estipula que una forma que no falla para conocer al ministro es ver si piensa más en sí mismo que en el príncipe y si en todas sus acciones busca su propia utilidad. Por otra parte, para conservarlo fiel debe recompensarle haciéndolo rico, vinculándolo a su persona y haciéndole partícipe de honores y responsabilidades. Cuando el comportamiento del príncipe y los ministros es así "pueden tener confianza el uno en el otro; cuando sucede de otra manera, el final es siempre desastroso para el uno o para el otro."⁷⁰

Cómo huir de los aduladores lo aborda en el **Capítulo XXIII**, (*Cómo se ha de huir de los aduladores*), dice que "los hombres se complacen tanto en lo que les es propio y se engañan hasta tal punto en ello que difícilmente se defienden de esta peste."⁷¹ La mejor forma de defenderse es haciendo comprender a los consejeros que no te ofenden si dicen la verdad, pero el príncipe debe dar esta libertad sólo a hombres sensatos que él mismo eligió y sólo respecto las cosas que él pregunta. Aunque después de oír las diferentes opiniones, debe decidir por sí mismo y ejercer su decisión sin cambiar de parecer. Actuar de otro modo lo llevaría a perderse por los aduladores o a perder la estimación de sus súbditos cambiando de parecer constantemente.

II.1.1.4. Cuarta parte

Finalmente, en esta **Cuarta parte** (Cap. XXIV al XXVI) establecida por Miguel Ángel Granada, Maquiavelo a modo de conclusión asume la situación contemporánea italiana. Va directo al análisis de las causas de su ruina y estudia la posibilidad de su regeneración, que le permita recuperar la libertad al tiempo de ordenar un Estado moderno y eficaz. Se trata de los últimos tres capítulos de la obra, el **Capítulo XXIV**, (*Por qué han perdido sus Estados los príncipes de Italia*) lo inicia apuntando que "La observación prudente de las reglas expuestas hasta aquí hace aparecer a un príncipe nuevo antiguo y lo sitúa

inmediatamente en su Estado en una posición más firme y segura que si estuviera asentado en él desde antiguo.”⁷²

Pasando a la consideración de los señores que en Italia han perdido sus Estados observa, primero, una debilidad común en su organización militar por lo ya señalado anteriormente. Observa en segundo lugar, que o tenían al pueblo de enemigo o no habían sabido guardarse de los grandes. Y explica que no deben culpar de ello a la fortuna sino a su indolencia, pues no pensando que pasados los tiempos de paz podrían sobrevenir cambios, cuando éstos vinieron sólo pensaron en huir y no en defenderse.

Huyeron pensando que el pueblo disgustado con el vencedor les llamaría de nuevo, sin entender que este partido sólo es bueno si fallan los otros. Pero no por confiar en ello deben olvidar otros remedios, ya que "nadie desea nunca caer por la esperanza de encontrar quien lo levante."⁷³ Esto no sucede, o si sucede es un gran peligro por tratarse de una forma de defensa cobarde y que no depende de ti. "Solamente son buenas, solamente son seguras, solamente son duraderas aquellas formas de defensa que dependen de ti mismo y de tu propia virtud."⁷⁴

En el penúltimo **Capítulo XXV**, (*En qué medida están sometidos a la fortuna los asuntos humanos y de qué forma se les ha de hacer frente*) reflexiona respecto el orden de los asuntos humanos. Reconoce que muchos creen que las cosas del mundo están gobernadas por la fortuna y por Dios y por ello piensan que no pueden oponerles remedio alguno, “no obstante, para que nuestra libre voluntad no quede anulada, pienso que puede ser cierto que la fortuna sea árbitro de la mitad de las acciones nuestras, pero la otra mitad, o casi, nos es dejada, incluso por ella, a nuestro control.”⁷⁵

Compara a la fortuna con un río torrencial y afirma que ésta muestra su poder cuando no hay virtud organizada y preparada para hacerle frente, e Italia es un campo sin diques y sin defensa alguna, por ello han sobrevenido tantos cambios, empero, “si hubiera estado resguardada por la necesaria virtud”,⁷⁶ o no los hubiera habido o no hubieran sido de tal magnitud. Pero ve prosperar y caer a los príncipes de un día a otro “sin que haya cambio alguno en su naturaleza o sus cualidades.”⁷⁷ La causa de esto es, primero, porque “aquellos príncipes que se apoyan únicamente en la fortuna se hunden tan pronto como ella cambia.”⁷⁸

La segunda causa es que “prospera aquel que armoniza su modo de proceder con la condición de los tiempos y que, paralelamente, decae aquel cuya conducta entra en contradicción con ellos.”⁷⁹ Esto se puede apreciar en que a pesar de los distintos modos en que proceden los hombres, éstos pueden alcanzar un mismo objetivo; no obstante que uno actúe con precaución y el otro con ímpetu, con violencia o con astucia, ambos pueden alcanzar su objetivo. E incluso, puede verse cómo de dos personas precavidas, una alcanza su propósito y la otra no. Maquiavelo considera que la causa de esto se halla en que las distintas formas de proceder están o no, conformes a la condición de los tiempos.

A esto se deben los cambios de fortuna, pues si un hombre actúa con prudencia y los tiempos y las cosas coinciden con su forma de proceder, éste irá progresando, pero si las cosas cambian, le irá mal, ya que no cambiará su manera de actuar. Esto es así pues “No existe hombre tan prudente que sepa adaptarse hasta este punto: en primer lugar, porque no puede desviarse de aquello a lo que le inclina su propia naturaleza, y, en segundo lugar, porque al haber prosperado siempre caminando por un único camino no se puede persuadir de la conveniencia de alejarse de él.”⁸⁰

Afirma que si el hombre pudiera cambiar de naturaleza en sincronía con los tiempos y las cosas, no le cambiaría nunca la fortuna. Concluye diciendo que los hombres prosperan en tanto hay concordancia entre su actuar y los tiempos. Pero sostiene “firmemente lo siguiente: vale más ser impetuoso que precavido porque la fortuna es mujer y es necesario, si se quiere tenerla sumisa, castigarla y golpearla. Y se ve que se deja someter antes por éstos que por quienes proceden fríamente.”⁸¹ Lo que nos muestra cómo el florentino asume la visión femenina de su tiempo.

La obra se cierra con un encendido **Capítulo XXVI**, (*Exhortación a ponerse al frente de Italia y liberarla de los bárbaros*), en el cual expresa que pensando consigo mismo acerca de si en Italia corren tiempos que permitan “a un nuevo príncipe obtener honor y si había aquí materia que diera a un hombre prudente y capaz la oportunidad de introducir en ella una forma que le reportara a él honor y bien a la totalidad de los hombres de Italia”,⁸² opina que nunca ha habido un momento más propicio.

Considera que Italia está “sin un guía, sin orden, derrotada, despojada, despedazada, batida en todas direcciones por los invasores y víctima de toda clase de desolación. [...] Se la puede ver también presta y dispuesta a seguir una bandera a falta tan sólo de alguien que la enarbole. No se ve en el momento presente en quién pueda depositar mejor sus esperanzas que en vuestra ilustre casa, la cual con su fortuna y virtud [...] pueda ponerse a la cabeza de esta redención.”⁸³

Para Maquiavelo hay mucha justicia en esta causa y citando a Tito Livio dice: “Justa es la guerra para quienes es necesaria y santas son las armas cuando solamente en ellas hay esperanza.”⁸⁴ Abunda diciendo que se han visto hechos extraordinarios sin parangón, prodigios, realizados por Dios mismo, pero que aquel no quiere hacerlo todo para no quitar la libertad de voluntad y la parte de gloria que podrían llevarse los hombres en la empresa.

Afirma que si nadie ha podido realizar la hazaña es porque la organización militar no ha sido buena. En Italia hay mucha virtud pero en los ejércitos la insuficiencia se debe a que “los que saben no son obedecidos, todos creen saber y hasta ahora no ha aparecido nadie que haya sabido imponer su superioridad, por virtud y fortuna, obligando a los demás a obedecer.”⁸⁵ Comenta que si ‘su ilustre casa’ desea emular a los eminentes que redimieron a sus países, es necesario proveerse de tropas propias. Y aunque la infantería

suiza y española sean consideradas formidables, es posible levantar una tercera forma de organización militar para hacerles frente. Esto es parte de las innovaciones que dan reputación y honor a un príncipe nuevo.

Cierra su obra insistiendo apasionadamente en que no se debe dejar pasar la oportunidad para que Italia encuentre a su redentor. No puede imaginar, escribe, con qué vehemencia, con qué devoción sería recibido si asumiera esta causa, ya que "A todos apesta esta bárbara tiranía. Asuma, pues, la ilustre casa vuestra esta tarea con el ánimo y con la esperanza con que se asumen las empresas justas, a fin de que bajo su enseñanza se vea ennoblecida la patria".⁸⁶

II.1.2. Semejanzas y diferencias con los Espejos de príncipes

Como se puede apreciar, la obra contiene pasajes de una dificultad ética extraordinaria, si además tomamos en cuenta que con ella Maquiavelo deseaba mostrarse útil y recibir un empleo de los señores Médici,⁸⁷ el cuadro para su condena y rechazo se completa. Como vimos (RI: I.3.5. p. 28), escribe *El Príncipe* recluido en su villa de Sant' Andrea, desde su nueva postura ya no de actor sino de observador de la política. Al terminarla, intenta que su amigo Francesco Vettori, a la sazón embajador de Florencia en Roma, le ayude a entregar en propia mano su pequeña obra a Giuliano de Médici, el recién nombrado papa León X. Favor que no recibió después de que Vettori leyera el manuscrito completo e hiciera mutis.

Como ya se dijo (RI: I.1.2. p. 8), en Italia estaba en boga el género denominado Espejo de Príncipes, al cual pertenecía el nuevo escrito de Maquiavelo con estilo, contenido e intención similares a los de la época.⁸⁸ Estos libros de consejos para príncipes "estaban destinados a servir de guía a los nuevos gobernantes, fundados en el mismo principio fundamental: que la posesión de la *virtus* es la clave del éxito del príncipe."⁸⁹ A decir de Quentin Skinner, Maquiavelo "reitera con toda precisión las mismas opiniones acerca de las relaciones entre *virtú*, Fortuna y logro de los fines propios del hombre."⁹⁰

Empero, este peculiar Espejo de príncipes contenía varias diferencias que lo harían un clásico polémico en los siguientes cinco siglos en Occidente. El tratamiento de la religión cristiana de manera utilitaria, no opinando ni rescatando de ella más que el uso que le puede prestar al Estado; la crítica a la actuación de la Iglesia de Roma en los asuntos mundanos y su intromisión en la política Italiana del momento; el tono científico de la obra, con la intención de realizar un análisis aséptico, más atento a la 'realidad' de las cosas que a su deber ser: me ha "parecido más conveniente ir directamente a la verdad real de la cosa que a la representación imaginaria de la misma."⁹¹ pero sobre todo, el nuevo tratamiento de la moral política, levantaron un ámpula que aún hoy no se alivia del todo.

Ya sea debido a una real violación de los principios morales del cristianismo o a una represalia por haber ventilado el escandaloso proceder del papado, *El Príncipe* es condenado por la Iglesia de Roma en el Concilio de Trento en 1545,⁹² al inicio del movimiento contrarreformista, tan solo 16 años después de su publicación. De aquí en adelante las opiniones en contra de esta obra no dejarán de crecer, de anatemizarlo. Pero más allá de que se comparta o no la agria condena moral de que fue objeto, el reto ético que presenta la obra es evidente.

II.1.3. Listado de Consejos polémicos

Como señalamos en la introducción, nuestro objetivo es saber si son éticamente justificables los consejos que Maquiavelo ofrece en *El Príncipe*. De entre las múltiples consejas que aparecen en la obra, la decena que escogimos es la siguiente:

Cuando recomienda el **asesinato político**, porque para Nicolás Maquiavelo, para poseer el principado adquirido con toda seguridad es necesario haber extinguido el linaje del príncipe que ha caído.⁹³ El nuevo príncipe "ha de temer a la familia del príncipe [anterior]"⁹⁴ pero basta con extinguirla para que solo se reconozca la autoridad del nuevo señor.⁹⁵ También es famosa su **regla de oro del egoísmo**: "regla general que nunca, o a lo sumo raramente, falla: quien propicia el poder de otro, labra su propia ruina".⁹⁶

Su visión del **buen o mal uso de la crueldad**: bien usadas son las que "se hacen de una sola vez y de golpe, por la necesidad de asegurarse, y luego ya no se insiste más en ellas".⁹⁷ Mal usadas son las que aunque pocas en principio van aumentando con el curso del tiempo. Y unido a esto: "Porque las injusticias se deben hacer todas a la vez...".⁹⁸ Ligada a esta visión 'técnica' del uso de la crueldad, aparece su consejo de **aprender a ser no bueno**: "Porque hay tanta distancia de cómo se vive a cómo se debería vivir, que quien deja a un lado lo que se hace por lo que se debería hacer aprende antes su ruina que su preservación: porque un hombre que quiera hacer en todos los puntos profesión de bueno labrará necesariamente su ruina entre tantos que no lo son. Por todo ello es necesario a un príncipe, si se quiere mantener, que aprenda a poder ser no bueno y a usar o no usar de esta capacidad en función de la necesidad."⁹⁹

Por supuesto, se tiene que enlistar su famosa conseja de saber aparentar virtudes, de **ser un gran simulador y disimulador**. Dice el florentino que "sería algo digno de los mayores elogios el que un príncipe estuviera en posesión"¹⁰⁰ de la generosidad, la clemencia, la lealtad, la valentía, la humanidad, la castidad, etc.; "Pero, puesto que no se pueden tener ni observar enteramente, ya que las condiciones humanas no lo permiten [...] Que no se preocupe de caer en la fama de aquellos vicios sin los cuales difícilmente podrá salvar su Estado, porque, si se considera todo como es debido, se encontrará alguna cosa que

parecerá virtud, pero si se la sigue traería consigo su ruina, y alguna otra que parecerá vicio y si se la sigue garantiza la seguridad y el bienestar suyo."101

"Pero es necesario saber colorear bien esta naturaleza y ser un gran simulador y disimulador. [...] E incluso me atreveré a decir que si se las tiene y se las observa, siempre son perjudiciales, pero si aparenta tenerlas, son útiles."102 Porque un príncipe, especialmente el nuevo, "no puede observar todas aquellas cosas por las cuales los hombres son tenidos por buenos, pues a menudo se ve obligado para conservar su Estado, a actuar contra la fe, la caridad, la humanidad, la religión."103

Y el clásico momento en que Maquiavelo ante el dilema de si es mejor ser **amado que temido** se decanta por el temor, pues el príncipe no debe preocuparse de la fama de cruel si a cambio mantiene a sus súbditos unidos y leales. Para él, "puesto que resulta difícil combinar ambas cosas, es mucho más seguro ser temido cuando se haya de renunciar a una de las dos."104 También encontramos el tema de **la palabra dada** del príncipe, la cual puede quebrantarse pues "No puede, por tanto, un señor prudente -ni debe- guardar fidelidad a su palabra cuando tal fidelidad se vuelve en contra suya y han desaparecido los motivos que determinaron su promesa."105 Y esto conviene que sea así ya que "Si los hombres fueran todos buenos, este precepto no sería correcto, pero -puesto que son malos y no te guardarán a ti su palabra- tú tampoco tienes por qué guardarles la tuya."106

Es leyenda el precepto maquiavélico de que **el fin justifica los medios**, sin importar que él nunca haya escrito esa frase. El pasaje en *El Príncipe* dice así: "en las acciones de todos los hombres, y especialmente de los príncipes, donde no hay tribunal al que recurrir, se atiende al fin. Trate, pues, un príncipe de vencer y conservar su Estado, y los medios siempre serán juzgados honrosos y ensalzados por todos"107 Y quizá la falta 'de tribunal' se deba al papel que le otorga a la **Iglesia y la religión**, pues en su obra sólo se refiere a ellas resaltando lo útil que pueden ser para los príncipes, dejando de lado la veracidad de su dogma y la posible conveniencia moral de seguirlo. Así, explica cómo el papa Alejandro VI aumentó el poder de la Iglesia "haciendo un uso correcto del dinero y de la fuerza.",108 cómo Fernando de Aragón acometió sus 'grandes empresas' "sirviéndose siempre de la religión",109 pero nunca dice que el máximo deber 'del hombre' sea buscar la gloria eterna.

Y desde luego, si de alguna manera se puede simbolizar lo que es un verdadero <<**consejo maquiavélico**>>, basta con citarlo cuando hablando del duque César Borgia elogia que éste haya utilizado la crueldad de su lugarteniente Ramiro de Orco para 'reducir al orden' a La Romaña, y después de utilizarlo, para calmar los ánimos, lo haya exhibido partido en dos en la plaza pública. Si alguien desea 'demostrar' los 'diabólicos consejos' de Maquiavelo, siempre podrá señalar el pasaje anterior y citarlo cuando

escribe: "Recogidas, pues, todas las acciones del duque, no sabría censurarlo. Creo más bien, como he dicho, que se le ha de proponer como modelo a imitar".¹¹⁰

Pero aparte de esta decena de famosos consejos que configuran esa doctrina 'maquiavélica' a la que se ha condenado de tan distintas maneras, hoy otras frases, concepciones y comentarios igual de lapidarios:

"A los hombres se les ha de mimar o aplastar";¹¹¹ "No hay otro método seguro de poseer un Estado libre que destruyéndolo, y quien se vuelve señor de una ciudad libre y no la destruye, que espere ser destruido por ella.";¹¹² "Por eso conviene estar preparado, de manera que cuando dejen de creer [los seguidores del príncipe] se les pueda hacer creer por la fuerza.";¹¹³ "Los príncipes deben ejecutar a través de otros las medidas que puedan acarrearle odio y ejecutar por sí mismo aquellas que le reportan el favor de los súbditos.";¹¹⁴ "[...] porque los hombres siempre te saldrán malos, a no ser que una necesidad los haga buenos."¹¹⁵

De tal suerte que lo más destacado del libro al paso de varios siglos terminó siendo este racimo de consejos que fueron presentados como una doctrina contraria a toda moral y que bueno, vistos fuera de contexto ciertamente resultan un escándalo. Suficiente para horrorizar a cualquiera. Por supuesto, la obra no puede reducirse de manera tan simplista, aunque por lo breve y esquemático de su forma se preste para ello ya que Maquiavelo casi no ofrece ideas generales ni expresa el marco teórico en el cual enmarca sus opiniones.

Precisamente por este motivo varios analistas han resuelto que esta pequeña obra no puede ser comprendida a cabalidad si no se lee a la luz de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Obra mucho más amplia, teórica y reflexiva, en donde escribe sobre las repúblicas y que, según han intentado demostrar algunos, es complemento de la visión que Maquiavelo expresa en *El Príncipe*. Aunque desde luego, la idea de la complementariedad y coherencia entre ambas obras está, como cualquier otro tema maquiaveliano, sujeto a profusas disquisiciones, pero para poder tomar postura conviene que conozcamos dicha obra.

Notas:

1. Nicolás Maquiavelo, *El Príncipe*, Prólogo, traducción y notas de Miguel Ángel Granada, Madrid, Alianza Editorial, 2014.
2. *Ibíd.* Pág. 48.

3. Ibíd. pág.
4. Ibíd. Pág. 49
5. Ibíd. Pág. 62
6. Ibíd. Pág. 64-65
7. Ibíd. Pág. 66
8. Ibíd. Pág. 71
9. Id.
10. Ibíd. Pág. 74
11. Ibíd. Pág.
12. Ibíd. Pág. 75
13. Ibíd. Pág. 80
14. Ibíd. Pág. 83
15. Id.
16. Ibíd. Pág. 84
17. Ibíd. Pág. 85
18. Id.
19. Ibíd. Pág. 91
20. Ibíd. Pág. 92
21. Ibíd. Pág. 94
22. Ibíd. Pág. 95
23. Ibíd. Pág. 97
24. Ibíd. Pág. 96
25. Ibíd. Pág. 101
26. Ibíd. Pág. 103
27. Ibíd. Pág.
28. Ibíd. Pág. 107
29. Ibíd. Pág. 108
30. Ibíd. Pág. 109
31. Ibíd. Pág. 110
32. Id.
33. Ibíd. Pág. 111
34. Id.
35. Id.
36. Ibíd. Pág. 113
37. Ibíd. Pág. 114
38. Ibíd. Pág. 115
39. Ibíd. Pág. 116
40. Id.
41. Ibíd. Pág.
42. Ibíd. Pág. 119
43. Id.
44. Id.
45. Id.
46. Maquiavelo, *Óp. Cit.*, Prólogo, traducción y notas de Miguel Ángel Granada, pág. 120
47. Id.
48. Ibíd. Pág. 121

49. Id.
50. Ibíd. Pág. 122
51. Ibíd. Pág. 125
52. Ibíd. Pág. 126
53. Ibíd. Pág. 128
54. Ibíd. Pág. 135
55. Id.
56. Ibíd. Pág. 136
57. Id.
58. Ibíd. Pág. 137
59. Ibíd. Pág. 138
60. Ibíd. Pág. 139
61. Ibíd. Pág. 141
62. Se les llamaba 'marranos' a los judíos que habían aceptado cambiar su religión judía por la cristiana pero que eran sospechosos de hacerlo sólo por conveniencia política, practicando a escondidas su antigua fe.
63. Ibíd. Pág.
64. Ibíd. Pág. 143
65. Ibíd. Pág. 144
66. Ibíd. Pág.
67. Ibíd. Pág. 145
68. Id.
69. Id.
70. Ibíd. Pág. 146
71. Ibíd. Págs. 146-147
72. Ibíd. Pág. 149
73. Ibíd. Pág. 150
74. Ibíd. Pág. 151
75. Id.
76. Ibíd. Pág. 152
77. Id.
78. Id.
79. Ibíd. Pág. 153
80. Id.
81. Ibíd. Pág. 155
82. Id.
83. Ibíd. Pág. 156
84. Ibíd. Pág.
85. Ibíd. Pág. 158
86. Ibíd. Pág. 160
87. Quentin Skinner, *Maquiavelo*, Madrid. Alianza Editorial. 1998. Págs. 35, 36, 38, 39 y 71.
88. José Manuel Bermudo, *Maquiavelo, consejero de príncipes*. Barcelona. Universitat de Barcelona. 1994. Págs. 39.
89. Quentin Skinner, *Óp. Cit.* Págs. 52.
90. Quentin Skinner, *Óp. Cit.* Págs.
91. Maquiavelo, *Óp. Cit.*, Prólogo, traducción y notas de Miguel Ángel Granada, pág. 110
92. Quentin Skinner, *Óp. Cit.* Pág.

93. Maquiavelo, *Op. Cit.*, Prólogo, traducción y notas de Miguel Ángel Granada, Cap. III. Pág. 51.
94. *Ibíd.* Pág. 61
95. *Ibíd.* Pág. 62
96. *Ibíd.* Pág. 59
97. *Ibíd.* Pág. 83
98. *Ibíd.* Pág. 84
99. *Ibíd.* Pág. 110
100. *Ibíd.* Pág. 111
101. *Id.*
102. *Ibíd.* Pág. 120
103. *Ibíd.* Págs. 120-121
104. *Ibíd.* Págs. 115-116
105. *Ibíd.* Pág. 119
106. *Id.*
107. *Ibíd.* Pág. 121
107. *Ibíd.* Pág. 93
109. *Ibíd.* Pág. 141
110. *Ibíd.* Pág. 77
111. *Ibíd.* Pág. 53
112. *Ibíd.* Pág. 64
113. *Ibíd.* Pág. 68
114. *Ibíd.* Pág. 126
115. *Ibíd.* Pág. 148

II. Capítulo II. Obra política

Resumen de Apartado II.2

Con el antecedente de las opiniones vistas en esta pequeña obra, realizaremos ahora una escueta revisión de los *Discursos de la primera década de Tito Livio*. (1) Debido a que en *El príncipe* Maquiavelo prácticamente no ofrece ideas generales respecto cuál es el marco teórico en el que enmarca sus opiniones, esta obra ha venido a subsanar dichas deficiencias. También analizaremos las coincidencias temáticas entre ambas obras (2) para al final del apartado, explorar la polémica respecto quienes piensan que estas dos obras muestran la coherencia del pensamiento del autor y ven en ambas las partes complementarias de una única visión, así como quienes consideran exactamente lo contrario. (3)

II.2. Exposición y análisis de los *Discursos*

II.2.1. Presentación y segmentación de la obra

Nicolás Maquiavelo escribe los *Discursos de la primera década de Tito Livio*, su “obra de teoría política más ambiciosa”,¹ como un comentario a la Historia que Tito Livio hace sobre Roma. Suele decirse que en ella realiza el estudio de las repúblicas en tanto que en *El Príncipe* analiza los principados, sin embargo esto no es tan tajante. En los *Discursos*, como me referiré a esta obra para abreviar su largo título, también habla de los principados. De hecho, como lo señala Ana Martínez Arancón, los *Discursos* “tratan de la constitución, ordenamiento, aumento y conservación de los estados.”,² y éstos pueden tener forma de gobierno de monarquía o república. De tal suerte que hace referencia a uno u otro tipo de gobierno, aunque haciendo hincapié en el que considera es el mejor (RI: II.3.1.1. pp. 73-75) y era el que había adoptado Roma: la república.

Como se ha señalado (RI: I.2.2.3.3. p. 18), en la tradición humanista era común recoger textos clásicos y trabajar sobre ellos y esto es justo lo que hace Maquiavelo. Aunque no sólo se trata de que el florentino siga de modo obediente las pautas humanistas sino que en este caso particular, así lo hace porque la república romana es su modelo de sociedad, el tipo de sociedad que considera mejor y a la que aspira arribe Italia.

Con el pretexto de hacer comentarios a dicha obra, expone su visión acerca de cómo debe crearse un estado, cuáles deben ser sus instituciones, qué acciones deben tomarse para conservarlo, acrecentarlo y evitar su disolución. La obra consta de tres ‘libros’, de 60, 33 y 49 capítulos respectivamente. En el primero estudia “las decisiones de los romanos concernientes a los asuntos internos de la ciudad”.³ En el segundo, habla “de las medidas adoptadas por el pueblo romano respecto al aumento de su imperio.”⁴ Y en el

tercero habla de estos dos asuntos entrelazando reflexiones sobre diversos temas, pero cargando la tinta para resaltar las conductas morales que tanto admira del pueblo romano.

Siendo una obra de una extensión bastante considerable y no siendo la intención de este estudio el análisis de los *Discursos* sino como complemento de *El Príncipe*, analizaremos su contenido de manera sumaria, centrándonos en los temas que muestran su filosofía de la historia, teoría política, concepción del mundo y su concepción de la naturaleza humana.⁵

II.2.1.1. Libro primero

Al inicio del **libro primero**, en el capítulo segundo, Maquiavelo nos advierte que hablará de las ciudades libres con origen alejado de la servidumbre sin importar que se gobiernen como república o principado. Para él las ciudades son fundadas por hombres libres, bajo un príncipe o por iniciativa propia. De la elección del lugar y la ordenación de las leyes se conoce la virtud de los fundadores y la fortuna de la ciudad erigida. Es necesario asentarse en lugares muy fértiles donde la ciudad pueda crecer, defenderse y someter a cualquiera que se oponga a su grandeza. Pero hay que evitar por medio de leyes que tanta abundancia pueda conducir al ocio a sus habitantes.

Considera que el círculo de formas de gobierno en que giran todas las repúblicas es el de la monarquía, aristocracia y 'popular', y las tres en que derivan; tiranía, oligarquía y 'licencioso', aunque difícilmente retornan a la misma forma política porque casi ninguna pasa por esta serie de mutaciones manteniéndose en pie; es más probable que se vuelva súbdita de un estado mejor organizado.

Señala que las seis son pestíferas, por ello los legisladores prudentes eligen "un tipo de gobierno que participe de todas, juzgándolo más firme y más estable, pues así cada poder controla a los otros, y en una misma ciudad se mezclan el principado, la aristocracia y el gobierno popular."⁶ Estipula que quien dispone una república y ordena sus leyes debe presuponer que todos los hombres son malos, ya que "Los hombres sólo obran bien por necesidad, pero donde se puede elegir y hay libertad de acción se llena todo, inmediately, de confusión y desorden."⁷

Establece una 'regla general' que casi nunca falla; y esta es que para que una república o reino esté bien ordenado desde el principio, "o reordenada de nuevo fuera de los usos antiguos",⁸ evitando que las diversas opiniones impidan ver lo que sería bueno para ella, debe ordenarla una sola persona. Explica que "jamás el que entienda de estas cosas le reprochará [al fundador] cualquier acción que emprenda, por extraordinaria que sea, para organizar un reino o constituir una república".⁹ Así, Rómulo, uno de los

fundadores de Roma, merece excusa por matar a su hermano Remo y ser omiso con la de su compañero Tito Tacio, pues lo hizo por el bien común y no por ambición.

Un legislador prudente también evitará dejar a otro la autoridad que ha conseguido, pues uno solo puede hacer mal uso de ella, por ello es mejor "si reposa sobre los hombros de muchos y son muchos los que se preocupan de mantenerla."¹⁰ "No es, pues, la salvación de un reino o de una república tener un príncipe que gobierne prudentemente mientras viva, sino uno que lo organice todo de manera que, aun después de muerto, se mantenga."¹¹

Para Maquiavelo la ciudad que reciba leyes ordenadas desde el principio, tan convenientes que no haya necesidad de corregirlas y que pueda vivir segura bajo ellas, será feliz. Y aunque Roma no tuvo quien la organizase en sus orígenes de este modo, uno de los sucesos que lograron lo que un legislador no pudo, fue la desunión entre la plebe y el senado. Pues una vez que fueron expulsados los tarquinos fue tanto el encono entre estas dos partes, que se instituyeron los tribunos, para salvaguardia de la plebe.

Y esto es así pues en toda república hay dos espíritus contrapuestos: el de los grandes y el del pueblo; las leyes en pro de la libertad nacen de la desunión entre ambos. Además, los deseos de los pueblos libres raramente son dañinos a la libertad. Y si los tumultos fueron causa de la creación de los tribunos, merecen suma alabanza pues además de dar parte al pueblo en la administración, éstos fueron guardianes de su libertad.

Con motivo de preguntarse quién resguardará mejor la libertad, si el pueblo o los grandes, el florentino resuelve que si a la república le basta con conservar su estado, estará mejor vigilada por los magnates, en cambio, si desea construir un imperio, es mejor hacer lo que Roma: depositarla en el pueblo. Aunque advierte que si tienes un pueblo numeroso y armado, será de tal calidad que no lo podrás manejar a tu antojo. Pero si no tomas esta opción, la república se volverá afeminada o dividida. Y ante la imposibilidad de quedar en el justo medio, es preciso tomar el partido romano, tolerando las enemistades entre el pueblo y el senado. De tal suerte que Maquiavelo termina por establecer que: la "ciudad que vive en libertad tiene dos fines: uno, conquistar nuevos territorios, y el otro, mantenerse libre."¹²

Estudia el caso en que un pueblo acostumbrado a vivir bajo un príncipe por casualidad llega a ser libre. Explica que en tal situación mantener la libertad le será muy difícil, y esto debido a que no está acostumbrado a procurarse alimento ni sabe deliberar sobre las defensas u ofensas públicas, y pronto cae bajo otro yugo por lo general más pesado que el anterior. Pero

si se quiere poner remedio a estos inconvenientes y a los desórdenes que suelen traer consigo, no hay recurso más poderoso, válido y seguro, ni más necesario, que matar a

los hijos de Bruto. [...] Y el que se hace cargo del gobierno de una multitud, en régimen de libertad o de principado, y no toma medidas para asegurar su gobierno frente a los enemigos del nuevo orden, constituirá un estado de muy corta vida.¹³

Pero en el caso que un pueblo corrompido haya alcanzado la libertad, muy difícilmente se mantendrá libre pues "debe tomarse como un presupuesto certísimo que una ciudad corrompida que viva bajo un príncipe no podrá llegar a ser libre aunque ese príncipe desaparezca con toda su estirpe".¹⁴ Pero si pese a todo, dicha ciudad llega a mantener o establecer un estado libre a pesar de la gran dificultad de la empresa, "sería necesario que se inclinase más hacia la monarquía que hacia el estado popular, para que los hombres cuya insolencia no pueda ser corregida por las leyes sean frenados por una potestad casi regia. [...] Cleómenes, para estar solo en el poder, mató a los éforos, y Rómulo por la misma razón, mató a su hermano".¹⁵

Aconseja que "Un príncipe nuevo, en una ciudad o provincia conquistada por él, debe organizarlo todo de forma absolutamente nueva",¹⁶ pues si sus cimientos son débiles y ésta no se inclina a la vida civil ni por monarquía ni por república, lo mejor para mantenerse es organizarlo todo de nuevo: nuevas formas de gobierno con nuevos nombres, haciendo a los ricos pobres y a los pobres ricos, edificar nuevas ciudades cambiando a los ciudadanos de residencia y, en general, no dejando cosa intacta.

Maquiavelo opina que este tipo de procedimientos son muy crueles, "enemigos de toda vida no solamente cristiana, sino humana",¹⁷ pero señala que "si [el príncipe] quiere mantenerse conviene que utilice estos males."¹⁸ Empero, los hombres suelen tomar "el camino del medio, que es sumamente perjudicial, pues no saben ser ni del todo buenos ni del todo malos",¹⁹ ya que "ningún hombre sabe ser honorablemente malo o perfectamente bueno, y cuando un acto malvado tiene alguna grandeza o encierra cierta generosidad, no saben llevarla a cabo."²⁰

De tal modo que para lograr introducir una república en una ciudad corrompida "no hay otro camino que convertirla en reino. La causa es ésta: donde la materia está tan corrompida que las leyes no bastan para frenarla, es preciso ordenar, junto con las leyes, alguna fuerza mayor, como un poder regio que, con autoridad absoluta y extraordinaria, ponga freno a la excesiva ambición y corruptela de los poderosos."²¹

Para Maquiavelo los fundadores de una república son hombres honorables, como lo dice en el título mismo del capítulo 10: "Cuán laudables son los fundadores de una república o un reino, y cuán vituperables, en cambio, los tiranos";²² muy distinto al tirano que usa de la violencia solo en su propio provecho.

En este primer libro también aborda el tema de la 'autoridad dictatorial', a la cual ve como una de las instituciones romanas que merece más consideración; causa de la grandeza de aquel imperio. No obstante, acota que fue benéfica porque "un dictador se

nombraba para un periodo fijo, y no a perpetuidad, y estaba encargado solamente de solucionar aquel problema que había motivado su nombramiento, [...] pero no podía hacer nada que fuese en detrimento del Estado, como hubiera sido arrebatarse su autoridad al senado o al pueblo, o anular la antigua constitución de la ciudad y elaborar una nueva."²³

Alaba esta figura por dos motivos: uno, permitió a los romanos salir de situaciones excepcionales, pues en la guerra es fundamental la rápida toma de decisiones y, dos, que esto se hacía sin violar la ley. Considera que en una república 'perfecta' las leyes deben tener previsto alternativas ante este tipo de situaciones. Explica: "nunca debería suceder nada que obligase a gobernar con medidas excepcionales"²⁴ porque el ejemplo sería nocivo, "pues si se instituye el uso de romper la legalidad para bien, bajo esa apariencia podrá romperse para el mal."²⁵

En contrapartida al dictador, analiza lo dañoso que fue el 'decenvirato': los diez ciudadanos elegidos con la finalidad de hacer las leyes en Roma. Señala que a la elección de los decenviros le siguió que éstos anularon a los cónsules y tribunos, pues tenían autoridad para hacer cualquier cosa como personificaciones del pueblo romano. Sin embargo, a diferencia del dictador, los decenviros fueron nombrados por un tiempo largo: un año o más. Para Maquiavelo la lección de esto es cómo con similares circunstancias, ya sea el deseo de salvar u oprimir a una república, se llega al mal; pues el pueblo de Roma buscó el decenvirato como forma de deshacerse de los cónsules y por ello les dio demasiado poder. Así, esta tiranía "nació de las mismas causas que dan lugar a la mayor parte de las tiranías: el excesivo deseo de libertad del pueblo y el excesivo deseo de poder de los nobles."²⁶

Como puede observarse, el florentino justifica la mano dura en algunos casos, empero, no demerita la necesaria legalidad en las repúblicas. Si debe usarse es debido a la conveniencia de levantar una república fuerte, pues como lo señala desde el propio título del capítulo 38: *Las repúblicas débiles son irresolutas y no saben deliberar*;²⁷ lo que ocasiona un mal mayor que tomar una determinación dura desde un principio.

Dentro de las cuestiones estructurales que permiten el buen desarrollo de una república, Maquiavelo coloca la religión. Según él, Numa Pompilio el sucesor de Rómulo, uno de los fundadores de Roma, queriendo subordinar a un pueblo feroz como el romano a la obediencia civil de manera pacífica, se sirvió de la religión como elemento fundamental para mantenerla "y la constituyó de modo que, por muchos siglos, en ninguna parte había tanto temor de Dios como en aquella república, lo que facilitó cualquier empresa que el senado o los grandes hombres de Roma planearon llevar a cabo. [A tal grado, que] Aquellos ciudadanos temían más romper un juramento que la ley."²⁸

Considera que la religión produjo buenas costumbres y éstas engendraron buena fortuna y de la buena fortuna nació el feliz éxito de sus empresas. Por ello es fundamental

mantener las bases de la religión así como sus ceremonias. Y de no hacerlo así, no se conseguirá mantener al pueblo bueno y unido; como se observa en las repúblicas cristianas. La mayor prueba de la decadencia de la religión cristiana es la decadencia de los pueblos más próximos a la iglesia de Roma, que son los menos religiosos. Dice que "Por los malos ejemplos de aquella corte ha perdido Italia toda devoción y toda religión",²⁹ además, la Iglesia de Roma ha tenido siempre dividida a Italia.

Los romanos, en cambio, se sirvieron de la religión para reorganizar la ciudad, realizar sus empresas y atajar los tumultos. Incluso, interpretaban los augurios según la necesidad "y nunca hubieran podido emprender una expedición sin antes persuadir a los soldados de que los auspicios les prometían la victoria."³⁰ Y tal importancia tenían éstos que cuando no eran favorables, "No obstante, cuando la razón les mostraba que debía hacerse una cosa, aunque los auspicios fueran adversos, la hacían; pero dándole la vuelta con tantos términos y modos, que no pareciese que se hacía despreciando la religión."³¹

Un tema al que le dedica varios capítulos es al de por qué es mejor una república que un principado. Entre los motivos encontramos el hecho de que en éstas se evita el problema de sucesión del príncipe, pues "tiene medios para elegir, no ya dos, sino infinitos jefes virtuosísimos que se sucedan unos a otros".³²

Del mismo modo, "la multitud es más sabia y más constante que un príncipe",³³ asimismo, para el florentino, el pueblo es menos ingrato que un príncipe.³⁴ Aunado a lo anterior, las alianzas con las repúblicas resultan más fiables que las establecidas con un príncipe, porque aunque "los acuerdos hechos por fuerza no serán cumplidos ni por un príncipe ni por una república, y creo que, si temen perder el estado, ambos, para no perderlo, romperán la fe jurada y se mostrarán ingratos. [...] Sin embargo encontramos más humanidad y menos injuria en la república que en el príncipe."³⁵

Entre los múltiples capítulos de este primer libro, el más largo de los *Discursos*, además de aquellos concernientes a su teoría política y a la estructura del estado, incorpora otros donde trata cuestiones de menor amplitud. Es el caso cuando recomienda establecer cauces legales para que se pueda acusar públicamente sin ningún miedo, pero en contraparte, también opina que se debe castigar con severidad a los calumniadores. Lo cual no considera de menor importancia ya que de este modo se tiene previsto un cauce legal para que se desfoguen los humores que crecen en las repúblicas.³⁶

Recomienda que cuando un inconveniente que surja en una república o contra ella, causado por motivos extrínsecos o intrínsecos, se haya vuelto tan importante que comience a atemorizar, es un partido mucho más seguro tratar de contemporizar con él que intentar extinguirlo.³⁷ No deja de reprobar al príncipe o república que carece de ejército propio,³⁸ y desde esta posición de consejero, no olvida recomendar que las repúblicas instituyan premios y castigos para sus ciudadanos.³⁹

II.2.1.2. Libro segundo

Abre el **libro segundo** con una reflexión en el proemio acerca de si eran mejores los tiempos antiguos que los actuales, aclara que no se refiere a las artes sino a lo que “concierna a la vida y a las costumbres de los hombres, de las que no se ven testimonios tan claros.”⁴⁰ Comenta que pensando cómo es que en ocasiones los hombres se engañan en juzgar cuáles son los tiempos mejores ha concluido que

se producen siempre del mismo modo, y que siempre hay la misma cantidad de bondad y maldad, pero que este bien y este mal cambian de provincia en provincia, como podemos ver por lo que se conoce de los imperios antiguos, que cambiaban de un lugar a otro por la variación de las costumbres, pero el mundo permanecía igual. Sólo existe esta diferencia: que primero se alojó la virtud en Asiria, luego en Media, después en Persia, y así hasta que llegó a Italia y a Roma”⁴¹

Y después de haberse desplomado el imperio romano, la virtud aún reside diseminada en el reino de los francos, en el turco, el del sultán y en Alemania. Por ello es que quien nazca en donde resida la virtud y crea que el tiempo pasado sea mejor, se engaña. Al igual que acierta quien viviendo en un país no virtuoso, crea lo mismo. Aunque a Maquiavelo le parece tan evidente que la virtud que antes reinaba en Italia ahora es vicio, que le anima a decir su opinión de aquellos tiempos y de los actuales, para que así los jóvenes puedan imitar aquellos: “Porque el deber del hombre bueno es enseñar a otros el bien que no ha podido poner en práctica por la malignidad de los tiempos o de la fortuna, para que, siendo muchos los capaces, alguno de ellos, más amado del cielo, pueda ponerlo en práctica”.⁴²

Y ya entrando a la materia de este segundo libro, esto es, las medidas adoptadas por el pueblo romano respecto al aumento de su imperio, el florentino inicia discrepando con el historiador Plutarco acerca de la opinión de éste respecto que Roma pudo levantar su imperio más a causa de la fortuna que de la virtud, lo que considera que no es el caso y si algunos creen que se debe a que los romanos nunca emprendieron dos guerras simultáneamente, esto fue causa, primero, de que al ser un pueblo poderoso los demás temían atacarle y, segundo, a que sabía entretenerlos con el arte de la diplomacia. Opina que nunca se encontró otra república que estuviera mejor organizada para la conquista como Roma, "Porque el valor de sus ejércitos le permitió adquirir el imperio, y el orden de gobierno y su estilo propio, hallado por su primer legislador, le permitieron conservar lo adquirido".⁴³

Y a causa también de su gran virtud es que los romanos pudieron vencer a los pueblos de su entorno, que tenían gran amor por la libertad y la defendían con obstinación. Apunta que la afición de estos pueblos a vivir libres venía de su experiencia

respecto a que los ciudadanos nunca aumentan su dominio ni riqueza sino cuando viven en libertad. Esto es porque lo que engrandece a las ciudades "no es el bien particular, sino el bien común. Y sin duda este bien común no se logra más que en las repúblicas, porque éstas ponen en ejecución todo lo que se encamine a tal propósito. [...] Lo contrario sucede con los príncipes, pues la mayoría de las veces lo que hacen para sí mismos perjudica a la ciudad, y lo que hacen para la ciudad les perjudica a ellos."⁴⁴ De ahí que el pueblo se venga con tanta ferocidad de quien le arrebató la libertad.

Reflexiona acerca del motivo por el cual en la época romana los hombres amaban más la libertad y considera que se debe al mismo motivo por el cual los actuales son menos fuertes. Lo cual proviene "de la diferencia entre nuestra educación y la de los antiguos, que está fundada en la diversidad de ambas religiones. Pues como nuestra religión muestra la verdad y el camino verdadero, esto hace estimar menos los honores mundanos, mientras que los antiguos, estimándolos mucho y teniéndolos por el sumo bien, eran más arrojados en sus actos."⁴⁵ Subraya que la religión antigua no beatificaba sino a hombres llenos de gloria mundana, "Y aunque parece que se ha afeminado el mundo y desarmado el cielo, esto procede sin duda de la vileza de los hombres, que han interpretado nuestra religión según el ocio, y no según la virtud."⁴⁶

Al analizar cómo el cambio de creencias y de lenguas extinguen la memoria de las cosas, vuelve a referirse a la religión, comenta que al nacer "una nueva religión, su primera preocupación es extinguir la antigua, para así ganar reputación; y cuando además los organizadores de la nueva religión hablan diferente idioma, la aniquilan fácilmente."⁴⁷

Dicha extinción de la memoria de las cosas sucede porque la naturaleza como cuerpo simple, cuando ha acumulado mucha materia superflua, se purga por medio de inundaciones, pestes y hambrunas, del mismo modo que pasa con "el cuerpo mixto de la generación humana".⁴⁸ Explica que cuando todas las provincias están llenas de habitantes, ni tampoco pueden buscar otro lugar dónde asentarse porque todos los lugares están ocupados, "y cuando la astucia y la malignidad humanas han llegado a su límite, es conveniente y necesario que el mundo se purgue por uno de los tres medios citados, para que los hombres, siendo pocos y golpeados por la calamidad, vivan más cómodamente y se vuelven mejores."⁴⁹

Pese a lo anterior, dentro de su visión general de las cosas del mundo, comenta que si bien los hombres no pueden oponerse a la fortuna sino sólo secundarla, "Sin embargo, jamás deben abandonarse, pues como desconocen su fin, y como la fortuna emplea caminos oblicuos y desconocidos, siempre hay esperanza, y así, esperando, no tienen que abandonarse, cualquiera que sea su suerte y por duros que sean sus trabajos."⁵⁰

Al analizar "Si se pasa de baja a gran fortuna más con el fraude que con la fuerza",⁵¹ escribe: "Yo pienso que es ciertísimo que raras veces o nunca sucede que un hombre de pequeña fortuna llegue a un puesto importante sin hacer uso de la fuerza y el fraude, a no ser que aquella posición que ha alcanzado le haya sido donada o dejada en herencia. No creo que se den casos de que la fuerza sola sea suficiente, pero se verá en muchas ocasiones que el fraude, por sí solo, es bastante".⁵² Y añade que "esto que necesitan hacer los príncipes en los inicios del crecimiento de su poder, se verán precisados a hacerlo también las repúblicas, hasta que se hayan vuelto poderosas y les baste con sólo la fuerza."⁵³

Previene contra la humildad porque "Vemos muchas veces que la humildad no sólo no ayuda, sino que perjudica, sobre todo si se emplea con hombres insolentes que, por envidia o por cualquier otra causa, hayan concebido odio hacia ti."⁵⁴ Por ello recomienda no hacer concesiones para evitar la guerra porque no podrás evitarla, antes bien aquel a quien cedas no quedará satisfecho y, teniéndote en menos, querrá arrebatarte más cosas. Empero, si "en cuanto tu adversario descubra su intención, preparas tus tropas, aunque sean inferiores a las suyas, él comenzará tenerte en cuenta, los otros príncipes te estimarán más, y, si tomas las armas, desearán ayudarte, mientras que si hubieras cedido no te ayudarían"⁵⁵

De igual manera condena a quien no es decidido y teniendo que juzgar a sus súbditos toma soluciones intermedias, más cuando se ha de juzgar a ciudades poderosas y que están acostumbradas a vivir libres; en este caso es necesario destruirlas o halagarlas. Sentencia: "el gobernante, por su propia seguridad y para dar ejemplo, no tiene otro remedio que castigarla. [...] porque el príncipe que no castiga a quien yerra, para que no pueda volver a hacerlo, es considerado ignorante o cobarde."⁵⁶

Cuando analiza si las fortalezas resultan perjudiciales o útiles, estipula: "En primer lugar, hay que decir que las fortalezas se edifican, o para defenderse del enemigo, o para defenderse de los propios súbditos. En el primer caso, resultan necesarias, en el segundo, perjudiciales."⁵⁷ Porque el miedo del príncipe nace del odio que el pueblo le profesa, y éste surge de su mal comportamiento; que nace "de creer que se puede gobernar por la fuerza, o de la poca prudencia del que gobierna".⁵⁸

Para Maquiavelo "Las conquistas, en las repúblicas mal ordenadas y que no actúan según la virtud romana, suponen ruina, no exaltación.",⁵⁹ sin embargo, como ya lo señaló, una república es preferible que se organice para conquistar y no sólo para mantenerse porque es imposible que "consiga permanecer tranquila, gozando su libertad y su restringido territorio, porque aunque no moleste a nadie, los demás la molestarán a ella, y eso le provocará el deseo y la necesidad de conquistar; y aunque no tuviese enemigos exteriores, los tendría en casa, como es preciso que suceda en todas las grandes ciudades."⁶⁰

Y respecto el tema de la 'necesidad' de conquista, Maquiavelo considera mejor la forma de conquista de los romanos pues la llevaban a cabo sin destruir las ciudades, dejándolas vivir con sus leyes, sin dejar ningún signo del poder romano; imponiendo sólo ciertas condiciones. Apunta que "Y, sin duda, si los florentinos, por medio de alianzas o de ayudas, hubiesen vuelto domésticos, y no salvajes, a sus vecinos, a estas horas serían los dueños de Toscana. No es que yo crea que no deban emplearse las armas y la fuerza, pero deben reservarse como último recurso, cuando los demás procedimientos no sean suficientes."⁶¹

Y acerca de la forma en que una ciudad puede hacerse con un gran imperio es que abunda en consejos la mayor parte de este libro segundo. Cuestiones de estrategia y temática bélica que a pesar de ser muy interesantes quedan al margen de esta investigación que está centrada en el conocer si es posible que se justifiquen éticamente los consejos dados en *El Príncipe* y no en cuestiones militares.

II.2.1.3. Libro tercero

El **libro tercero** Maquiavelo lo abre sin un proemio, en él habla indistintamente tanto de asuntos de índole de organización interna como del aumento del imperio romano, mezclado con análisis de estrategias de guerra, reflexiones sobre las conductas de las ciudades y familias a través del tiempo. También reelabora en contextos diferentes, ideas que ya había tratado en el libro primero y escribe capítulos enteros donde alaba las conductas morales de los romanos exponiéndolas como modelo a imitar.

Lo inicia con un tema que nos completa su filosofía de la historia, titula el capítulo uno: "Si se quiere que una secta o una república viva largo tiempo, es necesario retraerla a menudo a sus principios."⁶² y explica que aunque todas las cosas del mundo tienen un final, son las que no desordenan su cuerpo las que cumplen enteramente el ciclo "que les ha sido asignado por los cielos".⁶³ Y en el caso de los 'cuerpos mixtos' como las sectas o las repúblicas, las alteraciones saludables son las que logran reconducirlas a sus principios. Por ello, las que están mejor organizadas son aquellas que mediante sus instituciones se pueden renovar a menudo.

Esto es así debido a que todos sus principios tuvieron alguna bondad, "Y como con el transcurso del tiempo se corrompe aquella bondad, si no sucede nada que los reconduzca a sus orígenes, esos cuerpos morirán necesariamente."⁶⁴ Apunta: "Hablando de las repúblicas, esta 'reducción' al principio puede hacerse o por alguna circunstancia imprevista externa o por prudencia interna."⁶⁵ Externa es cuando alguien ataca a la república haciendo que recupere la observancia de la religión y la justicia, sin embargo, es

mejor que no sea debido a una causa externa "porque aunque a veces ésta resulte un remedio óptimo, como en el caso de Roma, es tan peligrosa que nunca es deseable."⁶⁶

Repite y amplía su consejo de 'matar a los hijos de Bruto', de hecho titula el capítulo tres "Que es necesario, si se quiere una libertad recientemente conquistada, matar a los hijos de Bruto."⁶⁷ Escribe que "los que lean las historias antiguas se darán cuenta de que, después de una mutación de régimen político, de república en tiranía o de tiranía en república, es necesaria una persecución memorable de los enemigos de las condiciones actuales. Y quien instaura una tiranía y no mata a Bruto, o instaura un estado libre y no mata a los hijos de Bruto, se mantiene poco tiempo."⁶⁸

Y por supuesto, con este motivo vuelve a la carga contra Piero Soderini, titular del gobierno al que sirvió. Lo condena porque deseando no romper las leyes ni la igualdad civil para evitar el descrédito de la institución de gonfaloniero vitalicio de que gozaba, se equivocó, pues

nunca se debe dejar que un mal progrese por respeto a un bien, cuando aquel bien puede ser fácilmente aniquilado por ese mal. Así, debería haber pensado que, habiéndose de juzgar sus obras e intenciones por el fin [...] podía demostrar a todos que lo que había hecho era por la salvación de la patria y no por su propia ambición, y podía regular las cosas de modo que ningún sucesor suyo pudiera emplear mal lo que él había creado para el bien. Pero le engañó su primera opinión, y no se dio cuenta de que la malicia no se doma con el tiempo ni se aplaca con los beneficios. De modo que, por no saber asemejarse a Bruto, perdió, junto con su patria, el gobierno y la reputación.⁶⁹

También extiende su opinión respecto que al hombre le conviene variar su conducta con los tiempos buscando siempre la fortuna, y comenta que "Por eso una república tiene una vida más larga y conserva por más tiempo su buena suerte que un principado, porque puede adaptarse mejor a la diversidad de las circunstancias, porque también son distintos los ciudadanos que hay en ella, y esto no es posible en un príncipe".⁷⁰ Explica que por ello los hombres "tienen la suerte cambiante, porque los tiempos cambian y sus métodos no. De aquí se origina también la ruina de las ciudades, porque las instituciones de las repúblicas no se modifican con los tiempos [...] pero su ruina es más lenta, porque les cuesta más alterarse, ya que se necesitan tiempos turbulentos que conmuevan toda la república".⁷¹

Finalmente y para cerrar esta reseña, señalar que aunque Maquiavelo lo hace durante todos los *Discursos*, este tercer libro está salpicado una vez y otra también de exaltaciones a los romanos y a su forma de proceder sencilla, austera y patriota. No deja de aconsejar se tome como ejemplo su actuar y su forma de conducir una república. Lo hace de una manera tan entusiasta e incisiva que por momentos hace olvidar que su tratado versa,

entre otros temas, sobre la conquista y defensa de los estados, esto es, sobre la guerra. Dejando un sabor de boca de estar leyendo a un buen hombre dedicado más bien a las consejas morales, situación que contrasta muchísimo con la fama de inmoral que lo envuelve.

II.2.2. Coincidencias temáticas de los *Discursos* con *El Príncipe*

Ahora bien, en esta obra al igual que en *El Príncipe* Maquiavelo también hace comentarios demoledores respecto cuestiones morales, sin embargo, si los *Discursos* no provocaron tanto sobresalto fue, como lo observa Ana Martínez Arancón, por tres motivos: en primer lugar, porque Europa durante el siglo XVI y los dos siguientes mantenía su atención en las monarquías, pues es durante este periodo que se conforman las monarquías absolutas, así, pudo ser que un tratado que versara sobre las repúblicas no llamara tanto la atención. Sucedió también que *El Príncipe* superó en fama a los *Discursos* ya que la imagen de príncipe que ofrecía contrastaba de manera rotunda con el modelo de monarca cristiano moralmente intachable de la propaganda contrarreformista, en cambio, los *Discursos* no confrontaban esta imagen, al menos, no tan claramente; y desde luego, el tercer motivo por el cual los *Discursos* no provocaron una reacción tan virulenta, es porque al ser un escrito mucho más largo, en su oceánica longitud de cientos de páginas naufragan sus más brutales aseveraciones.

Empero, con un racimo de ejemplos podemos ver cómo al igual que en *El Príncipe*, en los *Discursos* el florentino sacude la moral corriente de su época. Y no solo por la más famosa de sus consejas, aquella de 'matar a los hijos de Bruto', sino también por la recomendación de hacer 'buen uso' de la religión y los ejemplos que ofrece. Primero, con el caso de Numa, quien mentía o 'fingía' que le hablaba una Ninfa. Segundo, su consejo de torcer o 'acomodar' los augurios con tal de infundir confianza en el ejército y, tercero, su insólito comentario acerca de la forma en que los samnitas hicieron jurar a sus soldados para comprometerlos a no abandonar una batalla, asesinando aquellos que se rehusaban a prestar juramento, de lo que Maquiavelo solo concluye: "Lo que testifica plenamente cuánta confianza se logra mediante la religión bien empleada."⁷²

De igual manera, en otros pasajes aparecen frases demoledoras, como cuando hablando de las injurias que comete el príncipe, las disecciona y establece que son más peligrosas las amenazas que las ejecuciones, "porque el muerto no puede pensar en la venganza".⁷³ O en el capítulo que habla de la envidia a que se ven sometidos los ciudadanos que desean emplear su autoridad para hacer un bien en su república, donde escribe: "Para vencer esta envidia, el único remedio es la muerte de los envidiosos",⁷⁴ y pone de ejemplo nada menos que una figura bíblica, pues "quien lea inteligentemente la Biblia se

dará cuenta de que Moisés se vio obligado, si quería que sus leyes y ordenamientos salieran adelante, a matar a infinitos hombres, que se oponían a sus designios movidos sólo por la envidia."⁷⁵

Y en el mejor estilo de *El Príncipe*, aquí también podemos leer un pasaje <<verdaderamente Maquiavélico>>. Aparece en el capítulo 25 del libro segundo, hablando Maquiavelo respecto lo inconveniente que resulta atacar una ciudad que está dividida internamente, ya que sólo se provocará su unión, señala que 'el procedimiento correcto' es alejar de ella la guerra, ganar la confianza de la ciudad maniobrando como árbitro de los partidos y, cuando lleguen a las armas, "favorecer moderadamente a la parte más débil, para así prolongar la guerra y dejar que la ciudad se vaya consumiendo",⁷⁶ de modo que, ocultando tu deseo de convertirte en su príncipe, puedas en cambio, "aplastarla con las artes de la paz."⁷⁷

Pero no solo este tipo de frases emparentan a los *Discursos* con *El Príncipe*, como se puede observar después de esta breve reseña, ambas obras coinciden más profundamente en los siguientes temas:

1. La visión negativa de 'los hombres' habita ambos textos. 2. El 'matar a los hijos de Bruto' de los *Discursos* coincide con el consejo de 'extinguir el linaje del príncipe anterior' de que habla en *El Príncipe*. 3. La idea de la necesaria crueldad, precisamente alimentada por esa visión negativa del 'hombre'. 4. Aparejada a ello, la necesidad no sólo del uso de la fuerza sino también del fraude es algo que aparece en ambas obras. 5. Su posición respecto de que tomar 'el camino de en medio' es siempre perjudicial. 6. Su opinión respecto que 'los hombres' juzgan las acciones de los gobernantes por el fin obtenido, sin detenerse a considerar los medios de conseguir las cosas. 7. A pesar de su opción por la crueldad y la fuerza, limita su uso en los *Discursos* con una clara condena hacia lo 'vituperables' que son los tiranos y, en *El Príncipe*, con la condena de Agatocles de Siracusa, quien pudo obtener 'poder pero no gloria'. 8. En los dos escritos aparece su reprobación hacia la carencia de ejército propio. 9. El papel que, en su opinión, juega la Iglesia de Roma en la descomposición Italiana, es el mismo en ambas obras.

También coinciden en temas que enumeraré a continuación, empero, más que coincidencias se trata de ampliaciones o adecuaciones en el cual anclan las opiniones vertidas en *El Príncipe*. Por ejemplo, respecto a 10. Los 'dos espíritus contrapuestos' que existen en 'toda república', los grandes y el pueblo, de los que habla en los *Discursos*; se trata de los mismos 'dos humores' de los que habla en *El Príncipe* y que hay en 'cualquier ciudad'. Solo que en esta pequeña obra aborda el asunto al establecer los tipos de principados, y al respecto estipula que cuando un príncipe llega con el apoyo de alguno de estos dos 'humores', se denomina 'principado civil'. Por su parte, en los *Discursos* amplía el tratamiento del tema y resalta que la confrontación entre estos dos 'espíritus' fue un

bien para Roma, llevando a la creación de los tribunos y a la generación de leyes en pro de la libertad. No obstante, en ambos casos Maquiavelo coincide al recomendar que el príncipe o el gobernante de una república debe velar por el bien del pueblo y apoyarse en él.

11. En el caso de la religión cristiana, lo que en *El Príncipe* solo son escasas y escuetas referencias a un uso pragmático, poco espiritual de la misma por parte del papa Alejandro VI y de Fernando de Aragón, en los *Discursos* ya encontramos una clara presentación de ella como parte del engranaje del Estado. Aquí el florentino la despoja de todo aspecto teológico y habla de 'la religión' como "un elemento imprescindible para mantener la vida civil"⁷⁸ en Roma, misma que le produjo buenas costumbres y éstas, buena fortuna. El tratamiento que le da a la religión en los *Discursos* es decididamente ajena a las discusiones del dogma, centrándose en el 'buen uso' que 'deben' hacer de la religión cristiana los hombres pues, además, debe ser interpretada según la virtud y no el ocio. Resulta claro que este punto de vista es el marco de referencia que cobija las nimias opiniones vertidas en *El Príncipe* sobre el tema.

12. Similar sucede con el aspecto de la crueldad. Al igual que en *El Príncipe* en los *Discursos* Maquiavelo justifica el uso de la misma, solo que en éstos abundan los pasajes que explican y sustentan su uso, la 'necesidad' que de ella tiene el gobernante, ampliando su concepción de la misma hacia un tono más de asunto de Estado y no tanto como una cualidad que debe tener un príncipe. La presenta como una herramienta insustituible si se desea corregir y redimir a ciudades no libres o corrompidas; y por lo cual no se les puede llevar a buen puerto de otra manera.

13. Estrechamente ligado a este aspecto y en armónica concordancia en ambas obras, aparece el tema de cómo es necesario que un pueblo acostumbrado a no ser libre, o aun siéndolo pero que esté corrompido, no podrá evitar su derrumbamiento a menos que quien le gobierne esté dispuesto a tomar medidas extraordinarias y a gobernarla inclinándose más hacia la monarquía, hacia un poder casi "regio que, con autoridad absoluta y extraordinaria, ponga freno a la excesiva ambición y corruptela de los poderosos."⁷⁹ tal como lo escribe en los *Discursos*. Este aspecto resulta fundamental como paraguas bajo el cual se guarecen algunos duros pasajes de *El Príncipe*, por ejemplo, el de Ramiro de Orco, lugarteniente de César Borgia partido en dos por éste, después de haber pacificado La Romaña. Y resulta muy útil esta reiterada insistencia porque en *El Príncipe* su escueta redacción del pasaje genera la impresión de que el florentino aprueba el uso de la crueldad, la violencia, el totalitarismo o la tiranía, sin mediación ni justificación alguna.

14. Y bajo este orden de ideas, lo que en *El Príncipe* se dice acerca de que a un príncipe nuevo para asegurarse le basta con matar al linaje del anterior, en los *Discursos* se amplía con la recomendación de una 'persecución memorable' de los enemigos del

nuevo régimen, sin importar que se pase de república a tiranía o viceversa. Pero ahora no sólo se trata de ‘matar a los hijos de Bruto’, sino de que "nunca se debe dejar que un mal progrese por respeto a un bien, cuando aquel bien puede ser fácilmente aniquilado por ese mal",⁸⁰ es decir, en esta obra sí queda claro que el objetivo de tales recomendaciones no es el bien particular del príncipe sino la subsistencia de la ciudad misma.

15. Desde luego, no puede obviarse el tema binomio de la importancia de la Fortuna en los asuntos humanos y de cómo el proceder del hombre, ‘adecuándose a la variación de los tiempos’, podría lograr que ésta no lo abandonara nunca. Sin embargo, en este caso sucede un poco al revés, es decir, en *El Príncipe* es donde Maquiavelo abunda en el tema; de ello trata todo el capítulo XXV y su famosa opinión de que el hombre es responsable de ‘la mitad, o casi’ de sus acciones ha marcado época; en tanto que en los *Discursos* solo hace una pequeña referencia al asunto en el capítulo 9 del libro tercero.

Ahí vemos que desarrolla las mismas observaciones pero no solo las repite, el florentino amplía su campo de acción pues señala: “Por eso una república tiene una vida más larga, y conserva más tiempo su buena suerte que un principado, porque puede adaptarse mejor a la diversidad de las circunstancias, porque también son distintos los ciudadanos que hay en ella”.⁸¹ Y más adelante al hablar de cómo “los hombres tienen la suerte cambiante, porque los tiempos cambian y sus métodos no. [Apunta:] De aquí se origina también la ruina de las ciudades, porque las instituciones de las repúblicas no se modifican con los tiempos”.⁸² Así, lo que en *El Príncipe* es sólo una relación entre el modo de proceder ‘del hombre’ con la variación de los tiempos lo que determina su fortuna, en los *Discursos* pasa a ser una relación entre la variación de los tiempos también, pero con el modo de proceder de un conjunto de hombres, en este caso, de una ciudad.

Como puede observarse, además de las polémicas declaraciones contrarias a la iglesia cristiana, todos estos temas enumerados permiten una visión de un posible engranaje entre ambas obras. Debido a ello, como lo señalé al final del apartado anterior, tanto el breve como el extenso tratamiento que Maquiavelo ha dado a estos temas en *El Príncipe* y los *Discursos* respectivamente, ha propiciado que algunos estudiosos vean una complementariedad programática y teórica en estos dos escritos. No obstante, esto no siempre ha sido así.

II.2.3. Polémica acerca de la complementariedad entre *El Príncipe* y los *Discursos*

Durante el siglo pasado creció la polémica respecto si Maquiavelo presentaba un rostro en *El Príncipe* y otro, opuesto y contradictorio, en los *Discursos*. La polémica es profunda y extensa, el sólo intentar exponerla rebasa el objeto de esta investigación. Por ello me

limitaré a dar una breve esquematización de la misma y lo hago siguiendo de cerca la exposición de José Manuel Bermudo en su *Maquiavelo, consejero de príncipes*.⁸³

La polémica gira en torno a una carta de principios de 1513 que Maquiavelo envía a su amigo Francesco Vettori y al pasaje con que abre el capítulo II de *El Príncipe*, en donde él mismo escribe que dejará de lado el estudio de las repúblicas “por haber razonado extensamente sobre ellas en otro lugar.”⁸⁴ Según Genaro Sasso en dicha correspondencia se observa cómo el florentino ya tenía claro los conceptos fundamentales que plasmaría en *El Príncipe*, como en efecto lo hace, al escribirlo entre julio y diciembre de ese mismo año, 1513.

Sobre estas dos bases se levantó la interpretación que hasta la década de los cincuenta del siglo pasado se aceptó como canónica, según la cual cuando Maquiavelo redactaba los *Discursos*, los interrumpe para dar respuesta a la coyuntura que vivía Italia, dando como resultado la composición de *El Príncipe*. Posición apoyada por los investigadores Villari, Tommasini y Ridolfi. Esta línea interpretativa centraba su visión de *El Príncipe* como una obra de coyuntura. Aspecto que fue ampliamente socorrido por los estudiosos debido a que no sólo la situación política italiana le movió a escribirlo, sino también su alicaída posición personal fue lo que le llevó a utilizar este opúsculo como un medio para intentar conseguir algún empleo de los Médici. De modo que supuesto este origen ‘indigno’, muchos demeritaron la obra contraponiéndola a los serenos y ‘bien nacidos’ *Discursos*, en los cuales se mostraría ‘la verdadera’ filosofía de Maquiavelo.⁸⁵

Pese a lo anterior, explica Bermudo, los estudios de Leslie J. Walker aportaron material que alimentó la polémica, en donde a la cabeza de un grupo ‘anglosajón’ de estudiosos estaba Félix Gilbert, acompañado por J.H. Hexter, Hans Baron, y J.H. Whitfield, ofreciendo un enfoque más atento a la sustantividad filosófica de la obra que a su carácter coyuntural. La conclusión a que arriba Gilbert es que ambos escritos “no fueron elaborados simultáneamente, ni de la misma manera: uno tiene por objetivo lo actual, el otro la historia. En cambio, ambas obras responden a un pensamiento básico, expresado en [un] hipotético texto anterior a ellas. Serían como dos reflexiones nutridas de ese primitivo texto común.”⁸⁶

Recogiendo los argumentos aportados por la crítica contemporánea, Genaro Sasso consideró que ambas obras eran fruto de una reflexión continua y única, pese a que cada una se haya gestado en determinadas situaciones coyunturales, tenga su propio tiempo y ritmo. “Por tanto, el orden histórico de escritura no es relevante; importa más el orden lógico, que debemos reconstruir haciendo abstracción de la cronología de las obras.”⁸⁷

Bermudo concluye que “Hoy nadie duda que los *Discursos* fueron escritos entre 1515 y 1517. [...] En lo que coincide toda la crítica moderna”,⁸⁸ y termina sumándose a la postura de Genaro Sasso. Nos dice que entre los múltiples argumentos que le llevan a aceptar que los *Discursos* fueron elaborados ‘simultáneamente’ a *El Príncipe*, uno le

parece definitivo: “la lógica de la filosofía política del florentino exige la previa concepción del arte de las repúblicas para derivar el arte de los principados. Es decir, puestos a elegir entre el orden histórico y el orden lógico, parece que éste es más interesante desde el punto de vista de la filosofía. Aunque la <<nueva ciencia de las repúblicas>> no estuviera escrita, ni siquiera en esbozo, sin duda alguna estaba en la mente del florentino.”⁸⁹

Pero más allá de la conclusión a que arriben los maquiavelistas y más aún, ante el previsible eternizamiento de esta discusión, se debe tomar una postura. En nuestro caso, lo que nos lleva a asumir la postura de la complementariedad entre ambas obras desarrollada por Bermudo se debe a que al leer los *Discursos*, lo dicho en *El Príncipe* nos pareció que concordaba armónicamente con lo que estaba escrito en éstos; tomaba sentido, de manera tal que debían responder a un mismo núcleo teórico.

Además, como se mostró durante el análisis y enumeración de las coincidencias entre ambas obras (RI: II.2.2. pp. 66-68), la concordancia va más allá de temas de menor importancia, implica también su filosofía de la historia, su teoría política, su concepción de la naturaleza humana. Así, a nuestro parecer la complementariedad de las obras es evidente y dado que en los *Discursos* Maquiavelo es más abundante en sus explicaciones, bien vale la pena estudiar *El Príncipe* a la luz de su otro tratado político. De modo que se pueda reconstruir de manera integral el marco teórico en el cual se sustentan los consejos que le han dado fama de inmoral.

Pero justo con la intención de completar su pensamiento, en el siguiente apartado anotaremos los conceptos maquiavelianos que consideramos terminan por explicitar concepciones fundamentales del florentino, las cuales no están del todo claras en una primera aproximación a su pensamiento. Sobre todo si tomamos en cuenta que después de la fama de interpretaciones tan influyentes se corre el riesgo de dar por sentado que Maquiavelo afirma o niega tal o cual postura sin haber reflexionado de manera seria si es el caso.

Notas:

1. Nicolás Maquiavelo, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Traducción, introducción y notas de Ana Martínez Arancón, Madrid, Alianza Editorial, 2009. Pág. 9.
2. Id.
3. *Ibíd.* Pág. 190.
4. Id.
5. (Nota: decir qué entiendo por filosofía de la historia, teoría política y naturaleza humana)
6. *Ibíd.* Pág. 38.

7. *Ibíd.* Págs. 40-41.
8. *Ibíd.* Pág. 60.
9. *Ibíd.* Pág. 61.
10. *Id.*
11. *Ibíd.* Pág. 70.
12. *Ibíd.* Pág. 110.
13. *Ibíd.* Pág. 83.
14. *Ibíd.* Pág. 86.
15. *Ibíd.* Pág. 92.
16. *Ibíd.* Pág. 104, es el título del capítulo 26.
17. *Ibíd.* Pág. 105.
18. *Id.*
19. *Id.*
20. *Ibíd.* Pág. 106.
21. *Ibíd.* Págs. 170-171.
22. *Ibíd.* Pág. 63, es el título del capítulo 10.
23. *Ibíd.* Págs. 121-122.
24. *Ibíd.* Pág. 122.
25. *Id.*
26. *Ibíd.* Págs. 139-140.
27. *Ibíd.* Pág. 130.
28. *Ibíd.* Pág. 67.
29. *Ibíd.* Pág. 73.
30. *Ibíd.* Pág. 77.
31. *Ibíd.* Pág. 78.
32. *Ibíd.* Pág. 95.
33. *Ibíd.* Pág. 175, es el título del capítulo 58.
34. *Ibíd.* Págs. 108-112.
35. *Ibíd.* Pág. 181-182.
36. *Ibíd.* Págs. 52-59, son los capítulos 7 y 8.
37. *Ibíd.* Págs. 117-120, es el capítulo 33.
38. *Ibíd.* Págs. 95-97, es el capítulo 21.
39. *Ibíd.* Págs. 101-102, es el capítulo 24.
40. *Ibíd.* Pág. 188.
41. *Ibíd.* Págs. 188-189.
42. *Ibíd.* Pág. 190.
43. *Ibíd.* Pág. 191.
44. *Ibíd.* Pág. 196.
45. *Ibíd.* Pág. 198.
46. *Ibíd.* Pág. 199.
47. *Ibíd.* Pág. 208.
48. *Ibíd.* Pág. 210.
49. *Id.*
50. *Ibíd.* Pág. 292.
51. *Ibíd.* Pág. 230, es el título del capítulo 13 del libro segundo.
52. *Id.*

53. *Ibíd.* Pág. 231.
54. *Ibíd.* Pág. 232.
55. *Ibíd.* Pág. 233.
56. *Ibíd.* Pág. 270.
57. *Ibíd.* Pág. 272.
58. *Ibíd.* Pág. 273.
59. *Ibíd.* Pág. 254, es el título del capítulo 19 del libro segundo.
60. *Ibíd.* Pág. 255.
61. *Ibíd.* Pág. 263.
62. *Ibíd.* Pág. 305, es el título del capítulo 1º del libro tercero.
63. *Id.*
64. *Id.*
65. *Ibíd.* Pág. 306.
66. *Ibíd.* Pág. 311.
67. *Ibíd.* Pág. 313.
68. *Id.*
69. *Ibíd.* Pág. 314.
70. *Ibíd.* Pág. 349.
71. *Ibíd.* Pág. 350.
72. *Ibíd.* Pág. 81.
73. *Ibíd.* Pág. 320.
74. *Ibíd.* Pág. 403.
75. *Id.*
76. *Ibíd.* Pág. 281.
77. *Id.*
78. *Ibíd.* Pág. 67.
79. *Ibíd.* Pág. 171.
80. *Ibíd.* Pág. 314.
81. *Ibíd.* Pág. 349.
82. *Ibíd.* Pág. 350.
83. José Manuel Bermudo, *Maquiavelo, consejero de príncipes*. Barcelona. Universitat de Barcelona. 1994.
84. Nicolás Maquiavelo, *El Príncipe*, Prólogo, traducción y notas de Miguel Ángel Granada, Madrid, Alianza Editorial, 2014. Pág. 48
85. Bermudo, *Óp. cit.*, págs. 140-142.
86. *Ibíd.* Pág. 145.
87. *Ibíd.* Pág. 148.
88. *Ibíd.* Pág. 149.
89. *Ibíd.* Págs. 149-150.

II. Capítulo II. Obra política

Resumen del apartado II.3

Una vez analizadas sus dos obras políticas en cuestión y habiendo tomado postura respecto la complementariedad o discrepancia entre ellas, en este tercer apartado a manera de complemento del pensamiento maquiaveliano expondremos algunos conceptos teóricos que entrelazan el pensamiento expresado en ellas y permiten ver de manera integral posturas fundamentales del florentino. (1) Posterior a ello, en su adecuada contextualización se verá cómo estos consejos 'maquiavélicos' adquieren un matiz distinto al que comúnmente se les ha otorgado, se puede apreciar cuál es la finalidad de cada uno y la necesidad que Maquiavelo les otorgaba. (2)

II.3. Conceptos maquiavelianos

II.3.1. Exposición de cuatro conceptos maquiavelianos fundamentales

Una vez visto en su mayoría el pensamiento de Nicolás Maquiavelo a través de la exposición de sus dos obras políticas, nos parece conveniente resaltar algunos conceptos que no logran ser visibles en primera instancia pero que resultan fundamentales para completar el pensamiento del florentino y con los cuales se delinea el marco de referencia bajo el cual comprender los 'inmorales' consejos dados en *El Príncipe*. Apoyados en los análisis de Ana Martínez Arancón y de José Manuel Bermudo, expondremos lo que opinaba de: II.3.1.1. Que la república es mejor tipo de gobierno que el principado, II.3.1.2. Los círculos de la historia en que giran todos los estados, II.3.1.3. Su idea de naturaleza humana y, II.3.1.4. La forma en que Maquiavelo veía al 'fundador' de un Estado así como su halago del 'Dictador'.

II.3.1.1. Que la república es mejor tipo de gobierno que el principado

Respecto el punto **Que la república es mejor tipo de gobierno que el principado**, es importante observar que en *El Príncipe* Maquiavelo no habla a favor de los principados, solo dice que hablará de ellos porque de las repúblicas ya se ocupó en otro lugar. Y dentro del texto tampoco expresa su preferencia por este tipo de gobierno o por la república. Ahora bien, si porque en esta pequeña obra habla de la necesidad del uso de la crueldad pensamos que está a favor de un gobierno tiránico centrado en la persona del príncipe, en los *Discursos* queda claro que esto se debe a que él considera necesario un poder 'cuasi regio' que pueda moldear o corregir a un pueblo corrompido, pero no por ello podemos obviar su espíritu republicano.

Incluso nos sorprende diciendo que: "el fin del estado es el bien común, que se plasma en la conservación y aumento de su propio poder."¹ Desde luego, para ello el Estado debe ser libre, esto es, no sometido a una persona o grupo, las desigualdades sociales deben no ser tan grandes y los distintos estamentos sociales deben participar en el gobierno. Justo por estos motivos es que considera mejor un gobierno que participe de las tres formas políticas clásicas: la monarquía, la aristocracia y la democracia. Lo que solo puede lograrse en una república.

A decir de Martínez Arancón, se debe entender que para Maquiavelo la vida en una república representa la vida bajo el imperio de la ley en tanto que en los principados ésta no basta y por ello hay que recurrir a la fuerza; si bien en caso de corrupción, las repúblicas también necesitan echar mano de ella. Pese a ello, al florentino le parece que las ventajas que ofrece este tipo de gobierno son evidentes: eliminan el grave problema de la sucesión que se presenta en las monarquías, además, éstas siempre pueden encontrar un sucesor con las aptitudes necesarias que el momento político requiera. En las repúblicas la elección de buenos magistrados es más fácil pues el pueblo se equivoca menos que los príncipes al escogerlos.

Según la visión de Maquiavelo, al estar sometido a la ley que es obra común y participar en el gobierno, el pueblo considera lo público como algo propio, lo que hace que tome parte en la defensa del bien y de la libertad comunes. De tal modo que al tener derechos también asume los deberes, como defender la república, lo que permite la formación de un ejército propio, con ciudadanos comprometidos, pues luchan por su patria, bienes y libertad. El reparto de poderes entre todos los estamentos es otra de las ventajas de la república, dicho reparto permite una forma política más equilibrada. A su vez, el contar con un ejército propio, permite que la república pueda volcarse a la conquista, lo que para Maquiavelo es la culminación de la acción política: hay que engrandecerse para no ser atacado y mantenerse vigoroso.

En la visión idealizada de las repúblicas que tiene el florentino no hay sitio para que crezca una nobleza muy poderosa y ociosa, que corrompa las costumbres con sus lujos y molicie o que acabe con la libertad imponiendo su capricho a base de regalos. Para él, en una república bien ordenada debe haber cierto grado de igualdad y austeridad, el Estado intenta que los ciudadanos permanezcan pobres y el erario se enriquezca, así cualquiera puede servir a la patria y ser útil a la comunidad y también se evita la corrupción.

Finalmente, otras características que hacen mejor la república sobre los principados es que en ésta se respeta la ley, misma que es expresión de la voluntad colectiva, superior a cualquier voluntad personal. De igual manera, este tipo de gobierno es más dúctil, lo que no podría ser en caso de estar sujeto al carácter de un príncipe. Así, según la lectura de Ana Martínez Arancón, incluso la fuerza "se racionaliza y, aunque sea uno solo el que la ejerza, ya no es el fruto del voluntarismo privado o de las pasiones",²

sino un recurso extraordinario que entra en juego cuando la ley no basta para solucionar un grave problema.

Si en *El Príncipe* podemos creer o dudar acerca de que Maquiavelo esté a favor de un gobierno monárquico, en los *Discursos* queda claro el talante republicano del florentino. Ciertamente que su visión idílica de las repúblicas lo lleva a pasar por alto lecciones de su ciudad natal que le habrían hecho no ser tan optimista con este tipo de gobierno. Es el caso cuando afirma que en las repúblicas no hay sitio para que crezca una nobleza muy poderosa y ociosa, que corrompa las costumbres con sus lujos y molicie o que acabe con la libertad imponiendo su capricho a base de regalos. Afirmación que contrasta con la realidad vivida por Florencia en la etapa de los Médici durante el siglo XV, en particular con Cosme *El Viejo*, quien como vimos (RI: I.2.2.3.2. pp. 16-17), justamente de esta manera logró adormecer el espíritu republicano de Florencia.

Sin embargo, más allá de compartir o no su visión de las repúblicas, lo importante es destacar cómo este concepto es fundamental en su pensamiento y de ninguna manera contradice su postura del necesario uso de la crueldad, porque como queda claro, en la visión del florentino el recurso a la crueldad no es propio de los principados sino también de los gobiernos republicanos. Más correctamente, es un recurso que debe usarse cuando la situación lo requiera más allá del tipo de gobierno que se adopte.

II.3.1.2. Los círculos de la historia en que giran todos los Estados

Ahora bien, cualquiera que sea el tipo de gobierno que se adopte, los Estados están sujetos a lo que Maquiavelo denomina los **círculos de la historia**. Este aspecto de su pensamiento es crucial porque como vimos en el análisis de los *Discursos* (RI: II.2.1.1. p. 55), para el florentino los gobiernos giran en círculo fatal hacia el declive, pasando de la monarquía, a la aristocracia y al gobierno popular, así como por las tres formas en que derivan: tiranía, oligarquía y 'licencioso'. Se trata de una concepción cíclica de la historia, que en el plano político se expresa en la sucesión de estas seis formas de gobierno, claro, si es que antes no han caído subyugados ante otro Estado mejor provisto.

A pesar de que en algún momento fue motivo de polémica, se ha demostrado que Maquiavelo conocía el pensamiento antiguo, así como también la influencia de éste en sus escritos. Su filosofía de la historia abreva de Aristóteles, Lucrecio, Diódoro y sobre todo de Polibio, que en su libro sexto, escribe sobre la anacyclosis. Aunque como bien lo distingue José Manuel Bermudo, esta teoría metafísica no es asumida hasta sus últimas consecuencias por el florentino, sólo hace uso de ella por inercia, quizá porque le parecía que así se desenvolvía el mundo.

Según la interpretación de Bermudo, cuando Maquiavelo habla de 'formas' de gobierno no lo hace en sentido filosófico fuerte sino que se refiere a gobiernos reales en

su ciclo vida-muerte, sin asumir lo más difícil de esta teoría clásica: la idea del eterno retorno de las formas de gobierno. Considera que Nicolás Maquiavelo no era un filósofo con talante especulativo que pudiera darse cuenta de una posible contradicción entre su concepción de la corrupción de las cosas civiles y la idea de un eterno retorno en el que debieran girar por siempre los Estados.

Para el florentino su concepción de que todo en este mundo se encamina de manera ineluctable hacia su destrucción, entre ello los gobiernos; no le representó un problema al compaginarlo con la teoría de Polibio; no logra percibir la necesidad lógica-conceptual de la teoría polibiana, la cual de ser asumida filosóficamente, no permitiría la muerte de los gobiernos porque, precisamente, tendrían que girar toda la eternidad alternando su forma. No obstante, señala Bermudo, Maquiavelo sí observa otra necesidad: la de la corrupción que llevan en su seno las seis formas de gobierno, de ahí que apunte que un legislador prudente debe optar por un gobierno mixto.

Para Bermudo lo esencial de la teoría maquiaveliana no es la idea metafísica de que los Estados giren en la eternidad en sucesivas formas de gobierno, más importante le parece, es la tendencia de las cosas humanas y civiles –como, en rigor, de las cosas naturales en general- a la decadencia, a la muerte; lo que el español denomina ‘teoría de la corrupción’ de Maquiavelo.

Esta distinción de José Manuel Bermudo es en sumo relevante porque nos permite observar que dicha ‘ley de la naturaleza’, que hace que todo vaya en decadencia, es acelerada por imperfecciones corregibles y puede ser retrasada con buenas instituciones edificadas desde el principio y también, con ‘vueltas al origen’. (RI: II.2.1.3. p. 63) Es decir, si bien no puede evitarse del todo, sí puede acelerarse o retrasarse por la acción política humana.

Según Bermudo esta teoría de la corrupción queda articulada en una representación circular pero sin que el modelo suponga una metafísica sino solo una forma de expresión. Maquiavelo utiliza la metáfora de la circularidad de la historia para exponer una teoría de la decadencia efecto de la intrínseca corrupción de las cosas, la cual otorga toda su relevancia y necesidad a la política porque, debido precisamente a esa decadencia de todas las cosas es que en el caso de los principados, se requiere de un príncipe virtuoso que sepa, dada la necesidad, usar la fuerza y la crueldad; y en el caso de la repúblicas corruptas, un poder ‘cuasi regio’ para poder redimir las.

Lo que mostraría que el florentino no estaba pensando que los Estados giren durante toda la eternidad en ese círculo de la historia, ni tampoco que éstos se corrompen sin que el hombre pueda hacer nada, por el contrario, es la acción política humana la que puede tratar de retardar, al menos, esta decadencia.

Nos parece claro que este concepto es fundamental porque atenúa el presunto determinismo del florentino. Esta aguda observación del español Bermudo pone el énfasis

no en el Maquiavelo fatalista sino que muestra cómo dentro de su pesimismo, su filosofía de la historia abre un espacio para la acción política del hombre, quizá pensando en esa 'casi mitad' de libre albedrío de que habla al final de *El Príncipe*, con que el hombre cuenta para poder oponer su voluntad a la Fortuna.

II.3.1.3. Su idea de naturaleza humana

Otro concepto fundamental en el pensamiento de Maquiavelo es su idea de naturaleza humana, en este caso de manera similar a la de los círculos de la historia, el análisis y la interpretación del español Bermudo abre una brecha que nos obliga a tener cuidado cuando afirmamos que la visión 'del hombre' que tenía el florentino sólo era negativa y determinista, obligándonos a leer con más atención sus dos obras políticas.

Bermudo considera que en el florentino existe por un lado "su opinión del hombre"³ y por otro, su teoría de la naturaleza humana, la cual no fue sistemáticamente expuesta y es apreciable sólo en dispersos y aislados pasajes. Su opinión 'del hombre' es en suma conocida, son todos aquellos incesantes comentarios con los que describe al ser humano como voluble, inconstante, egoísta, ambicioso, envidioso, etc. Se trata de una 'idea intuitiva', de un pesimismo exagerado y que, debido a ello, conduce a la apuesta política por el despotismo para controlar por el miedo y la fuerza lo que no puede ser reformado por la educación.

No obstante, esta opinión del hombre tiene sólo un peso ideológico relativo, que nos lleva "a un Maquiavelo determinista y naturalista, que niega toda posibilidad al progreso humano y toda viabilidad a la educación, que debe consecuentemente confiar el orden a la fuerza."⁴ Pero esta "idea de naturaleza humana que reflejan sus descripciones impresionistas del hombre no es la que opera en el fondo de su pensamiento",⁵ no es la que exige su análisis, su proyecto; que como dice el español, está repleto de pasión transformadora y que pretende la intervención real 'del hombre' en el orden de las cosas, y sin la cual su teoría sería incoherente.

Como acabamos de ver, a pesar de que su concepción de la historia no permite un ideal de progreso humano ya que su teoría de la corrupción no lo permite, el hombre cuenta con la posibilidad de realizar ciertas intervenciones, de luchar contra esta tendencia natural de las cosas a la destrucción, que respecto al orden civil "quiere decir corrupción política, degeneración de las leyes y costumbres, sublevación y anarquía. La lucha del hombre por su sobrevivencia como hombre pasa, pues, por su lucha por mantener el orden del estado."⁶ Así, el pesimismo maquiaveliano tiene sus límites, la fatalidad cósmica no es absoluta y la naturaleza humana no es mera pasividad, nos dice el español.

Si entendemos correctamente a José Manuel Bermudo, él no intenta negar la abundancia de citas maquiavelianas que muestran "su pesimismo en su naturalismo y su determinismo",⁷ no niega su significado ideológico pero cuestiona su valor teórico. Para lo cual busca un nuevo sentido a esas expresiones. De manera erudita hace un recorrido histórico para sustentar la idea de que Maquiavelo comparte con los clásicos su idea de naturaleza humana: "La naturaleza humana, en el ideal clásico, no es algo innato, sino una conquista."⁸

Así, para el florentino devenir médico o gobernante se logra a través de un proceso de educación. Se trata de sustituir una naturaleza por otra, superando la naturaleza animal y fijando la humana. La educación no era sólo un mero aprendizaje, un mero arte de pensar y razonar, implicaba <<formación del carácter>>. Esta concepción clásica subyace en Maquiavelo. En ella encaja a la perfección su ideal de príncipe "adecuado en cada situación"⁹

Dos ejemplos que muestran esta visión de Maquiavelo no determinista a ultranza: cuando en los *Discursos* señala que dos príncipes virtuosos pueden conseguir afianzar en los súbditos el respeto a las leyes y costumbres; es decir, el papel <<educador>> que otorga a las leyes y costumbres; así mismo, su insistencia en que las medidas excepcionales sean transitorias, se apoya en su convicción de que los hombres pueden conquistar una segunda naturaleza, pueden pasar de la obediencia al consentimiento.

Aunado a lo anterior, el que Maquiavelo asuma la idea del príncipe como artesano, que es la que se abre paso en el Renacimiento y se consolida en la modernidad, "ejemplifica perfectamente su concepción no biológica, no naturalista y determinista, del hombre. Y [...] su idea del príncipe artesano [...] pone de relieve de forma concluyente que la <<naturaleza humana>>, aunque sea como <<segunda naturaleza>>, es algo a construir: es el objeto del príncipe nuevo, de su virtù."¹⁰

El príncipe es autor del Estado y, por tanto, de la manera de ser del hombre. Las leyes, instituciones, el orden, acaban por fijar una naturaleza social como conjunto de hábitos y valores. Los hombres deciden así su ser en su vida social, para ello son fundamentales dos factores: la virtù del príncipe y las costumbres.

Esta idea de naturaleza humana, al igual que la posible intervención política del hombre para retardar la decadencia de los Estados, muestra un Maquiavelo distinto. Si bien Bermudo no niega la existencia de esa opinión 'intuitiva' del hombre, misma que ha sido aceptada, bastante difundida y tomada como la única opinión del florentino al respecto, nos muestra esta otra beta con la cual se puede comprender un concepto de naturaleza humana que como él mismo lo dice, es mucho más rico y matizado.

II.3.1.4. La forma en que Maquiavelo veía al 'fundador' de un Estado así como su halago del 'Dictador'

Pero además de los conceptos anteriores, hay otros relacionados con su postura moral y que también cobijan las ideas de *El Príncipe* que habrá que reseñar. Se trata, en primer lugar, de la postura de Maquiavelo al describir el legislador personal que funda un Estado y, segundo, de su halago de la figura del Dictador que instituyó Roma.

En el primer caso, dicho legislador crea un Estado con base en su virtù, desde luego, el florentino recomienda que sea él solo el que lo instituya (RI: II.2.1.1. p. 55), que no escatime recursos y no dude en echar mano a medidas extremas para lograrlo, sin embargo como señala Bermudo, tampoco podemos dejar de apreciar la descripción que hace de este `príncipe` pues nos muestra un `rostro humano` del maquiavelismo: se trata de un hombre prudente, "que vela por el bien común sin pensar en sí mismo, que no se preocupa de sus herederos sino de la patria común".¹¹

José Manuel Bermudo lo explica así:

Es este hombre, y sólo éste, el absolutamente autorizado para regirse por el principio <<el fin justifica los medios>> u otros semejantes. No se trata de un malvado, egoísta, perverso, grosero, a quien le sea concedida licencia para matar; sino de un hombre especial en una situación especial. De hecho es a este hombre a quien Maquiavelo libera de todo deber de obediencia a la moral común. Aunque el florentino nunca defendió literalmente el principio <<el fin justifica los medios>>, es cierto que usó fórmulas equivalentes; pues bien, las más expresivas las utilizó en el contexto preciso de este legislador personal: <<Sucede que, aunque le acusen los hechos, le excusan los resultados, y cuando éstos sean buenos, como en el caso de Rómulo, siempre le excusarán, porque se debe reprender al que es violento para estropear, no al que lo es para componer.>>¹²

De tal modo que de manera similar a los dos casos anteriores, esta faceta del florentino no puede obviarse para seguir hablando de él desde la comodidad de las viejas ideas preconcebidas que no lo muestran en su justa dimensión o que lo condenan por inmoral de manera anticipada.

En segundo lugar, está otro tema también relacionado con su postura moral, se trata del elogio que hace de la institución del Dictador romano. Para Maquiavelo el Dictador fue una figura necesaria para la buena y oportuna defensa de la república romana, pues ante acontecimientos acelerados e imprevistos resultaba conveniente que una persona concentrara el poder y pudiera tomar decisiones con libertad y prontitud. Para ello el pueblo romano estableció la figura del Dictador como un funcionario que respondía al Senado, pero que sólo podía tomar decisiones respecto a la encomienda que se le había asignado y con un límite de tiempo corto y bien definido.

Conviene recordar que en este caso no sólo se trata de que Maquiavelo haga suya una figura institucional romana por placer erudito, por el contrario, como vimos respecto

la experiencia que vive durante su primera misión diplomática en la corte de Francia (RI: I.3.3. p. 25), el florentino había vivido en carne propia las acres consecuencias de las dilaciones y de la lentitud en la toma de decisiones por parte de un Estado. De esta manera, su convicción de la necesaria acción decidida y rápida en las cosas de la política no sólo responde a un ideal teórico sino a su propia experiencia y de ninguna manera se trata de una idolatría a la figura del tirano.

Como bien apunta Bermudo, "Sólo la ignorancia de los textos, o la mala fe, pueden presentar su pensamiento como apología del despotismo, de la tiranía o de la dictadura",¹³ ya que Maquiavelo reconoce su necesidad, contingente y transitoria, más no hace una defensa absoluta de la figura del tirano. Elogia la institución de la Dictadura en Roma como modelo procedimental, regulado y constreñido, como figura legal para eventos excepcionales, ya que como puntualmente lo dice Maquiavelo, no es conveniente que en una república sucedan situaciones no previstas en la ley, ya que si se violan éstas para producir el bien, con la misma excusa pueden romperse para producir el mal.

Pues hasta aquí la exposición de su pensamiento, consideramos que con esto se completa el marco teórico desde el cual Maquiavelo enuncia sus famosos consejos. Si bien en *El Príncipe* se limita a estudiar la forma en que se obtienen y conservan los principados, en los *Discursos* su cometido es más amplio: se empeña en hacer el análisis de la fundación, ordenamiento, aumento y constitución de los mismos, lo cual nos permite ver con más claridad posturas clave del florentino.

Asimismo, desde nuestro punto de vista también se puede observar la necesaria complementariedad de ambas obras, pues aunque tratan de dos tipos de gobierno distinto, como lo dice Ana Martínez Arancón, el florentino piensa que existen "circunstancias excepcionales, como la fundación de un estado o su reforma en caso de crisis o de profunda corrupción, que exigían que el poder permaneciera, por cierto tiempo, en manos de una sola persona. En esas circunstancias excepcionales volvemos a necesitar las enseñanzas de *El Príncipe*. Ambas obras, pues, se complementan."¹⁴

II.3.2. Contextualización de diez consejos ofrecidos por Maquiavelo

Una vez establecidos los márgenes dentro de los cuales se concentran los juicios de Maquiavelo, es fácil observar el sentido de los duros consejos que recomienda. Al contextualizarlos dentro del pensamiento del florentino expuesto en *El Príncipe*, los *Discursos* y los conceptos que acabamos de explicar, obtenemos una visión de cada uno de ellos sustancialmente diferente a la opinión corriente que los condena de manera furibunda. Volvamos a la decena que reseñé en el apartado *II.1 Exposición y análisis de El Príncipe* (RI: II.1.3. pp. 48-50) y veamos el contexto dentro del cual se inscriben:

Señalamos 10 consejos famosos y éticamente muy polémicos:

1. El asesinato político
2. Su regla de oro del egoísmo
3. El buen o mal uso de la crueldad
4. Aprender a ser no bueno
5. Ser un gran simulador y disimulador
6. Que es mejor ser amado que temido
7. Quebrantar la palabra dada
8. El fin justifica los medios
9. La Iglesia y la religión
10. Un consejo maquiavélico: Ramiro de Orco

Respecto a **1. El asesinato político**, como acabamos de ver el consejo se da en el contexto de encontrarse en juego el perder el Estado que habías adquirido o fundado. Se trata de un recurso al que no sólo se puede asistir, sino al que inclusive, se debe recurrir en caso necesario. Pues no eliminar al enemigo del Estado equivale, en la visión de Maquiavelo, a aceptar que se vea afectada la totalidad de los integrantes del mismo. Y esto sucedería por la incapacidad del príncipe o encargado de una república de actuar según lo que más conviene a la sociedad que gobierna, por rehuir a lo que es su deber y por no tener la virtud necesaria para llevarlo a cabo. Recordemos que una y otra vez vuelve a la carga contra Piero Soderini, quien por no saber poner un alto a los enemigos del Estado, permitió que Florencia se perdiera.

Como lo escribe en el libro 3° de los *Discursos*:

nunca se debe dejar que un mal progrese por respeto a un bien, cuando aquel bien puede ser fácilmente aniquilado por ese mal. Así, debería haber pensado [Soderini] que, habiéndose de juzgar sus obras e intenciones por el fin [...] podía demostrar a todos que lo que había hecho era por la salvación de la patria y no por su propia ambición, y podía regular las cosas de modo que ningún sucesor suyo pudiera emplear mal lo que él había creado para el bien. Pero le engañó su primera opinión, y no se dio cuenta de que la malicia no se doma con el tiempo ni se aplaca con los beneficios. De modo que, por no saber asemejarse a Bruto, perdió, junto con su patria, el gobierno y la reputación. (pág. 314)

Aquí se ve de manera clara cómo dado el caso, cometer asesinato político es no sólo una posibilidad sino incluso un deber del príncipe. Como lo dice Bermudo, se trata de un hombre especial en una situación especial, la cual desde la visión de Maquiavelo, lo autoriza y obliga a tomar este tipo de decisiones que el florentino considera necesarias para la pervivencia de la comunidad.

En lo que concierne a lo que llamo **2. Su regla de oro del egoísmo**: "regla general que nunca, o a lo sumo raramente, falla: quien propicia el poder de otro, labra su propia ruina".¹⁵ Dado que para Nicolás Maquiavelo el objeto de un Estado no sólo es su conservación sino el aumento de su propio poder, mismo que tiene la necesidad de mantenerse vigoroso pues no puede un Estado estar en paz sin ser atacado; repito, dada esta visión del mundo, resulta lógico que si ayudas a que otro incremente su poder labrarás tu propia ruina.

Hay que recordar que la concepción del mundo de Maquiavelo es uno en el que los hombres están en constante competencia y en el que permanentemente luchan por la propia subsistencia. Y en el que además, existe una cierta cantidad de bien por la cual los hombres tienen que competir por alcanzarla. (RI: II.2.1.2. p. 60)

Cierto que en el contexto de *El Príncipe*, que es donde se encuentra este pasaje, el florentino está hablando en términos de una relación entre individuos y no entre Estados. Para este caso, basta con señalar que dada la opinión negativa que tiene del hombre, nadie puede confiar en que el empoderamiento de otro no redundará en su contra. Si la observación del florentino es correcta o no, no es algo que en este momento esté a discusión, lo que argumentamos es cómo entendiendo y atendiendo al pensamiento de Maquiavelo, los consejos que recomienda adquieren un matiz diferente, mucho menos arbitrarios e inmorales.

En el caso de **3. El buen o mal uso de la crueldad**, estamos ante un consejo que si bien viola los preceptos morales de su época, conserva en él un toque de moral. ¿Por qué? Pues porque una vez supuesto que el príncipe gobierna en un mundo con hombres crueles, avariciosos, envidiosos, etc., y que debido a su propia naturaleza están en constante búsqueda de arrebatarte tu Estado, resulta obvio que necesites echar mano a la crueldad. Más aún si eres un príncipe nuevo que gobierna un Estado en el cual existen algunos individuos a los que si no eliminas, no te permitirán gobernar.

El 'toque moral' del consejo aparece cuando, lejos de que el florentino recomiende usar la crueldad a diestra y siniestra, recomienda que se haga un uso moderado de ella. Aconsejando prudencia y hacer 'buen uso de la crueldad', esto es, analizar y ejecutar todas las crueldades que se necesitan hacer, llevando a cabo todas "de una sola vez y de golpe, por la necesidad de asegurarse, y luego ya no se insiste más en ellas",¹⁶ como lo dice en *El Príncipe*.

Aunado a lo anterior, es importante observar que también en los *Discursos* Maquiavelo recomienda al menos en dos casos el uso de la crueldad. El primero es cuando un príncipe nuevo conquista una ciudad o provincia; en ese caso, para poder asegurarse, debe organizarlo todo de forma 'absolutamente nueva', introduciendo nuevas formas de gobierno con nuevos hombres, edificando ciudades y cambiando a los ciudadanos de residencia, sin dejar cosa alguna intacta. Lo que el mismo florentino reconoce como

procedimientos muy crueles "enemigos de toda vida no solamente cristiana, sino humana",¹⁷ aunque advierte que "si [el príncipe] quiere mantenerse conviene que utilice estos males."¹⁸

El segundo caso es cuando un príncipe llega a estar al frente de una ciudad corrompida que ha alcanzado su libertad pero que debido precisamente a esa misma condición no puede ser corregida de otra manera, por ello considera que "sería necesario que se inclinase más hacia la monarquía que hacia el estado popular, para que los hombres cuya insolencia no pueda ser corregida por las leyes sean frenados por una potestad casi regia."¹⁹ Porque para lograr introducir una república en una ciudad corrompida "no hay otro camino que convertirla en reino. La causa es ésta: donde la materia está tan corrompida que las leyes no bastan para frenarla, es preciso ordenar, junto con las leyes, alguna fuerza mayor, como un poder regio que, con autoridad absoluta y extraordinaria, ponga freno a la excesiva ambición y corruptela de los poderosos."²⁰

Como es fácilmente observable, en ambos casos se muestra de manera diáfana cómo aunque el florentino considera necesario el uso de la crueldad, no se regocija en ella y por el contrario, recomienda que su uso se realice con un 'buen' fin y con un toque de humanidad.

El consejo **4. Aprender a ser no bueno**, es significativo pues en él hay algo que parece ser una concesión a la moral corriente de su época. Maquiavelo no dice que el príncipe no deba ser bueno, tampoco que serlo no sea 'loable', sólo apunta que un hombre "que quiera hacer en todos los puntos profesión de bueno labrará necesariamente su ruina entre tantos que no lo son."²¹ ¿Y qué aconseja al príncipe el florentino para que éste pueda gobernar? "que aprenda a poder ser no bueno y a usar o no usar de esta capacidad en función de la necesidad."²² Es decir, al igual que en el caso anterior, su consejo no va en dirección de apoyar una conducta tiránica o de suyo violenta sino mesurada, útil, técnica y un tanto humanitaria, pues como es claro en el texto, pide echar mano a este tipo de acciones sólo en caso necesario.

Muy parecido es el caso del consejo **5. Ser un gran simulador y disimulador**, Maquiavelo dice expresamente que "sería algo digno de los mayores elogios el que un príncipe estuviera en posesión"²³ de la generosidad, la clemencia, la lealtad, la valentía, la humanidad, la castidad, etc.; "Pero, puesto que no se pueden tener ni observar enteramente, ya que las condiciones humanas no lo permiten",²⁴ y si las observase no podría conservar su estado, entonces será necesario aparentar que las tiene.

En el contexto de un mundo en el que los hombres no se conducen de acuerdo a dichos valores y en el que al estar a cargo de un Estado tienes el deber de dirigirlo o reformarlo para que se conserve y crezca, sería perjudicial que el príncipe observara todos

aquellos valores permitiéndose ser presa fácil de aquellos que deseen perjudicarlo. De igual manera, sería absurdo no aparentar tenerlos, ya que el hacer creer que está en posesión de ellos, le sirve para poder gobernar y asegurar su Estado.

Es importante entender aquello de que 'no se pueden tener ni observar enteramente', pues como vimos (RI: II.1.1.3. p. 39), para Maquiavelo la naturaleza humana es de tal modo que le resulta materialmente imposible observar todos los preceptos cristianos. No se trata de que opine que no deben observarse por discrepar con ellos, sino de ser realistas y aceptar que aunque lo deseara, el hombre no puede realizarlos todos a la vez. Ciertamente el florentino considera que a través de buenas leyes y costumbres el hombre puede cambiar, pero es consciente de que no lo hará a un grado irreal.

El caso del consejo **6. Que es mejor ser amado que temido**, también está cruzado por la concepción negativa de la naturaleza humana sin embargo, es importante observar que Maquiavelo en varias ocasiones tanto en *El Príncipe* como en los *Discursos* habla a favor de que el príncipe cuente con la aprobación del pueblo, de sus súbditos, empero, no se engaña y sabedor que "puesto que resulta difícil combinar ambas cosas, es mucho más seguro ser temido cuando se haya de renunciar a una de las dos."²⁵ Pero miremos con atención, no dice que ser temido sea mejor, moralmente mejor que ser amado, sólo señala que es más seguro.

Al caso cabe recordar que esta opción resulta natural en el florentino puesto que para él, el príncipe debe basarse en lo que es suyo y no de otros y "como los hombres aman según su voluntad y temen según la voluntad del príncipe",²⁶ el príncipe debe preferir el hacerse temer que confiar en el amor de sus súbditos.

De hecho, en el capítulo XVII de *El Príncipe* que es donde aborda la cuestión, señala que a pesar de que es a los príncipes nuevos a quienes les resulta imposible "evitar la fama de cruel por estar los Estados nuevos llenos de peligros. [...] No obstante, debe ser ponderado en sus reflexiones y en sus movimientos, sin crearse temores imaginarios y actuando mesuradamente, con prudencia y humanidad",²⁷ comentario que si también sacáramos de su contexto, nos podría arrojar un Maquiavelo 'piadoso'.

7. Quebrantar la palabra dada:

Recordemos el pasaje donde recomienda no guardar lealtad a la palabra dada: "No puede, por tanto, un señor prudente -ni debe- guardar fidelidad a su palabra cuando tal fidelidad se vuelve en contra suya y han desaparecido los motivos que determinaron su promesa. Si los hombres fueran todos buenos, este precepto no sería correcto, pero -puesto que son malos y no te guardarían a ti su palabra- tú tampoco tienes por qué guardarles la tuya."²⁸

Conviene mirarlo con atención porque como se puede apreciar, el consejo contiene un matiz muy importante: no debe un príncipe mantener la palabra cuando esto lo llevará a la ruina y cuando han desaparecido los motivos que lo hicieron empeñarla. Si

bien este consejo no está en concordancia con los valores morales de la época, dista mucho de ser un escándalo pues la situación resulta razonable. Ciertamente que aquí también está en juego la visión negativa 'del hombre' que tiene Maquiavelo, no obstante, en la cotidianidad política que se vivía en aquellos tiempos, dicha conseja más parece una invitación a aceptar la realidad que un llamado a la inmoralidad.

8. El fin justifica los medios:

Como veíamos, a pesar de que Maquiavelo nunca escribe esta frase, tanto los *Discursos* como *El Príncipe* avalan esta postura (RI: II.3.1.4. p. 79 y II.1.1.3. p. 41, respectivamente), sin embargo, a estas alturas de esta investigación, también debe resultar claro que no se trata de cualquier fin, sino como acabamos de mostrar más arriba con una larga cita de Bermudo, este precepto es aplicable sólo para el fundador o el responsable de un Estado en el caso que esté en juego el destino de la comunidad que dirige. Así las cosas, para Nicolás Maquiavelo se trata de una facultad exclusiva del responsable de una sociedad determinada y a la que debe recurrirse en caso de necesidad, cuando el objetivo deseado no pueda alcanzarse de otra manera o se hayan agotado los recursos institucionales.

9. La Iglesia y la religión:

Tomando en cuenta el papel político que jugaba la Iglesia en aquellos tiempos, siendo un factor de división de las distintas ciudades italianas y su gran injerencia en los asuntos terrenales con el consecuente descuido de los espirituales, después de condenar su actitud, el florentino no rescata de la religión más que el 'buen uso' que se le debe dar para el correcto engranaje y buen funcionamiento del Estado que se gobierna.

Aquí el contexto es la desaseada conducta de los jerarcas de la iglesia católica, así como el ejemplo romano en que Maquiavelo se inspiraba. Como vimos (RI: II.2.1. p. 54), nuestro autor toma como modelo la república romana y con la finalidad de que Italia arribe a una república similar, considera que sus contemporáneos deben darle la misma utilidad a la religión que le dieron sus antecesores. Para el florentino el tema del dogma simplemente no aparece, lo que le importa es que la religión contribuya al buen desarrollo de la sociedad, en sus escritos no aborda el cristianismo como el modelo de vida 'correcto', antes bien, considera que se ha malinterpretado y la manera en que se enseña obstaculiza el buen uso que puede prestar al desarrollo de la comunidad.

En este contexto social y conceptual, la manera en que Maquiavelo pasa por alto el papel rector de la religión cristiana en la vida de los hombres, desde nuestro punto de vista resulta entendible, atendible y muy poco estridente.

10. Un <<consejo maquiavélico>>: Ramiro de Orco

Como vimos (RI: II.2.1.1. p. 55), para Maquiavelo los Estados giran en 'círculos de la historia' hacia su declive, algunos pueden pasar de una forma de gobierno a otra, pero otros no lo

logran y caen bajo el yugo de un Estado más poderoso, pero si este tipo de pueblos corrompidos desean ser corregidos será a través de medidas drásticas, duras e inhumanas, justo como las que tuvo que tomar César Borgia en La Romaña.

Al leer *El Príncipe*, este duro pasaje se expone en el capítulo VII de manera breve y sin mayores explicaciones, con una contundencia demoledora, pero en el contexto de los *Discursos* es evidente que el caso de Ramiro de Orco se inserta en la visión que el florentino tenía respecto su filosofía de la historia, su teoría política y la naturaleza de 'los hombres':

Los Estados giran en los denominados círculos de la historia aunque en general todo, incluidos éstos, se dirige hacia la corrupción. Por supuesto, esto no es del todo fatalista pues como vimos, por una parte los hombres pueden intervenir corrigiendo la decadencia de los Estados con vueltas al origen, por otra, hay que recordar que para el florentino siempre ha existido el mismo bien y mal en el mundo, cambiando de lugar debido a que 'los hombres' se esfuerzan por conseguirlo. Sin embargo, 'los hombres' en un principio, es decir, cuando no han sido formados por el Estado, son del todo malos, no están aptos para la vida civil. Por ello, es necesario que quien detente el poder instaure leyes y costumbres formándolos para la vida civil (la idea del príncipe artesano), pero el príncipe debe estar preparado para, sin importarle que deba violar los valores cristianos vigentes, sepa y pueda actuar de otra manera en caso necesario. Ya que en situaciones de desorden o decadencia, sólo un poder cuasi regio apoyado en el uso de la fuerza, hará que la comunidad se regenere y logre alcanzar el bien escaso al que puede acceder, así sea por un determinado tiempo, pues según la visión del florentino, inevitablemente todo en este mundo se dirige hacia la decadencia.

Y es en el marco de esta forma de ver las cosas que este duro pasaje logra adquirir su justa dimensión. Pues Maquiavelo explica que cuando César Borgia conquista La Romaña la encuentra gobernada por señores incapaces que despojaban a sus súbditos, atestada de ladrones, banderías "y toda clase de rebeldías",²⁹ es decir, resulta claro que se trataba de un estado corrompido al que era necesario darle un buen gobierno para 'reducirlo al orden'.

¿Para ello era necesario servirse de Ramiro de Orco y una vez que este hombre había logrado su objetivo, exhibirlo en la plaza pública partido en dos? ¡Desde luego que no! De ninguna manera intentamos diluir la crueldad del pasaje, mucho menos decir que todos estos consejos no violan los preceptos morales cristianos. No es lo que decimos así como tampoco es lo que dijo Maquiavelo. Sin embargo, al conocer el marco conceptual del florentino, queda claro cuál era la finalidad que buscaba al recomendar estas despiadadas acciones.

Entender el contexto histórico y conceptual dentro del cual expresó sus ideas y consejos nos previene contra el prejuicio que ha aquejado a tantos durante tantos siglos,

el cual sólo muestra un hombre sin escrúpulos, obsesionado con la mecánica política del Estado sin reparar en la vida humana. Porque por difícil que sea observarlo y como se desprende de toda esta exposición y análisis, Maquiavelo sí tiene en mente un fin moral: la salvación u ordenación y buen desarrollo de una ciudad, de un Estado. ¿Se equivocó el florentino al creer que esta era la única manera adecuada de ordenar una sociedad humana? Seguro que sí, pero antes de entrar a esa discusión hagamos un alto y reconozcamos que el florentino buscaba un fin moral. Motivo por el cual, a nuestro parecer, sus escritos se han prestado a tantas interpretaciones tan dispares, que lo mismo lo han ubicado como un emblema del diablo que como un buen cristiano.³⁰

El que dichos consejos no sólo aparezcan como necesarios, sino también como razonables e inteligentes, ha llevado a incontables estudiosos a rechazar el pensamiento de Maquiavelo de manera tajante, intentando hacer ver cómo sus postulados son violatorios de toda moral, no obstante, una vez visto que sí tienen una orientación moral, conviene preguntar, ¿es posible colocar como bien supremo, como fin último del actuar humano, la conservación del Estado desde algún tipo de moral sin importar que se deban llevar a cabo este tipo de acciones? ¿De qué virtud habla el florentino cuando por ella es que un príncipe puede llegar incluso a asesinar?

Para intentar responder estas preguntas y afrontar la cuestión que motiva este trabajo, que recordemos, se trata de saber si es éticamente válido justificar la decena de consejos que citamos del florentino; para ello resulta necesario conocer el tipo de moral que profesó Maquiavelo así como el nuevo sentido que le dio a la palabra virtud. Aspectos que no sólo nos sorprenden a nosotros, sino que como nos informa Quentin Skinner, también debió provocarles una disonancia atronadora a sus contemporáneos. Veamos cómo lo hizo, por una parte asumiendo la tradición y por otra, trastocándola de manera contundente.

Notas:

1. Nicolás Maquiavelo, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Traducción, introducción y notas de Ana Martínez Arancón, Madrid, Alianza Editorial, 2009. Pág. 14.

2. *Ibíd.* Pág. 17.

3. José Manuel Bermudo, *Maquiavelo, consejero de príncipes*. Barcelona. Universitat de Barcelona. 1994. Pág. 109.

4. *Ibíd.* Pág. 110.

5. *Id.*

6. *Ibíd.* Pág. 113.

7. *Ibíd.* Pág. 114.

8. *Ibíd.* Pág. 117.
9. *Id.*
10. *Ibíd.* Pág. 118.
11. *Ibíd.* Págs. 132-133.
12. *Ibíd.* Pág. 133.
13. *Ibíd.* Pág. 134.
14. Nicolás Maquiavelo, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Traducción, introducción y notas de Ana Martínez Arancón, Madrid, Alianza Editorial, 2009. Pág. 10.
15. *Ibíd.* Pág. 59.
16. *Ibíd.* Pág. 83.
17. *Ibíd.* Pág. 105.
18. *Id.*
19. *Ibíd.* Pág. 92.
20. *Ibíd.* Pág. 170.
21. *Ibíd.* Pág. 110.
22. *Id.*
23. *Ibíd.* Pág. 111.
24. *Id.*
25. *Ibíd.* Págs. 115-116.
26. *Ibíd.* Pág. 118.
27. *Ibíd.* Pág. 115.
28. *Ibíd.* Pág. 119.
29. *Ibíd.* Pág. 74.
30. Bermudo, *Óp. Cit.*, Págs. 36-37.

III. Capítulo III. Una moral distinta

Resumen de Apartado III.1.

A partir del antecedente histórico visto en el primer capítulo, analizaré hasta qué punto Maquiavelo asume la tradición cultural humanista y hasta dónde la distorsiona. Recordando el ambiente cultural en el cual se forma se puede ver cómo es un digno heredero de esta tradición (1), pero también y de la mano de Skinner, se mostrará la innovación que realiza en la moral política de la época. Comprender su particular manera de entender el concepto de virtù es central para poder identificar la postura moral desde la cual analiza estos temas. (2)

III.1. Maquiavelo y la tradición humanista

III.1.1. La herencia humanista

Como se vio en el primer capítulo (RI: I.2.1. p. 12 y I.3.1. p. 23), el ambiente cultural en el cual creció Nicolás Maquiavelo era el del humanismo. Recibe su educación acorde a este movimiento, abreva de él y la escritura de *El Príncipe* muestra hasta qué punto había asimilado esa tradición. También vimos cómo su contacto con destacados humanistas florentinos le habría permitido acceder a su puesto en la cancillería, la cual tiempo atrás había jugado un papel trascendente en la difusión del humanismo.

De esta manera, resulta natural que comparta con ellos valores morales que habían retomado de la antigüedad clásica, valores que no eran cristianos sino más bien 'paganos', es decir, valores que profesaron los antiguos griegos y romanos como la búsqueda del honor y la gloria. No obstante, Maquiavelo no solo repetirá lo que sus contemporáneos escribían, sino que hará una nueva interpretación de conceptos tan fundamentales como el de virtud, por lo cual a pesar de que *El Príncipe* comparte gran parecido a los Espejos de Príncipes de la época, se distancia de ellos de manera considerable en este concepto tan fundamental.

III.1.2. El concepto de virtud

Quentin Skinner documenta el antecedente del análisis hecho por los humanistas del Renacimiento acerca de la virtù, señala que aquella idea respecto que si un príncipe desea alcanzar la gloria debe "cultivar las cualidades propias del gobierno principesco."¹ La retomaron de la antigüedad clásica. Explica que dichas cualidades habían sido analizadas por los moralistas romanos. Para éstos lo primero que debía conseguir cualquier caudillo era ser afortunado, ya que si la Fortuna no sonreía, con sólo sus esfuerzos humanos no podría conseguir sus más altos deseos. Empero, las características propias del *vir* (hombre

viril) lograban atraer a la Fortuna, así, Cicerón señala que si se actúa por el ansia de *virtus* sin reparar en la gloria, igualmente la alcanzará, ya que esta última es la recompensa de la *virtus*.

Skinner muestra cómo los humanistas del Renacimiento asumieron este análisis de la virtud y cómo "Maquiavelo reitera con toda precisión las mismas opiniones acerca de las relaciones entre *virtù*, Fortuna y logro de los fines propios del príncipe."² Comenta que a pesar de que con frecuencia se lamentó que el florentino no ofreciera definición alguna de la *virtù*, es evidente que hace uso del término con completa consistencia. Para Maquiavelo el concepto de *virtù* es "el conjunto de cualidades capaces de hacer frente a los vaivenes de la Fortuna, de atraer el favor de la diosa y remontarse en consecuencia a las alturas de la fama principesca, logrando honor y gloria para sí mismo y seguridad para su propio gobierno."³

¿Pero con qué características debía de contar un hombre que tenga la condición de virtuoso? Skinner nos informa que los moralistas romanos describían al verdadero *vir* como quien posee tres distintos grupos de cualidades. En primer lugar, poseía las cuatro virtudes <<cardinales>> que, siguiendo a Platón, Cicerón analizó en sus *Deberes*: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Más tarde también le atribuyeron honestidad, magnanimidad y liberalidad, cualidades analizadas más a detalle por Séneca en *De la compasión* y en *De los beneficios*. Al final, pensaban que el verdadero *vir* debía reconocer que si deseaba alcanzar el honor y la gloria, debía comportarse lo más virtuosamente posible.

Skinner explica que esta discusión respecto que el comportamiento moral es siempre racional, hace decir a Cicerón en *Los Deberes* que la idea de "<<que una cosa puede ser moralmente recta sin ser conveniente, y conveniente sin ser moralmente recta>>"⁴ es un engaño, "pues sólo por métodos morales podemos alcanzar los objetos de nuestros deseos. [Ya que] <<La conveniencia nunca puede entrar en conflicto con la rectitud moral>>."⁵

Documenta cómo este análisis es asumido en los libros de consejos para príncipes tan famosos en esta época, en donde sus autores asumen que "el rumbo racional de la actuación del príncipe debe ser únicamente el moral",⁶ a lo que ellos sumaron la idea cristiana de que aunque consigamos nuestros intereses cometiendo injusticias en esta vida, esta ventaja será anulada "por el divino castigo en la vida futura."⁷ Anota que esta idea no sólo fue asumida por los italianos del Renacimiento sino que la ahondaron, pues en el tratado *La educación del Rey* de Patrizi, la idea de *virtus* aparece dissociada en una lista de casi cuarenta virtudes morales.

Quentin Skinner subraya que Nicolás Maquiavelo coincide con la tradición humanista al asumir este análisis de la importancia de la Fortuna y la *virtù* en la consecución de los objetivos del príncipe así como respecto a que los fines que debe

perseguir son el mantener su estado y obtener gloria, pero a partir de aquí trastoca de manera abrupta los preceptos morales de esta tradición. Detalla cómo en *El Príncipe* a partir del capítulo XV aunque admite que sería loable que el príncipe observara todas las virtudes principescas, rechaza que esas virtudes sean las que un gobernante necesita adquirir si quiere alcanzar los más altos fines.

Maquiavelo considera que un gobernante no puede poseer o practicar por completo todas estas cualidades. Rechazando de este modo, a decir de Skinner, "el supuesto humanista de que esas son las virtudes que un gobernante necesita adquirir si quiere alcanzar los más altos fines."⁸ pues el príncipe debe proteger sus intereses en un mundo en que la mayoría de los hombres no son buenos y por ello, si pretende hacer profesión de bueno entre tantos que no lo son, no solamente no conseguirá sus fines sino que será destruido, como vimos que escribe en su pequeña obra. (RI: II.1.1.3. p. 39).

Como lo dice Skinner:

La crítica que hace Maquiavelo del humanismo clásico y del contemporáneo es simple pero devastadora. Argumenta que si un gobernante quiere alcanzar sus más altos propósitos, no siempre debe considerar racional el ser moral (...) Pero ¿qué hay de la objeción cristiana que dice que ésta es postura demencial y pecaminosa, pues olvida el día del juicio, en el que finalmente todas las injusticias serán castigadas? Sobre esto Maquiavelo nada dice. Su silencio es elocuente: en realidad hace época; su eco resuena a través de Europa, recibiendo como respuesta un silencio consternado al principio, y luego un grito de execración que aún no se ha extinguido del todo.⁹

La revolución que hace Maquiavelo la provoca su redefinición del concepto de *virtù*. Acepta "la acepción convencional de que *virtù* es el nombre de aquel conjunto de cualidades que hacen capaz a un príncipe de aliarse con la Fortuna y obtener honor, gloria y fama. Pero separa el sentido del término de cualquier conexión necesaria con las virtudes cardinales y principescas."¹⁰ Explica cómo para el florentino un príncipe prudente no debe conducirse bajo la moral convencional sino según los dictados de la necesidad, lo que en opinión de Skinner es "el núcleo de su positivo consejo a los nuevos gobernantes".¹¹

Por ello el florentino le aconseja conseguir el poder de no ser bueno y le pide que aprenda cuándo usar este poder y cuándo no, según las circunstancias lo requieran, le aconseja defender lo bueno cuando pueda pero le impele a que aprenda a hacer el mal cuando sea necesario. Incluso, le advierte que un príncipe se verá en la necesidad de actuar contra la verdad, la caridad, la humanidad y la religión si desea mantener su gobierno.

Skinner documenta con precisión erudita el conocimiento y apropiación de una idea central para el pensamiento político de Maquiavelo: "que la clave de un gobierno pleno de éxito está en reconocer la fuerza de las circunstancias, aceptando lo que la

necesidad dicta, y armonizando el propio comportamiento con los tiempos."¹² Y es que como vimos en el apartado II.1 Exposición y análisis de *El príncipe*, para Nicolás Maquiavelo todo hombre tiene una natural inclinación, es decir, actúa por la fuerza o con maña, impetuosa o precavidamente, según su naturaleza le incline, sin embargo, al ser los tiempos cambiantes y estar sujeto a constantes cambios, quien no cambia su modo de proceder se ve condenado a disfrutar de buena o mala Fortuna según su actuar coincida o no con los tiempos. No obstante, si pudiera adaptar su naturaleza a éstos, la Fortuna no le cambiaría.

Así, aunque Maquiavelo asume una parte de la tradición cultural humanista, la tuerce al considerar "que la característica que define a un príncipe verdaderamente virtuoso debe ser la disposición a hacer siempre lo que la necesidad dicta -sea mala o virtuosa la acción resultante- con el objetivo de alcanzar sus fines más altos."¹³ De esta manera, según Skinner, para el florentino "virtù denota concretamente la cualidad de flexibilidad moral en un príncipe".¹⁴

Considera que el florentino tenía clara la distancia entre su opinión y toda la tradición, sabía que dar de lado la virtud moral equivalía no sólo a actuar de manera irracional sino a descender al nivel de las bestias, por ello en el capítulo XVIII de *El Príncipe*, en el cual señala que hay dos formas de obrar: una, que es propia del hombre y, otra, de las bestias, él concluye: "Pero <<puesto que la primera con frecuencia no es suficiente, el príncipe debe acudir a la segunda>>"¹⁵

Maquiavelo no sólo llega a considerar imposible que un príncipe posea todas las cualidades principescas sino también, las cuestiona a ellas mismas. Como Skinner nos lo recuerda, en el capítulo XV de *El Príncipe*, pone en entredicho estas cualidades ya que seguirlas sería ruinoso. Por ello para iniciar el análisis de cada una, prefiere decir que estudiará con más atención aquellas cualidades que 'parecen virtudes' y aquellas que 'parecen vicios'.

Skinner opina que en este asunto el principal interés de Maquiavelo es recordarle a los nuevos caudillos que tienen deberes fundamentales, por ello "Un príncipe prudente <<no debe lamentarse de recibir reproches por esos vicios sin los cuales difícilmente podría mantener su posición>>; deberá ver que tales críticas son simplemente una inevitable carga que debe soportar en el desempeño de su obligación fundamental, que es mantener su estado."¹⁶

De esta manera es que Maquiavelo se separa de la tradición y de la moral cristiana, y que provoca un verdadero sisma en la filosofía política de Occidente. Sin embargo, para continuar con nuestra investigación cabe preguntar; ¿este cambio en el concepto de virtud hace de Maquiavelo un inmoral? ¿Es verdad que sus concejos no responden a moral alguna? ¿O será cierto aquello de que lo que hizo el florentino fue separar la ética de la

política dando a cada una, una esfera distinta? Porque si bien es cierto que al darle un nuevo significado a la palabra virtud, como bien apunta Skinner, la separó de una conexión necesaria con los valores principescos y cristianos, también es cierto que la sujetó a la consecución de los 'más altos fines', es decir, dicha flexibilidad moral, tiene como guía y orientación que el príncipe cumpla su 'obligación fundamental'.

Lo que nos lleva a cuestionar, ¿cuál es la moral que profesa el florentino? ¿Cuáles son los valores que pide buscar y para los cuales considera necesario llevar a cabo este tipo de consejos? Porque sin duda profesa valores morales; alcanzar la gloria, la fama, el honor, así como ser virtuoso, son todos valores morales. Aunque desde luego, son valores que no coinciden con el código moral cristiano, sino con una moral pagana, pre-cristiana, tal como la definió Isaiah Berlin.

Notas:

1. Quentin Skinner, *Maquiavelo*. Madrid. Alianza Editorial. 2008. Pág. 52.
2. *Ibíd.* Pág. 53.
3. *Ibíd.* Pág. 54.
4. *Ibíd.* Pág. 55.
5. *Id.*
6. *Id.*
7. *Ibíd.* Pág. 56.
8. *Id.*
9. *Ibíd.* Pág. 57.
10. *Ibíd.* Pág. 59.
11. *Ibíd.* Pág. 57.
12. *Ibíd.* Pág. 58.
13. *Ibíd.* Pág. 59.
14. *Id.*
15. *Ibíd.* Pág. 60.
16. *Ibíd.* Pág. 69.

III. Capítulo III. Una moral distinta

Resumen de Apartado III.2.

Una vez que se explicitó que Maquiavelo no escribe desde el mismo horizonte moral que los humanistas de los cuales abrevó, de la mano de Isaiah Berlin expondremos lo que él mismo denomina 'moral clásica', esto es, la verdadera moral desde la que escribe el florentino (1) y la cual resulta incompatible con la cristiana (2). Gracias a la exposición de esta interpretación, quedará claro por qué no es correcto que su postura esté fuera de toda moral, que sea un sádico o impulsor de la razón de estado (3) y menos aún, que haya escindido la moral de la política, tal como reza una de sus interpretaciones más afamadas y en muchos casos, aún vigente (4)

III.2. Maquiavelo y su moral 'clásica'

III.2.1. Caracterización de la moral clásica de Maquiavelo

Para Isaiah Berlin Maquiavelo escribe no desde fuera de la moral sino desde una moral distinta, una moral tan válida y honrada como la cristiana. Berlin la denomina moral clásica o pagana, "sus valores son el coraje, el vigor, la fortaleza ante la adversidad, el logro público, el orden, la disciplina, la felicidad, la fuerza, la justicia y por encima de todo la afirmación de las exigencias propias y el conocimiento y el poder necesarios para asegurar su satisfacción."¹

Como humanista renacentista que fue, Maquiavelo está imbuido de los ideales de la antigüedad clásica, tal como mostramos en el análisis y exposición de *El Príncipe* o los *Discursos*, su modelo de sociedad es la Atenas de Pericles o la Roma republicana. Los antiguos habían logrado estas sociedades desarrollando las facultades de fuerza moral, magnanimidad, vigor, vitalidad, generosidad, lealtad, y por encima de todo, espíritu público, sentido cívico, dedicación a la seguridad, al poder, a la gloria, a la expansión de la patria; pues su legislación y educación promovían las virtudes paganas.

Y como bien observa Berlin, Maquiavelo no sintió necesidad de demostrar que éstas habían sido "obras doradas en la vida de la humanidad".² Él da por sentado la superioridad de ese universo moral a despecho del universo moral cristiano, quien consagra los ideales de caridad, misericordia, sacrificio, amor a Dios, el perdón a los enemigos, el desprecio a los bienes de este mundo, la fe en una vida ulterior, la creencia en la salvación del alma individual.

Berlin subraya que no se trata de que Maquiavelo oponga la política a la moral, confrontando dos esferas autónomas de acción. No, lo que el florentino hace es oponer

dos ideales de vida, dos moralidades. Considera que no se trata de que coloque por un lado la moralidad, "la región de valores últimos que se buscan por su propia importancia",³ y por otra, la política, "el arte de adaptar los medios a los fines, la región de habilidades técnicas".⁴ Lo que el florentino hace es más grande e importante, opone la moralidad pagana a la cristiana y opta por la primera. La describe de manera luminosa porque así la ve y pide a sus contemporáneos la imiten para poder sacar a Italia de la prostración en la que se encontraba, pues como lo señala Berlin, "Maquiavelo no cree en la irreversibilidad del proceso histórico o en la calidad única de cada una de sus fases.",⁵ piensa que lo que una vez se hizo se puede volver hacer.

Esta moralidad precristiana, gestada en las ciudades de la antigua Grecia y Roma, es desde la que Maquiavelo habla a sus contemporáneos. Berlin explica que se trata de dos universos morales con dos metas distintas pero que ambas son susceptibles de que el ser humano crea en ellas y las eleve a alturas sublimes. Ciertamente el florentino no encuentra algo criticable en la religión pagana romana que tanto admira, por el contrario, considera que sus ideales proporcionan las condiciones únicas en que los hombres podrían desarrollarse con éxito.

Esta moral precristiana es una moral social y a decir de Berlin su mejor expresión la encontramos en Aristóteles, explica:

Dado que los hombres son seres hechos por la naturaleza para convivir en comunidades, sus propósitos comunitarios son los valores últimos de los que los demás derivan o con los cuales se identifican sus fines individuales. [...] La ética concebida así no puede ser conocida salvo por la comprensión del propósito y carácter de su polis (*ciudad*). [...] Esta es la clase de moralidad precristiana que Maquiavelo da por sentada.⁶

Es una moral social, no individual como la cristiana; en la cual lo que importa es la salvación del alma y cuyos valores: caridad, misericordia, sacrificio, el amor a Dios, el perdón a los enemigos, el desprecio a los bienes de este mundo, la fe en la vida ulterior, la creencia en la salvación del alma individual; son inconmensurables con cualquier meta social, política u otra terrenal, o cualquier consideración económica o militar. Pero Berlin nos advierte que si Aristóteles y Maquiavelo están en lo correcto respecto lo que los hombres son y deberían de ser, "la actividad política es intrínseca a la naturaleza humana, y aunque los individuos, aquí o allá pueden optar por apartarse, la masa de la humanidad no lo puede hacer así, y la vida comunal determina los deberes morales de sus miembros."⁷

Reconoce que es verdad que Maquiavelo rechaza la ética cristiana pero no para quedar fuera de toda moral, sino para estar a favor de otro universo moral, otro tipo de sociedad, no la comunidad cristiana sino el mundo de Pericles o Escipión; pero al fin una

sociedad ajustada a fines, públicos pero igualmente últimos, fines que los hombres persiguen por su propio bien. "Los valores de Maquiavelo no son cristianos, pero son valores morales. [...] Como la de Aristóteles o Cicerón, la moralidad de Maquiavelo era social, no individual. Pero es una moralidad no menos que la de ellos, no una región amoral más allá del bien y del mal",⁸ sentencia Berlin.

III.2.2. Incompatibilidad de la moral clásica y la cristiana

Ahora bien, estas dos moralidades son incompatibles, para Berlin estamos ante dos ideales de vida irreconciliables. Considera que Maquiavelo opta por la moral pagana no sólo porque es el ideal que le parece mejor sino porque cree que los ideales cristianos no pueden ser alcanzados por ningún hombre dada su naturaleza imperfecta. Para el florentino aunque los hombres pueden cambiar gracias a la educación y las leyes, no lo harán a un grado fantástico, y para él no tiene sentido discutir proyectos de seres que nunca estarán sobre la tierra.

Para el florentino lo que condena a los estadistas son sus ideales. "¿Qué hay de malo en los ideales? Que no pueden alcanzarse."⁹ Como lo hemos visto en varias ocasiones, Maquiavelo recomienda estar en guardia contra aquellos que no ven a los hombres como son, como Piero Soderini o Savonarola quienes fracasaron y causaron la ruina de su ciudad natal, principalmente porque sustituyeron lo que debería ser por lo que es; porque en algún momento cayeron en el irrealismo.

Y no sólo se trata de la imposibilidad humana para alcanzar el ideal cristiano, sino que él está convencido de que las virtudes cristianas fundamentales "son obstáculos insuperables para construir la clase de sociedad que desea ver, más aún, la sociedad que supone natural para todos los hombres normales, la clase de comunidad que, en su opinión, satisface los intereses y deseos permanentes de los hombres."¹⁰

Berlin señala que Maquiavelo no trata de corregir la concepción cristiana del hombre bueno, no dice que los santos no sean santos, sólo señala que este tipo de bondad no puede crear o mantener una sociedad fuerte, segura y vigorosa, y que de hecho es fatal a ésta. Los hombres que persiguen tales ideales conducen a otros a la ruina, "dado que su perspectiva del mundo no está fundada en la verdad, cuando menos no en la *verità effettuale* -la verdad que es probada por el buen éxito y la experiencia- que (pese a su crueldad), es siempre, al final, menos destructiva que la otra (pese a su nobleza)."¹¹ Así, a decir de Isaiah Berlin, estamos ante dos ideales irreconciliables, dos moralidades incompatibles: "Hay dos mundos, el de la moralidad personal y el de la organización pública."¹²

Berlin reitera que "Maquiavelo no condena formalmente la moralidad cristiana o los valores aprobados de su propia sociedad. [...] Él simplemente dice que la práctica de estas

virtudes hace imposible construir una sociedad que, una vez que se le contempla en las páginas de la historia [...], despertará en nosotros -en cualquier hombre- una gran nostalgia."¹³ Le parece importante enfatizarlo porque de hecho el florentino 'no tasa' formalmente la superioridad de la moral clásica respecto la cristiana, ni tampoco intenta subvertir los valores cristianos, cuando el florentino dice que el hombre que acate los valores cristianos será un hombre bueno, no lo hace de manera socarrona.

Solo sucede que a Maquiavelo la idea de comunidad cristiana le parece una utopía, piensa que si los hombres practican realmente los preceptos cristianos serán buenos, pero si gobiernan Estados bajo esos preceptos, los llevarán a la destrucción, pues serán derrotados por hombres realistas. "Uno puede salvar su alma o puede mantener o servir a un gran y glorioso Estado, pero no siempre puede hacer ambas cosas a la vez."¹⁴, en palabras de Berlin.

III.2.3. Matización de la opinión de Maquiavelo sobre el cristianismo

Pese a lo anterior, nos recuerda Berlin, Maquiavelo al menos en dos ocasiones modifica este juicio del cristianismo en los *Discursos*. En el primero dice que el cristianismo ha tenido este efecto porque ha sido malinterpretado con un espíritu de "ozio".¹⁵ El segundo pasaje es cuando señala que si los príncipes de la cristiandad hubieran mantenido la religión cristiana tal como su fundador la enseñó, las repúblicas cristianas estarían más unidas y serían más felices, pero el cristianismo que propagó la iglesia de Roma provocó lo contrario.

Comenta que aún si estos pasajes son vistos como astucias para evitar la censura y la persecución eclesiásticas, lo que dicen "es que si la Iglesia hubiera desarrollado un concepto patriótico y absolutamente militante sobre las líneas de la *antiqua virtus* romana y hubiera producido hombres viriles, austeros, devotos, con espíritu público, sus consecuencias sociales habrían sido más satisfactorias."¹⁶

Sin embargo, lo que provocó fue por un lado la corrupción y división política y por otro, "cierta mundanería y un manso soportar el sufrimiento sobre la tierra por el bien de la vida eterna más allá de la tumba. Esta última corriente disuelve el edificio social y ayuda a los fanfarrones y a los opresores."¹⁷ De tal suerte que aunque Maquiavelo condesciende con el cristianismo, no por ello deja de condenar que sus valores hayan provocado el "afeminamiento del mundo".¹⁸

III.2.4. Maquiavelo no es sádico ni precursor de la razón de estado

No obstante lo anterior, Berlin deja en claro que Nicolás Maquiavelo no es sádico, enfatiza que no por hablar desde una moral precristiana se regocija en la crueldad o el fraude. Ciertamente que los valores morales paganos incluyen la fuerza, el coraje, la búsqueda de poder, pero éstos subyacen bajo la égida de un fin moral: la construcción y mantenimiento de un

tipo sociedad. Por ello Berlin nos advierte que "Sus más salvajes ejemplos y preceptos se aplican sólo a situaciones en las que la población es absolutamente corrupta y necesita medidas violentas para volver a la salud".¹⁹

Por el contrario, si existe una sociedad sana sería un error aplicar "la violencia por la violencia misma, dado que sus resultados serían destructivos del orden social, cuando el propósito del gobierno es crear orden, armonía, fuerza."²⁰ Berlin explica que lo que hay que entender es que para Maquiavelo el carecer de estas 'cualidades', el saber hacer uso de la crueldad por ejemplo, garantiza el fracaso de los hombres que están a cargo de dirigir las sociedades. Pero el florentino nunca deja de señalar que son métodos inhumanos y no los recomienda con regocijo.

Aquí es importante señalar que para Isaiah Berlin, Maquiavelo no es precursor de la razón de Estado, ni la emplea para 'justificar' tales medidas crueles y violentas. Y resulta importante entenderlo no sólo para evitar que se siga creyendo en esta tan socorrida interpretación, sino más importante aún, para entender el tipo de moral desde la que escribe el florentino.

Berlin caracteriza la razón de estado de la siguiente manera:

Desde la posición ventajosa de los grandes objetivos sociales, en nombre de quien estos actos (malvados *prima facie*) deben ser llevados a cabo, serán vistos (así va el argumento) ya no como malvados, sino como racionales, exigidos por la misma naturaleza de las cosas, por el bien común, o los verdaderos fines del hombre, o la dialéctica de la historia, condenados sólo por aquellos que no pueden o no verán un segmento suficientemente grande de las pautas lógicas o teológicas, o metafísicas o históricas: mal juzgados, denunciados sólo por la miopía o la ceguera espiritual.²¹

Sin embargo, explica que esta no es la postura de Maquiavelo. Sucede que si bien es cierto que las crueldades son necesarias ante situaciones de corrupción, por tanto desesperadas y extremas; no obstante, tanto estas situaciones de decadencia de las sociedades como el uso de medidas violentas son parte integrante de la realidad política, y en ese sentido resultan absolutamente normales.

Explica que el florentino no considera que en situaciones normales deba prevalecer la moralidad corriente, la cristiana; y sólo suspenderse cuando ocurran situaciones anormales que pongan en riesgo la estructura social bajo la cual dicho código ético deba funcionar. Opina que esta "es una doctrina en términos de la cual tanto católicos como protestantes, tanto conservadores como comunistas, han defendido atrocidades que hielan la sangre de los hombres comunes."²²

Abunda explicando que para los defensores de la 'razón de Estado', la única justificación de tales medidas es que son excepcionales y se realizan en apoyo del "sistema cuyo propósito es precisamente evitar la necesidad de tan odiosas medidas, así, la única

justificación de tales pasos es que terminarán con la situación que las hace necesarias."²³ La idea de 'razón de Estado' implica un conflicto de valores, pero en Maquiavelo no hay tal conflicto: "La vida pública tiene su propia moralidad frente a la que los principios cristianos (o cualquier valor personal absoluto) tienden a ser un obstáculo. Esta vida tiene sus propias normas, no requiere terror perpetuo pero aprueba, o cuando menos permite, el uso de la fuerza cuando es necesaria para promover los fines de la sociedad política."²⁴

Así vemos cómo Nicolás Maquiavelo, al menos según esta interpretación de Isaiah Berlin, no es un inmoral ni amoral, por el contrario, sí escribe desde una moral, pero no lo hace desde la cristiana, sino desde lo que Berlin denomina moral clásica. No se trata de un anti cristiano, ni de un sádico, ni de un precursor de la 'razón de Estado', simplemente es un humanista renacentista que abrevó de la cultura clásica como tantos de sus contemporáneos, empero, a diferencia de ellos tuvo el arrojo de asumir esta postura moral abandonando la que estaba en uso. Aunque como Berlin mismo lo apunta, Maquiavelo es responsable de tanta confusión al no explicitar su postura.

III.2.5. Maquiavelo no separó la ética de la política

También de suma importancia para comprender la interpretación de Isaiah Berlin acerca de la moral que profesó Maquiavelo, resulta desmontar la errónea opinión de Benedetto Croce respecto que el florentino escindió la moral de la política.

En primer lugar hay que decir que a Berlin le parece una falsa antítesis la postura de Croce. Como acabamos de ver, explica que lo que instituyó fue una separación mucho más radical: la separación entre dos moralidades, entre dos ideales de vida incompatibles. Se trata de la moral cristiana y una moral precristiana, cada una con sus respectivos valores. La interpretación de Croce le parece que es la más influyente de las interpretaciones modernas, misma que fue secundada por varios estudiosos, y para debatirla, retoma la formulación que hace de ella Cochrane, quien señala que Maquiavelo:

no niega la validez de la moral cristiana, y no pretende que un delito requerido por necesidad política sea nada menos que un delito. Más bien descubrió [...] que esta moralidad simplemente no se sostiene en asuntos políticos y que cualquier política con base en tal suposición terminará en el desastre. Entonces su descripción objetiva de los hechos, de las prácticas políticas contemporáneas, no es cínica o despreocupada, sino angustiosa.²⁵

A esta interpretación Berlin le ve dos errores. Primero. La aparente incompatibilidad entre 'esta moralidad', en este caso la cristiana, y la 'necesidad política'. Explica que esto podría ser posible si se confina la ética a la estoica, la kantiana, algunos tipos de ética utilitaria y la cristiana por supuesto. Aquellas en las cuales el conocimiento del bien y del mal, de lo correcto o incorrecto se basan en algún sentido interno, como pudiera ser alguna razón

eterna o la palabra de Dios; fuente y criterio de valor mediante el cual se estipulan los valores morales.

Sin embargo, como vimos en este mismo apartado, existe otro tipo de ética, que en su versión más sólida la encontramos en Aristóteles. Es una ética social, la de la ciudad (*polis*) griega. En ella, la política (arte de vivir en la *polis*) es una actividad intrínseca del ser humano dado que son seres que por naturaleza deben vivir en comunidad, por ello "lo que demanda es intrínseco al vivir una vida humana de buen éxito."²⁶ De tal suerte que "la ética concebida así -el código de conducta o el ideal que debe perseguir el individuo- no puede ser conocida salvo por la comprensión del propósito y carácter de su polis".²⁷

Bajo este tipo de ética los deberes sociales de sus miembros están determinados por la vida comunal. Dice Berlin: "De aquí que al oponer las 'leyes de la política' a 'el bien y el mal', Maquiavelo no contrasta dos esferas 'autónomas' de acción, la 'política' y la 'moral', contrasta su propia ética 'política', es decir, social; con otra concepción de ética que gobierna la vida de personas que no le interesan."²⁸ Así las cosas, el conflicto es entre dos moralidades y no como opina Croce y otros, entre dos esferas autónomas de acción.

El segundo error que observa en la interpretación croceana es lo referente a aquello de que Maquiavelo veía con angustia los delitos de su sociedad. Le parece un error porque esto implicaría "que acepta las extremas necesidades de la 'razón de Estado' con renuencia, porque no ve alternativa. Pero no hay prueba de esto, no hay trazas de congoja en sus obras políticas ni en su teatro ni en sus cartas."²⁹

Y como acabamos de ver, Berlin prueba que tampoco es verdad que Maquiavelo piense desde el esquema de la 'razón de Estado'. Antes bien, el mundo pagano que el florentino tiene en mente "está construido en el reconocimiento de la necesidad sistemática de astucia y fuerza por parte de los gobernantes, y parece que piensa que es natural y en ninguna forma excepcional, o moralmente penoso, que empleen estas armas siempre que las necesiten."³⁰

De tal suerte que el famoso, extendido y popularmente aceptado análisis de Benedetto Croce no se sostiene, en tanto que la lectura de Isaiah Berlin nos aporta un horizonte mucho más amplio desde el cual entender a Nicolás Maquiavelo. Su lectura nos permite ver con claridad la trascendencia de lo dicho por el florentino en la filosofía política de Occidente,³¹ pero más importante para nuestra investigación, nos provee un horizonte ético desde el cual podemos reflexionar si los famosos consejos del florentino son éticamente justificables.

Notas:

1. Isaiah Berlin, "La originalidad de Maquiavelo", en *El estudio adecuado de la humanidad*. México. F.C.E., Turner, 2009. Pág. 189.
2. *Ibíd.* Pág. 186.
3. *Ibíd.* Pág. 197.
4. *Id.*
5. *Ibíd.* Pág. 188.
6. *Ibíd.* Págs. 198-199.
7. *Ibíd.* Pág. 199.
8. *Ibíd.* Págs. 200-201.
9. *Ibíd.* Pág. 186.
10. *Ibíd.* Págs. 189-190.
11. *Ibíd.* Pág. 193.
12. *Ibíd.* Pág. 204.
13. *Ibíd.* Págs. 192-193.
14. *Ibíd.* Pág. 194.
15. *Ibíd.* Pág. 191.
16. *Ibíd.* Pág. 192.
17. *Id.*
18. "Y aunque parece que se ha afeminado el mundo y desarmado el cielo, esto procede sin duda de la vileza de los hombres, que han interpretado nuestra religión según el ocio, y no según la virtud.", Nicolás Maquiavelo, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio, Ibídem*, pág. 199. (Nota: (199) Discursos, libro II)
19. Berlin, *Óp. Cit.* Pág. 196.
20. *Id.*
21. *Ibíd.* Págs. 210-211.
22. *Ibíd.* Pág. 212.
23. *Id.*
24. *Id.*
25. *Ibíd.* Pág. 197.
26. *Ibíd.* Pág. 198.
27. *Id.*
28. *Ibíd.* Pág. 199.
29. *Ibíd.* Pág. 200.
30. *Id.*
31. Berlin concluye su análisis derivando consecuencias de una fecundidad asombrosa. Seguir las nos lleva a temas que están fuera del alcance de esta investigación, sin embargo, su trascendencia filosófica es tan grande y abre una beta tan rica del pensamiento de Maquiavelo, que las reseñaré de manera breve. Cuando Berlin llega al punto de entender que ante la exposición de Maquiavelo uno está obligado a elegir entre una de las dos moralidades, sin poder quedarse con ambas. Explica que si esto es así, si en principio es imposible ser moralmente bueno, desde la moral cristiana, y simultáneamente construir Atenas, Esparta o la república Romana; observa que esto nos lleva a una conclusión de 'primera importancia': "la creencia de que la solución correcta, objetiva, válida a la pregunta de cómo deben vivir los hombres puede, en principio,

ser descubierta, no es en principio verdad. [...] Permítaseme tratar de ponerla en su contexto adecuado." (213)

Comenta que en el pensamiento político occidental pervive la premisa de que existe algún principio único que regula tanto el curso del sol y de las estrellas como el comportamiento adecuado de todas las criaturas animadas. Se trata de una premisa escasamente cuestionada, que en una versión u otra ha dominado el pensamiento europeo desde Platón. "En su centro está la visión de una naturaleza, razón o propósito cósmico impersonal, o de un Creador divino cuyo poder ha dotado a cada una de las cosas y criaturas con una función específica; estas funciones son elementos en un armonioso todo único, y son inteligibles en términos del mismo." (213)

Enlista distintas versiones que se han dado a lo largo de la historia y explica que "este patrón unificado monístico está en el mismo corazón del racionalismo tradicional, religioso y ateo, metafísico y científico, trascendental y naturalista que ha sido característico de la civilización occidental." (214) Y es precisamente esta creencia la que Maquiavelo 'parece haber hendido'. Comenta que desde luego un cambio tan grande no puede ser debido a un sólo hombre; escépticos antiguos, nominalistas y secularistas medievales así como humanistas de Renacimiento 'aportaron su porción de dinamita', sin embargo, considera que fue Maquiavelo quien 'encendió el detonante fatal'. (214)

Preguntar por las finalidades de la vida exige racionalidad, pues en principio, dicha pregunta podría ser respondida. Desde Platón, pasando por los profetas hebreos y hasta los pensadores cristianos medievales y los escritores de utopías, explica Berlin, tuvieron claro lo que les faltaba a los hombres para poder conseguir la sociedad perfecta, "Pero si Maquiavelo tiene razón, esta tradición -la corriente central del pensamiento- es falaz. Pues si la posición de él es válida entonces es imposible construir ni siquiera la noción de tal sociedad perfecta, pues existen cuando menos dos grupos de virtudes -llamémoslas las cristianas y las paganas- que son, no meramente en la práctica sino en principio, incompatibles." (215)

De tal modo que más allá de las diferencias entre Platón o Aristóteles, o entre éstos y los sofistas y en general de cualquier escuela filosófica griega o posterior, todos coincidían en que el estudio de la realidad podría "revelar los fines que correctamente tendrían que ser perseguidos por los hombres, aquellos que harían a los hombres libres, felices, fuertes y racionales." (216) Pero lo que nadie pensó es que pudieran existir fines, igualmente últimos pero no compatibles entre ellos. Dicha conclusión fue profundamente desconcertante, implicaba que los hombres estaban obligados a examinar sus valores morales, "¿Qué si descubrieran que estaban compelidos a elegir entre dos sistemas inconmensurables, a elegir, como hicieron, sin la ayuda de una medida infalible que certificara una forma de vida como superior a todas las demás y que podría ser usada para demostrar esto a satisfacción de todos los hombres racionales?" (216)

Berlin repite enfáticamente que está claro que Maquiavelo no propuso esto, sin embargo, esto es lo que se concluye del contraste que hace entre la forma de vida que condena y la que admira. Aclara que el florentino sólo escogió su lado sin mostrar interés en los valores que dicha elección ignoraba. Dice Berlin, citando a Felix Gilbert, que dicha elección no le fue difícil a Maquiavelo pues él permaneció monista, aunque pagano. (224) El conflicto fue para los que llegaron después de él y no estaban preparados para, por un lado, abandonar sus propios valores (cristianos o humanistas) ni, por otro, para negar la validez del análisis de Maquiavelo sobre los hechos políticos y los valores paganos que iban con él. (217)

Debido a esta dificultad es que existen tantas y tan diferentes interpretaciones del pensamiento del florentino. Considera que etiquetar a Maquiavelo desde un cínico hasta un frío científico, y tantas versiones más, fue desgano para confrontar esta incómoda verdad que inintencionalmente, 'casi casualmente', descubrió Maquiavelo: "Que no todos los valores últimos son necesariamente compatibles uno con otro, que pudo haber existido un obstáculo conceptual (lo que solía llamarse 'filosófico') y no meramente material para la noción de la única solución última que, de haber sido realizada, habría establecido la sociedad perfecta." (218)

Reitera que esto no es una división de la política y la ética sino algo mucho más grande, tan grande como el repudio que ha generado durante siglos. Se trata, reitera Berlin, del desfundamiento de una suposición mayor del mundo occidental, a saber, que "no habrá de encontrarse la solución final a la cuestión de cómo deberían vivir los hombres. Si esto es falso [...] la idea del ideal humano como verdad única, objetiva, universal, se desmorona. La mera búsqueda de esto se hace no sólo utópica en la práctica, sino conceptualmente incoherente." (223)

Desde luego, nos dice Berlin, para hombres educados en el supuesto monista, esto resultó insoportable. Reconoce que el florentino fue culpable de mucha confusión (224) ya que exageró bárbaramente, (224) pues sus griegos y romanos son tipos idealizados. Insiste en que Maquiavelo no afirmó dicho dualismo, él sólo dio por sentada la superioridad moral romana sobre la vida cristiana. "Después de Maquiavelo la duda es culpable de infectar toda la construcción monística." (225)

Antes de finalizar su análisis, Berlin aún guarda un as bajo la manga, nos dice que esta es la implicación negativa del pensamiento del florentino, pero que "Hay una que es positiva y pudiera haber sorprendido y tal vez disgustado a Maquiavelo." (225) Explica que "En tanto un solo ideal sea la verdadera meta, siempre parecerá a los hombres que ningún medio es demasiado difícil, ni el precio demasiado alto, para hacer lo que sea requerido para alcanzar la meta final" (225), dicha certidumbre es una de las grandes justificaciones del fanatismo, la compulsión y la persecución. "Si solo hay una solución para el enigma, entonces los únicos problemas son primeramente cómo encontrarla, luego cómo llevarla a cabo, luego cómo convertir a los otros a la solución, por la persuasión o por la fuerza." (226)

"Pero si no todos los valores son compatibles uno con otro, y se debe elegir sin mejor razón de que cada valor es lo que es y nosotros lo elegimos por lo que es y no porque pueda ser mostrado en alguna escala simple como mayor que otro; si escogemos formas de vida porque creemos en ellas o porque las damos por supuestas o, al examinarlas, descubrimos que no estamos moralmente preparados para vivir de otra manera (aunque otros escojan diferente); [entonces] la senda se abre al empirismo, al pluralismo, la tolerancia, el arreglo." (225-226)

Señala que 'los que desearon sobrevivir', tuvieron que tolerar el 'error'. "Gradualmente vinieron a ver méritos en la diversidad y así se convirtieron en escépticos acerca de las soluciones definitivas en los asuntos humanos. Pero una cosa es aceptar alguna práctica y otra es justificarla racionalmente. Los 'escandalosos' escritos de Maquiavelo iniciaron este último proceso." (226), esto, concluye Berlin, es lo que él desea 'sugerir'.

Conclusiones:

(I) Y una vez que hemos hecho todo este recorrido estamos en condiciones de responder la pregunta que motiva este trabajo: ¿Son éticamente justificables los consejos que ofrece Nicolás Maquiavelo en su libro *El Príncipe*? ¿Se pueden justificar éticamente acciones como quebrantar la palabra dada, hacer un buen uso de la crueldad o el asesinato político? La respuesta es sí. Como esperamos haber mostrado, una vez que quedó claro la idea de virtud que tenía el florentino y la moral desde la que escribe y piensa, podemos ver que este tipo de consejos están insertas dentro de un código ético, responden a un fin último si bien no es el cristiano o, más aún, uno que el día de hoy podríamos avalar los ciudadanos de las actuales democracias occidentales.

Este tipo de consejos se justifican éticamente pues fueron vertidos desde un horizonte moral: una moral 'clásica', 'pagana', pre-cristiana. El que Maquiavelo los haya ofrecido no significa que están fuera del ámbito de la moral, sólo responden a otro tipo de moral con otro tipo de valores. Pues como lo explica Isaiah Berlin, están en línea con la consecución de un fin moral: el mundo de Pericles o Escipión, una sociedad que responde a los valores de gloria, fuerza, vigor, coraje, fortaleza ante la adversidad, etc.

En el apartado anterior (RI: III.2.1. p. 95), con la ayuda de Berlin apuntábamos que el modelo de sociedad que Maquiavelo tenía en mente era la Atenas de Pericles o la Roma republicana en las cuales la legislación y educación promovían virtudes paganas. Evidentemente este tipo de virtudes o valores morales no coinciden con los cristianos, sin embargo, no por ello dejan de ser valores.

Como vimos (RI: III.2.1. p. 95), la moral desde la que habla Maquiavelo es una moral social, en donde "la vida comunal determina los deberes morales de sus miembros."¹ Así, lo que resulte conveniente para el mantenimiento y progreso de la comunidad no cae dentro del ámbito de la inmoralidad sino por el contrario, contribuye a la confirmación de ese orden moral.

En el desarrollo de esta investigación observamos cómo conforme se fue conociendo el contexto histórico en el cual Maquiavelo escribe *El Príncipe* y, sobre todo, cuando se desveló el sentido real de las recomendaciones y consejos motivo de escándalo (RI: II.3.2. p. 80), pudimos apreciar con nitidez el horizonte ético que pisa el florentino. Cómo, a pesar de su crueldad, los consejos van en dirección de alcanzar un fin moral: el desarrollo de un tipo de sociedad que a él le parecía el más adecuado y mejor que 'el hombre' podía alcanzar.

Por cierto, no se trata de cualquier fin, es decir, la famosa idea 'el fin justifica los medios' sólo cobra validez cuando el fin último sea la subsistencia de una comunidad dada, cuando lo que esté en juego sea la pervivencia de la sociedad en general. De esta manera, una vez que conocimos y comprendimos que Maquiavelo sí escribe desde un universo moral, que no por distinto o pre cristiano lo coloca en una región fuera de toda

moral, es claro que todas aquellas difíciles consejas por más crueles y despiadadas que sean, se justifican éticamente pues con ellas no se busca agitar apetitos insanos, sino conservar el tipo de sociedad a la que responden.

Nos parece claro que en ese mundo, en ese modelo de sociedad la búsqueda de la gloria, el logro público "y por encima de todo la afirmación de las exigencias propias y el conocimiento y el poder necesarios para asegurar su satisfacción."² son valores útiles e indispensables para el mantenimiento de la comunidad, no para su destrucción. En este modelo el uso de la fuerza no violenta el orden social, por el contrario, es una herramienta necesaria para mantener la estabilidad y desarrollo de la misma.

(II) Ahora bien ¿el que sea posible justificar éticamente este tipo de consejas significa que nosotros estamos de acuerdo en promoverlos? ¿El que nuestra investigación arribe a esta conclusión implica que nosotros estamos a favor de ese modelo de sociedad? De ninguna manera. No obstante, es importante entender la pertinencia de los consejos del florentino sobre todo tomando en cuenta que entre el momento histórico en que Maquiavelo escribe y nuestra realidad, hay brechas civilizatorias considerables.

Los desarrollos civilizatorios gestados en los cinco siglos posteriores a la creación de esta pequeña obra se dirigieron hacia la superación de este tipo de sociedad. La idea de la fundación del Estado Nacional como un contrato social entre sus integrantes, la idea de la igualdad sustancial entre todas las personas, los derechos humanos y la consecuente gama de derechos políticos y sociales, la democracia como la mejor forma de gobierno en la cual la soberanía reside en el pueblo y es éste el que ejerce el poder político, etc., han ido sepultando las concepciones políticas que sobreponen el interés nacional o la 'razón de Estado' por sobre la integridad y dignidad de las personas. Hoy día la fundación o salvación de un Estado no puede ser pretexto para la pervivencia de este tipo de conductas tan atroces.

Por supuesto, en el momento y lugar en que Maquiavelo vive, el apetito de poder de las personas carece de los diques culturales que Occidente ha levantado en las centurias posteriores. De esta manera, el florentino ofrece su famoso racimo de consejas apoyado, por una parte, en un marco conceptual ético 'clásico', romano, pre-cristiano y, por otra, en una realidad brutal en la que ideas como la igualdad de las personas, su dignidad o que cuenten con 'derechos humanos' simplemente no existían.

No se trata, consideramos, de 'absolver' a Maquiavelo una vez más, de concluir 'en realidad no era tan malo', de justificarlo por la grande pasión a su patria o por lo desesperado de la situación personal en la que se encontraba. Nada de eso, se trata de comprender qué es lo que intentó decirnos. De conocer el marco teórico que está detrás de un pensamiento que ha generado tanta polémica, detrás de tan escandalosas y desafiantes consejas. Porque hay que repetirlo una vez más, las recomienda para que sean

utilizadas como herramientas prácticas por el responsable de un Estado con la finalidad de lograr la pervivencia y el desarrollo de una comunidad sana.

Habrá que decirlo una y otra vez porque a pesar del nuevo horizonte con que se estudia *El Príncipe* y su autor en los centros de estudio, aún podemos encontrar de manera cotidiana y más grave aún, en la práctica política, a personas que ‘citan’ y ‘recomiendan’, sin haberlos leído claro, los ‘sabios’ consejos de Maquiavelo con el fin de salvar no un Estado o comunidad, sino un tipo de gobierno o régimen determinado. Personas que justificándose en la errónea idea de que la política tiene una ‘dinámica’ independiente de la moral, se apoyan en los consejos del florentino para alcanzar los actuales equivalentes del honor y la fama: dinero, poder, cargos públicos. Olvidándose que el florentino acota de manera precisa que “Tales medidas pueden hacer conseguir poder, pero no gloria.”³ ya que para poder alcanzar ésta, lo más importante es conseguir el bienestar general, no un mezquino beneficio particular.

Ciertamente a Maquiavelo le parecía imposible crear un Estado fuerte y ordenado de otra manera que no fuera la romana. Eso es lo que vio en su Italia natal y lo que intentó para su adorada Florencia. Claro, ahora podemos ver que el desarrollo de la humanidad da muestras de que es posible conseguirlo mediante otras fórmulas. Hoy en día para nosotros la igualdad entre las personas, la primacía de su seguridad física así como la obligatoriedad de la educación masiva o de los servicios de salud, nos parecen obvios y naturales, sin embargo, estas convenciones sociales, éticas y culturales se han creado en el tiempo posterior a la vida de Maquiavelo y se han vuelto una realidad en el marco del andamiaje institucional internacional levantado el siglo pasado.

No obstante, en la época y el lugar en que Maquiavelo vive, aunado a su teoría de la corrupción de las cosas y la visión negativa ‘del hombre’ que albergaba, le hicieron pensar que ‘los hombres’ no podían alcanzar mejor destino excepto que por y con la fuerza. Por ello, en el desarrollo de esta investigación al contextualizar sus consejos (RI: II.3.2. p. 87) preguntábamos: ¿Se equivocó el florentino al creer que el modelo romano era la única manera adecuada de ordenar una sociedad humana? Y aunque la respuesta es afirmativa, atendiendo no sólo al marco teórico desde que escribe sino también a las condiciones materiales en que vive, podemos darnos cuenta de la gran pertinencia moral de los consejos que ofrecía.

Por ello estudiarlo con perspectiva histórica resultaba necesario para entender que mucho de lo escrito por el florentino es moneda corriente en la política de su tiempo. De esta manera se puede observar cuánto de lo dicho en *El Príncipe*, por mucho que nos escandalice, más que prescripciones cínicas son disecciones provechosas de una realidad que intentaba ocultarse con viejos discursos morales como los vertidos en los Espejos de príncipes. Discursos que como él mismo lo subraya, hablaban de realidades que no

existían y de las que por supuesto, a un hombre como Maquiavelo, obsesionado con influir en la realidad que vivía, no le interesaba tratar.

Pero además, no sólo se trata de entender la brecha evolutiva, tanto teórica como material, que nos separa de Nicolás Maquiavelo sino también, como lo explica Berlin,⁴ se trata de mirar al fin el horrible rostro del tema que el florentino, quizá sin intentarlo, nos puso frente a la cara: la posibilidad de que no exista un código moral único al que todo ser humano deba responder. Pues si como Berlin lo expone, el código moral cristiano y el romano son a la vez válidos e irreductibles, entonces tendremos que buscar las razones por las cuales optamos por uno de ellos, o incluso, por algún otro.

Pero si insistimos en condenar en vez de entender lo que dijo o, insistimos en negar o decir que no dijo lo que en realidad sí dijo, evitamos confrontarnos con lo más productivo, innovador y radical de su pensamiento. Nos sustraemos de aquello que no sólo es su signo más distintivo, sino lo que nos permitiría abrir la discusión de este importante tema. Si por el contrario, asumimos el reto y empezamos a debatir la posibilidad de confrontar distintos códigos morales, la herencia que por vía 'negativa' nos legó el florentino, probablemente dará material tan fructífero como para discutir otros quinientos años.

(III) Por último, ¿cómo se le puede nombrar a alguien que no sólo profesa un tipo de moral sino que la promueve sin descanso, la difunde, recomienda y no cesa en el intento de verla realizada en la tierra? Es cierto, Maquiavelo no escribió tratados morales, sin embargo, en las obras que estudiamos aborda temas como el bien, el mal, el bienestar general y qué tipo de valores se deben profesar. Lo que nos lleva a aceptar que sin catalogarlo como escritor de tratados morales, entró a la discusión de este tipo de temas.

Para nosotros Nicolás Maquiavelo es un moralista porque profesa una moral y vive conforme ella observándola de manera escrupulosa, porque se apega a una moral aún en el contexto histórico en que se desenvuelve y, finalmente, porque es un hombre que habla de moral aun dedicándose a la guerra.

Con el florentino no estamos ante alguien que dijo profesar cierta creencia sino que vivió conforme ella. Si bien como veíamos, en gran parte de Europa era común retomar a los autores clásicos, incluidos algunos de sus preceptos morales, él abrazó su fe de una manera inusitada tanto en su vida como en su obra y no se despegó de ella aún en momentos difíciles o de nula conveniencia.

También llama la atención que el florentino ciña su actuar y reflexiones a un tipo de moral, así sea la clásica y no la cristiana, teniendo a la vista la conducta moral de los contemporáneos con quienes les tocó en suerte convivir. Tomemos en cuenta que en el mundo en que Maquiavelo estudia el ejercicio del poder (RI: I.2.2. p. 12-21), no sólo el ámbito de la política estaba corrompido de manera desorbitada sino también el de la

propia iglesia, justo la institución encargada de velar por los valores morales. Y a pesar de ello y de lo duro de sus consejos con los cuales prevenía a los gobernantes, los recomendó sorteando el regocijo en la crueldad, el fraude sin sentido, en el uso de la fuerza de manera arbitraria. Por el contrario, a pesar de lo descarnados que resultan algunos de éstos, no olvida colocar límites morales con los cuales delimita la práctica de cada uno de ellos.

Finalmente, con Maquiavelo estamos ante un hombre que sin ser militar estuvo involucrado en asuntos de la guerra, de las armas. Recordemos que él mismo propuso el levantamiento de una milicia ciudadana para Florencia, lo que le fue concedido y con lo cual, como vimos (RI: I.3.4. p. 27), se dio a la tarea de levantarla. Por supuesto, la moral que el florentino asume es una moral guerrera y al llevarla a la práctica no duda en conseguir uno de los signos distintivos de ella.

Así, conviene recordar que quien escribe toda esa serie de delicadas consejas es un hombre familiarizado con las armas, un 'guerrero'. Y no sólo porque admire y escriba desde una moral 'guerrera' o porque haya teorizado sobre el asunto sino porque en la práctica estuvo involucrado en esta tarea, primero con su participación como parte de los secretarios a las órdenes del primer canciller y por lo cual tuvo la tarea de servir al comité de los 'Diez de la Guerra', que era el comité a cargo de asuntos bélicos de la cancillería (RI: I.3.2. p. 24), y después, con el levantamiento de la milicia ciudadana florentina. (RI: I.3.4. p. 27-28)

A nuestro parecer, esta poco destacada parte de su vida pone de relieve aún más su vena moralista, ya que a pesar de ser un hombre inmiscuido en tareas de esta índole, nunca deja de observar y recomendar que todas aquellas acciones, crueles pero necesarias, según su punto de vista claro, se sujeten a un código moral en el que lo que más importa no es la búsqueda de poder y gloria sino el bien común.

Al reflexionar sobre los 'Estados', ya sea su conquista, fundación o desarrollo, no olvida que el fin moral de todo ello es la condición de posibilidad de una sociedad humana. Cuando ofrece sus famosos consejos, se apura a delimitarlos y tiene el cuidado de advertirnos de los peligros de usarlos de manera equívoca, egoísta o perversa. Cuando en los *Discursos* insiste una y otra vez en la necesidad de optar por el modelo de sociedad romano, no se olvida de esbozarnos larga y profusamente las actitudes morales convenientes para alcanzarlo.

Y al ir descubriendo todos estos recovecos en su pensar y en su vida, al ir pronunciándose cada vez más esta perspectiva, no pudimos evitar que la imagen de Nicolás Maquiavelo se fuera tornando en la de un hombre extraordinariamente apegado a la moral que profesa. Un moralista que no abandona su fe ni al reflexionar sobre el Estado, las instituciones, la milicia o la guerra. Una imagen de un peculiar guerrero moralista.

Notas:

1. Isaiah Berlin, "La originalidad de Maquiavelo", en *El estudio adecuado de la humanidad*. México. F.C.E., Turner, 2009. Pág. 199.
2. *Ibíd.* Pág. 186.
3. Nicolás Maquiavelo, *El Príncipe*, Prólogo, traducción y notas de Miguel Ángel Granada, Madrid, Alianza Editorial, 2014. Pág. 80.
4. Para una ampliación de este tema, ver la larga nota 31 del Apartado III.2. Maquiavelo y su moral 'clásica', pág. 101 de esta investigación.

Fuentes consultadas

Antonetti, Pierre. *Historia de Florencia*. Trad. Esther Herrera. México. F.C.E. 1985.

Baron, Hans. *En busca del humanismo cívico florentino. Ensayos sobre el cambio del pensamiento medieval al moderno*. Trad. Miguel Abelardo Camacho Ocampo. México. F.C.E. 1993. 1a Ed. P. 434.

Benedetto, Croce. *Elementos de política*. México. F.C.E.

Berlin, Isaiah. *El estudio adecuado de la humanidad. Antología de Ensayos*. Trad. Fco., González Aramburo, Ma. Antonia Neira, Hero Rodríguez Toro y Juan José Utrilla. México. F.C.E. Turner. 2009. P. 601.

Bermudo, José Manuel. *Maquiavelo, consejero de príncipes*. Barcelona. Universitat de Barcelona. 1994.

Burckhardt, Jacob. *La cultura del Renacimiento en Italia*. Trad. Ramón De la Serna y Espina. España. Editorial EDAF. 2004. P. 456.

De la Encina, Juan. *La pintura italiana del Renacimiento*. México-Buenos Aires. F.C.E. 1949. P. 311.

Gaille, Marie. *Maquiavelo y la tradición filosófica*. Trad. Heber Cardoso. Buenos Aires. Ediciones Nueva Visión. 2011. P. 144.

Garin, Eugenio. *La revolución cultural del Renacimiento*. Trad. Doménec Bergadá. Barcelona. Editorial Crítica. 1984.

Granada, Miguel Ángel. *Maquiavelo*. Barcelona. Barcanova. 1981.

Heller, Ágnes. *El hombre del Renacimiento*. Trad. José-Francisco Ivars y Antonio Prometeo Moya. Barcelona. Ediciones Península. 1980. P. 460.

Lafaye, Jacques. *Por amor al griego. La nación europea, señorío humanista (siglos XIV-XVII)*. F.C.E. 2005. P. 477.

Maquiavelo, Nicolás. *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Traducción, introducción y notas de Ana Martínez Arancón. Madrid. Alianza Editorial. 2009.

Maquiavelo, Nicolás. *El Príncipe*. Trad. Miguel Ángel Granada. Madrid. Alianza Editorial. 2014.

Renouard, Yves. *Historia de Florencia*. Trad. Ana María Torres de González. Argentina. EUDEBA. 1968. P. 119.

Skinner, Quentin. *Maquiavelo*. Madrid. Alianza Editorial. 2008.

Skinner, Quentin. *Los fundamentos del pensamiento político moderno. I. El renacimiento*. Trad. Juan José Utrilla. México. F.C.E. 1993. P. 334.

Strauss, Leo. *Derecho natural e historia*. Trad. Luciano Nosetto. Buenos Aires. Prometeo Libros. 2013. P. 348.

Várnagy, Tomás. *Fortuna y virtud en la república democrática. Ensayos sobre Maquiavelo*. Buenos Aires. CLACSO. 2003.

Villari, Pasquale. *Maquiavelo. Su vida y su tiempo*. Trad. Antonio Ramos Oliveira y Julio Luelmo. México D.F.-Barcelona. Biografías Ganesa. 1965.

Villoro, Luis. *El pensamiento moderno. Filosofía del Renacimiento*. México. F.C.E. El Colegio Nacional. 2010. P. 171.

Zamitis Gamboa, Héctor. *Los principios de la política en el pensamiento de Nicolás Maquiavelo*. México. Universidad Autónoma del Estado de México. 1998. P. 143.

Índice analítico:

Introducción, 3

CAPÍTULO I. Contexto histórico.

Resumen de apartado I.1., 7

Apartado I.1. Nuevos horizontes para Maquiavelo y su *Príncipe*

I.1.1. Ya no hay una condena moral preconcebida, 8

I.1.2. Conocimiento de su pertenencia al género denominado Espejos de Príncipes, 8

I.1.3. Interpretaciones canónicas fueron puestas en duda, 8

I.1.4. Se relacionó *El príncipe* con los *Discursos*, 9

I.1.5. La perspectiva de hombre de letras, 9

Resumen de apartado I.2., 12

Apartado I.2. Los tiempos de Maquiavelo

I.2.1. Esbozo biográfico, 12

I.2.2. Contexto histórico:

I.2.2.1. Europa y el Renacimiento, 12

I.2.2.2. Italia: situación política, 13

I.2.2.3. Florencia, 14:

I.2.2.3.1. Aspecto económico, 14

I.2.2.3.2. Aspecto político, 16

I.2.2.3.3. Aspecto cultural (Humanismo), 18

Resumen de apartado I.3, 23

Apartado I.3. Formación y orígenes teóricos

I.3.1. Formación académica y círculo de relaciones humanistas, 23

I.3.2. La cancillería florentina: raíces humanistas, estructura, cargo y responsabilidades, 24

I.3.3. Misiones diplomáticas, 24

I.3.4. Milicia ciudadana, 27

I.3.5. Fin de su carrera, circunstancias de gestación de *El Príncipe*, 28

I.3.6. Final de la vida de Maquiavelo, 29

CAPÍTULO II. Obra política

Resumen de apartado II.1., 31

Apartado II.1. Exposición y análisis de *El Príncipe*

II.1.1. Presentación y segmentación de la obra, 31

II.1.1.1. Primera parte, 32

II.1.1.2. Segunda parte, 37

II.1.1.3. Tercera parte, 38

II.1.1.4. Cuarta parte, 44

II.1.2. Semejanzas y diferencias con los Espejos de príncipes, 47

II.1.3. Listado de Consejos polémicos, 48

Resumen de apartado II.2., 54

Apartado II.2. Exposición y análisis de los *Discursos*

II.2.1. Presentación y segmentación de la obra, 54

II.2.1.1. Libro primero, 55

II.2.1.2. Libro segundo, 60

II.2.1.3. Libro tercero, 63

II.2.2. Coincidencias temáticas de los *Discursos* con *El Príncipe*, 65

II.2.3. Polémica acerca de la complementariedad entre *El Príncipe* y los *Discursos*, 68

Resumen de apartado II.3, 73

Apartado II.3. Conceptos maquiavelianos

II.3.1. Exposición de cuatro conceptos maquiavelianos fundamentales, 73

II.3.1.1. Que la república es mejor tipo de gobierno que el principado, 73

II.3.1.2. Los círculos de la historia en que giran todos los Estados, 75

II.3.1.3. Su idea de naturaleza humana, 77

II.3.1.4. La forma en que Maquiavelo veía al 'fundador' de un Estado así como su halago del 'Dictador', 78

II.3.2. Contextualización de diez consejos ofrecidos por Maquiavelo, 80

CAPÍTULO III. Una moral distinta.

Resumen de apartado III.1., 89

Apartado III.1. Maquiavelo y la tradición humanista

III.1.1. La herencia humanista, 89

III.1.2. El concepto de virtud, 89

Resumen de apartado III.2., 94

Apartado III.2. Maquiavelo y su moral 'clásica'

III.2.1. Caracterización de la moral clásica de Maquiavelo, 94

III.2.2. Incompatibilidad de la moral clásica y la cristiana, 96

III.2.3. Matización de la opinión de Maquiavelo sobre el cristianismo, 97

III.2.4. Maquiavelo no es sádico ni precursor de la razón de estado, 97

III.2.5. Maquiavelo no separó la ética de la política, 99

Conclusiones, 104

Fuentes consultadas, 110

Índice analítico 112.